

10 DRAGÓN

—¿Ahora?

—Supongo que sí.

—Tiene que ser una orden,, coronel Graff. Los ejércitos no se mueven porque un comandante diga «Supongo que es el momento de atacar».

—No soy un comandante. Soy un profesor de niños.

—Coronel, señor, admito que iba a por usted, admito que fui un incordio, pero funcionó., todo funcionó exactamente como usted quería. En las últimas semanas Ender incluso está, está...

—Alegre.

—Contento. Lo está haciendo bien. Su mente es sagaz, su juego es excelente. A pesar de su corta edad, nunca hemos tenido un muchacho mejor preparado para el mando. Normalmente lo logran a los once, pero él, con nueve y medio, está ya en la cumbre.

—Bueno, sí. Durante unos minutos, incluso se me ocurrió pensar qué clase de persona hay que ser para curar algunas heridas de un niño destrozado con el único objeto de poder arrojarlo de nuevo a la batalla. Un pequeño dilema moral privado. Por favor, olvídelo. Estaba cansado.

—Salvar al mundo. ¿Lo recuerda?

—Hágale venir,

—Estamos haciendo lo que se debe hacer, coronel Graff.

—Venga, Anderson, se está muriendo de ganas por ver cómo se desenvuelve con todos esos juegos trucados que le hice desarrollar.

—Es una forma un poco rastrera de...

—Así que soy un tipo rastrero. Venga, mayor. Los dos somos la escoria de la Tierra. Yo también me estoy muriendo de ganas por ver cómo se desenvuelve. Al fin y al cabo, nuestras vidas dependen de que lo haga realmente bien. ¿Vale?

—¿Me imagino que no va a empezar a emplear la jerga de los muchachos?

—Hágalo venir., mayor. Volcaré los listados en sus ficheros y le devolveré su sistema de seguridad. Lo que le estamos haciendo no es del todo malo. Recupera de nuevo su intimidad.

—Aislamiento, quiere usted decir.

—La soledad del poder. Dígale que venga.

—Sí, señor, estaré de vuelta con él en quince minutos.

—Adiós. ... Si señor, siseño, zizeño. Espero que te hayas divertido, espero que te lo hayas pasado bien, bien, siendo feliz, Ender. Puede que sea la última vez en tu vida. Bienvenido, muchachito. Tu querido tío Graff tiene planes para ti...

Ender sabía lo que ocurría desde el momento en que le hicieron ir. Todos esperaban su pronto ascenso a comandante. Quizá no tan pronto, pero no había encabezado las clasificaciones casi ininterrumpidamente durante tres años. No había nadie ni remotamente cerca de él, y sus prácticas nocturnas se habían convertido en las de más prestigio de la escuela. Algunos se preguntaban por qué habían esperado tanto tiempo los profesores.

Se preguntaba qué escuadra le asignarían. Tres comandantes estaban a punto de graduarse, incluida Petra, pero no había ninguna esperanza de que le asignaran la escuadra Fénix; nadie había conseguido ser comandante de la misma escuadra en la que estaba cuando fue ascendido.

Anderson le llevó primero a sus nuevas dependencias. Eso lo hacía definitivo; sólo los comandantes tenían habitaciones privadas. Luego hizo que le tomaran las medidas para que le hicieran nuevos uniformes y un nuevo traje refulgente. Miró el emblema para descubrir el nombre de su escuadra.

Dragón, decía el emblema. No había ninguna escuadra Dragón.

—No he oído hablar nunca de ninguna escuadra Dragón —dijo Ender.

—Porque en los últimos cuatro años no ha habido ninguna escuadra Dragón. Dejamos de usar el nombre porque pesaba una superstición sobre ella. Ninguna escuadra Dragón llegó jamás a ganar un tercio de sus juegos de la historia de la Escuela de Batalla. Se convirtió en un chiste.

—Entonces, ¿por qué la resucitan ahora?

—Tenemos muchos uniformes de sobra.

Graff se sentó en la mesa; parecía más gordo y más preocupado que la última vez que Ender lo vio. Entregó a Ender su gancho, la pequeña caja que utilizaban los comandantes durante las prácticas para ir de un sitio a otro de la sala de batalla. En las sesiones de prácticas nocturnas, Ender deseó muchas veces tener un gancho, en vez de tener que rebotar en las paredes para ir adonde quería. Ahora que había conseguido maniobrar con destreza sin necesidad de gancho, se lo daban.

—Sólo funciona —señaló Anderson— durante las sesiones prácticas programadas regularmente.

Como Ender ya tenía planeado realizar prácticas adicionales, eso significaba que el gancho sólo sería útil una parte del tiempo. Eso explicaba también por qué muchos comandantes no realizaban prácticas adicionales. Dependían de los garfios y estos no les servían de nada durante el tiempo adicional. Si creían que el garfio era su autoridad, su poder sobre los otros chicos, entonces había aún menos posibilidades de que trabajaran sin él. «Es una ventaja que tendré sobre algunos enemigos», pensó Ender.

El discurso de bienvenida de Graff se mostraba aburrido y excesivamente ensayado. Sólo al final parecía empezar a mostrar interés en sus propias palabras.

—Estamos haciendo algo inusual con la escuadra Dragón. Espero que no te importe. Hemos ensamblado una escuadra nueva, adelantando el equivalente a un curso completo de reclutas y postergando la graduación de unos cuantos estudiantes del último curso. Creo que estarás contento con la calidad de tus soldados. Espero que lo estés, porque te prohibimos que traslades a ninguno.

—¿No hay intercambios? —preguntó Ender. Los comandantes apuntaban así sus puntos flacos, haciendo intercambios.

—Ninguno. Has estado dirigiendo tus sesiones de prácticas adicionales durante tres años. Tienes seguidores. Muchos soldados excelentes presionarían a sus comandantes para que les cambiaran a tu escuadra. Te hemos dado una escuadra que, con el tiempo, puede ser competitiva. No tenemos ninguna intención de permitir que ejerzas un dominio desmesurado.

—¿Y qué pasa si tengo un soldado con el que no me llevo bien?

—Llévate bien.

Graff cerró los ojos. Anderson se levantó y la entrevista concluyó.

A Dragón se le asignaron los colores gris, naranja, gris; Ender se puso su traje refulgente y después siguió las bandas de luz hasta llegar al cuartel que alojaba a su escuadra. Ya estaban allí, arremolinándose en los alrededores de la entrada. Ender tomó el mando inmediatamente.

—Las literas se asignarán por antigüedad. Los veteranos al fondo, los nuevos delante.

Era al revés de la norma habitual, y Ender lo sabía. También sabía que no quería ser como muchos comandantes, que ni siquiera veían a los chicos más jóvenes porque siempre estaban al fondo.

Mientras se ordenaban según sus fechas de llegada, Ender iba y venía por el pasillo. Casi treinta soldados eran nuevos, recién llegados de los grupos de lanzamiento, sin ninguna experiencia en batallas. Algunos eran incluso menores de edad; los que estaban más cerca de la puerta eran patéticamente pequeños. Ender se acordó de que ésa debía haber sido la impresión que causó a Bonzo Madrid cuando llegó por primera vez. Aún así, Bonzo sólo había tenido que soportar a un soldado menor de edad.

Ni uno solo de los veteranos pertenecía al grupo de prácticas de élite de Ender. Ninguno había sido jefe de batallón. En realidad, ninguno era mayor que Ender, lo que significaba que ni siquiera los veteranos tenían más de dieciocho meses de experiencia. Algunos ni siquiera le eran familiares, tan pobre era la impresión que causaban.

Naturalmente, ellos sí reconocieron a Ender, pues era el soldado más célebre de la escuela. Y algunos, Ender pudo verlo, le guardaban rencor. «Al menos me han hecho un favor; ninguno de mis soldados es mayor que yo.»

Una vez que cada soldado tuvo una litera, Ender les ordenó que se pusieran sus trajes refulgentes y fueran a hacer prácticas.

—Estamos en la lista de las mañanas, derechos a las prácticas después del desayuno. Oficialmente tenéis una hora libre entre el desayuno y la práctica. Veremos qué pasa una vez que descubra qué tal sois.

Al cabo de tres minutos, aunque muchos no estaban todavía vestidos, les ordenó salir de la habitación.

—¡Pero estoy desnudo! —dijo un chico.

—Vístete más rápido la próxima vez. A los tres minutos de la primera llamada, corriendo por la puerta; ésta es la norma de esta semana. La semana próxima la norma es dos minutos. ¡Moveos!

Pronto correría por el resto de la escuela el chiste de que la escuadra Dragón era tan patosa que tenía que hacer prácticas de vestirse.

Cinco de los chicos estaban totalmente desnudos, y corrían por los corredores acarreando sus trajes refulgentes; pocos estaban totalmente vestidos. Llamaban mucho la atención cuando pasaban por las puertas abiertas de algún aula. Ninguno volvería a retrasarse si lo podía evitar.

En los corredores que conducían a la sala de batalla, Ender les hizo correr de un lado a otro, rápido, para que sudaran un poco, mientras los desnudos se vestían. Luego les condujo a la puerta superior, la que daba al centro de la sala de batalla, exactamente igual que las puertas de los juegos de verdad. Después les hizo dar un salto y utilizar los asideros del techo para arrojarlos al interior de la sala.

—Reuníos en la pared opuesta —dijo—. Como si fuerais a por la puerta del enemigo.

Descubrían su preparación a medida que saltaban, de cuatro en cuatro, por la puerta. Casi ninguno sabía cómo establecer una línea directa hacia el objetivo, y cuando llegaban a la pared opuesta, muy pocos nuevos tenían alguna idea de cómo agarrarse o incluso controlar los rebotes.

El último en salir fue un chico pequeño, obviamente menor de edad. No había ninguna posibilidad de que consiguiera llegar al asidero del techo.

—Puedes utilizar un asidero lateral, si quieres —dijo Ender.

—¡Utilízalo tú! —dijo el chico. Remontó el vuelo de un salto, tocó el asidero del techo con la punta de un dedo y salió disparado por la puerta sin ningún tipo de control, girando en tres direcciones a la vez. Ender intentó decidir si le gustaba el pequeño por su negativa a aceptar concesiones o si le molestaba por su actitud insubordinada.

Finalmente, consiguieron reunirse a lo largo de la pared. Ender advirtió que todos sin excepción se habían alineado con las cabezas en la misma dirección en que habían estado en el corredor. Por eso, Ender se agarró deliberadamente a lo que ellos consideraban el suelo y se colgó de él boca abajo.

—¿Por qué estáis boca abajo, soldados? —inquirió.

Algunos comenzaron a darse la vuelta.

—¡Atención!

Se quedaron quietos.

—¡He dicho que por que estáis boca abajo! Nadie respondió. No sabían qué quería.

—¡Dije que por qué todos y cada uno de vosotros tenéis los pies en el aire y la cabeza contra el suelo!

Finalmente, habló uno de ellos.

—Señor, ésta es la dirección en que estábamos al salir por la puerta.

—¡Bien, y qué importancia tiene eso! ¡Qué importancia tiene que hubiera gravedad en el corredor! ¿Vamos a luchar en el corredor? ¿Hay gravedad aquí?

—No, señor; no, señor.

—A partir de ahora, olvidaos de la gravedad antes de cruzar esa puerta. La vieja gravedad ha desaparecido, se ha difuminado. ¿Me entendéis? Cualquiera que sea vuestra gravedad cuando

llegáis a la puerta, recordad esto: la puerta del enemigo está abajo. Vuestros pies apuntan hacia la puerta del enemigo. Arriba es hacia vuestra puerta. El norte está en esa dirección, el sur está en esa dirección, el este está en esa dirección y el oeste está... ¿en qué dirección?

La señalaron.

—Es lo que suponía. El único proceso que habéis asimilado es el proceso de eliminación, y la única razón de que lo hayáis asimilado es porque lo podéis hacer en el lavabo. ¡Qué clase de circo es éste! ¿A eso llamáis vosotros una formación? ¿A eso llamáis vosotros volar? ¡Venga, a lanzarse y a formar en el techo todo el mundo! ¡Ahora mismo! ¡Moveos!

Tal como Ender esperaba, unos cuantos se lanzaron instintivamente, no hacia la pared donde estaba la puerta, sino hacia la pared que Ender había llamado norte, la dirección que era arriba cuando estaban en el corredor. Por supuesto, pronto se dieron cuenta de su error, pero demasiado tarde; para cambiar su curso tenían que esperar a rebotar en la pared norte.

Mientras tanto, Ender los estaba agrupando mentalmente en aprendices lentos y aprendices rápidos. El más pequeño, el último en salir por la puerta, fue el primero en llegar a la pared correcta, y se agarró con maña. Estuvieron acertados en promocionarle. Lo haría bien. Era también gallito y rebelde, y probablemente estaba resentido porque era uno de los que Ender había enviado desnudos por los corredores.

—¡Tú! —dijo Ender, señalando al pequeño—. ¿Qué dirección es abajo?

—Hacia la puerta del enemigo.

La respuesta fue rápida. También fue arisca, como diciendo, «VALE, VALE, ya puedes pasar a otra cosa».

—¿Tu nombre, pequeño?

—El nombre de este soldado es Bean², señor.

—¿Te lo pusieron por el tamaño o por el cerebro? —Los otros chicos comenzaron a reírse—. Bien, Bean, es correcto lo que dices. Ahora, escuchadme, porque esto es importante. Nadie va a pasar por esa puerta sin una gran probabilidad de que le acierten. En los viejos tiempos, se disponía de diez, de veinte segundos, antes de que hubiera que empezar a moverse. Ahora, si no os habéis desplegado para cuando sale el enemigo, estáis congelados. Ahora bien, ¿qué pasa cuando te congelan?

—No te puedes mover —dijo uno de los chicos.

—Eso es lo que significa la palabra congelado —dijo Ender—. ¿Pero qué le pasa a uno?

Fue Bean, en absoluto intimidado, quien respondió inteligentemente:

— Sigues avanzando en la dirección en que ibas. A la velocidad con que ibas cuando te iluminaron.

— Es cierto. ¡Vosotros cinco, los del final, moveos

Sobresaltados, los chicos se miraron. Ender los irradió a todos.

— ¡Los cinco siguientes, moveos!

Se movieron. Ender los irradió también, pero continuaron moviéndose, dirigiéndose hacia las paredes. Los cinco primeros, sin embargo, estaban a la deriva en las cercanías del grupo principal.

— Mirad a esos pseudosoldados — dijo Ender — . Su comandante les ordenó moverse y ahora, miradles. No sólo están congelados, están congelados precisamente aquí, donde pueden ser un estorbo. Mientras los otros, al moverse cuando así se les ordenó, están congelados allá abajo, taponando las líneas del enemigo, bloqueando la visión del enemigo. Me imagino que al menos cinco de vosotros habréis entendido lo que quiero decir. Y sin duda Bean es uno de ellos. ¿No es así, Bean?

No respondió al principio. Ender le miró hasta que dijo:

— Así es, señor.

— Entonces ¿qué es lo esencial?

—Cuando se te ordena moverte, muévete rápido, para que, si te congela, rebotes de un lado a otro en vez de quedarte quieto obstaculizando las operaciones de tu escuadra.

² Bean en inglés significa judía. (N, del T.)

—Excelente. Al menos tengo un soldado capaz de comprender las cosas.

Ender podía ver crecer el resentimiento en la forma en que los otros soldados balanceaban los cuerpos y se intercambiaban miradas, en la forma en que evitaban mirar a Bean. «¿Por qué hago esto? ¿Qué tiene que ver esto con ser un buen comandante, convertir a un chico en el blanco de todos los demás? ¿Simplemente porque me lo hicieron a mí tengo que hacérselo a él?» Ender quiso rectificar su mofa del chico, quiso decir a los demás que el pequeño necesitaba su ayuda y su amistad más que nadie. Pero no lo podía hacer. No el primer día. El primer día, incluso sus errores tenían que parecer parte de un plan brillante.

Ender se enganchó más cerca de la pared y tiró de uno de los chicos apartándolo de los demás.

—Mantén el cuerpo derecho —dijo Ender.

Hizo girar al chico en el aire con sus pies apuntando hacia los demás. Cuando el chico estaba todavía girando, Ender lo irradió. Los demás se rieron.

—¿A qué parte de su cuerpo podrías disparar? —preguntó Ender a un chico que estaba justo debajo de los pies del soldado congelado.

—Los pies es casi lo único que puedo acertar.

Ender se volvió hacia el chico que tenía al lado.

—¿Y tú?

—Puedo ver su cuerpo.

—¿Y tú?

Un chico que estaba un poco más abajo respondió:

—Todo.

—Los pies no son muy grandes. No es una gran protección.

Ender empujó hacia afuera al soldado congelado. Luego dobló las piernas por debajo, como si se estuviera poniendo de rodillas en el aire e irradió sus piernas. Inmediatamente, las perneras de su traje se volvieron rígidas, manteniéndose en esa posición.

Ender dio una voltereta en el aire para ponerse de rodillas por encima de los demás chicos.

—¿Qué veis? —preguntó.

—Mucho menos —respondieron.

Ender empotró su pistola entre las piernas.

—Veo bastante —dijo, y procedió a irradiar a los chicos que estaban debajo de él—. ¡Detenedme! —gritó—. ¡Intentad iluminarme!

Al final lo consiguieron, pero no hasta que hubo irradiado a un tercio del grupo. Presionó con el dedo pulgar su gancho y se deshelo a sí mismo y a los demás soldados congelados.

—Ahora —dijo—, ¿cuál es la dirección de la puerta del enemigo?

—¡Abajo!

—¿Y cuál es nuestra posición de ataque?

Algunos comenzaron a responder con palabras, pero Bean respondió tirándose a la pared con las piernas dobladas por debajo, recto hacia la pared opuesta, irradiando entre las piernas todo el camino.

Por la mente de Ender cruzó el deseo de dispararle, de castigarle; luego recapacitó, rechazó ese impulso tan poco generoso. ¿Por qué habría de enfadarme con ese pequeño?

—¿Es Bean el único que sabe hacerlo? —gritó Ender.

Inmediatamente, toda la escuadra tomó impulso para dirigirse a la pared opuesta, poniéndose de rodillas en el aire, disparando entre las piernas, gritando con toda la fuerza que le permitían sus pulmones. «Puede que llegue un día —pensó Ender— en que ésta sea precisamente la estrategia que necesite: cuarenta chicos chillando en un ataque desconcertante.»

Cuando todos estuvieron en el otro lado, Ender les gritó que le atacaran, todos a la vez. «Sí —pensó Ender—. No está mal. Me han dado una escuadra inexperta, sin veteranos sobresalientes, pero al menos no es un montón de tontos. Puedo sacar algo.»

Cuando estuvieron de nuevo reunidos, riendo alborozados, Ender comenzó el trabajo de verdad. Les hizo congelar las piernas en la posición de rodillas.

—Ahora, ¿para qué sirven las piernas en el combate?

—Para nada —dijeron algunos chicos.

—Bean no está de acuerdo —dijo Ender.

—Es la mejor forma de tomar impulso en las paredes.

—Correcto —dijo Ender.

Los demás chicos comenzaron a quejarse de que tomar impulso en las paredes era movimiento, no combate.

—No hay combate sin movimiento —dijo Ender.

Se quedaron en silencio y odiaron a Bean un poco más.

—Ahora bien, con las piernas congeladas de esa manera, ¿podéis tomar impulso en las paredes?

Ninguno se atrevió a responder, por temor a equivocarse.

—¿Bean? —preguntó Ender.

—Nunca lo he intentado, pero quizá poniéndote enfrente de la pared y doblándote a la altura de la cintura.

—Sí, pero no. Mírame. Tengo la espalda contra la pared, mis piernas están congeladas. Como estoy de rodillas, mis pies están contra la pared. Normalmente, cuando tomas impulso tienes que empujar hacia abajo y al hacerlo despliegas el cuerpo por detrás como una judía verde.

Risas.

—Pero con las piernas congeladas, hago más o menos la misma fuerza pero empujando hacia abajo desde la cadera y los muslos, sólo que ahora empujo los hombros y los pies hacia abajo, proyecto la cadera y cuando la tensión del cuerpo se afloja, nada se extiende detrás de mí. Mirad esto.

Ender forzó las caderas hacia adelante, y eso le proyectó de la pared; en un momento reajustó su posición y se quedó de rodillas, las piernas hacia abajo, precipitándose hacia la pared opuesta. Aterrizó con las rodillas, se tiró de espaldas contra la pared y, haciendo el salto de la carpa, salió despedido en otra dirección.

—¡Disparadme! —gritó.

Entonces se puso a girar en el aire mientras tomaba un curso aproximadamente paralelo a los chicos que estaban en la pared opuesta. Como estaba girando, no podían alcanzarle con un haz continuo.

Descongeló su traje y se enganchó de vuelta hacia ellos.

—Esto es en lo que vamos a trabajar durante la primera media hora de hoy. Fortalecer algunos músculos que no sabíais que teníais. Aprender a utilizar las piernas como un escudo y a controlar los movimientos necesarios para girar así. Girar de cerca no sirve de nada, pero de lejos no te pueden herir si estás girando; a esa distancia, el haz tiene que dar en el mismo punto durante un instante, y si estás girando eso es imposible. Ahora, congelaos y comenzad.

—¿No va a asignar pistas? —le preguntó un chico.

—No, no voy a asignar pistas. Quiero que tropecéis unos contra otros y aprendáis a salir del apuro, excepto cuando estemos practicando formaciones, y en ese caso normalmente haré que choquéis entre vosotros a propósito. ¡Ahora moveos!

Cuando dijo moveos, se movieron.

Ender fue el último en salir después de la práctica, pues se había quedado a ayudar a algunos de los más lentos a mejorar su técnica. Habían tenido buenos profesores, pero los soldados sin experiencia, recién llegados de los grupos de reclutas, eran completamente inútiles cuando se presentaba la necesidad de hacer dos o tres cosas a la vez. No era difícil hacer el salto de la carpa con las piernas congeladas, no tenían problemas para maniobrar en el aire, pero lanzarse en una dirección, disparar en otra, girar dos veces sobre sí mismos, rebotar contra una pared haciendo el salto de la carpa, y salir disparando, orientados en la dirección correcta, todo eso estaba muy por encima de sus posibilidades. Ejercicios, ejercicios, ejercicios, era lo único que Ender podía hacer con ellos durante algún tiempo. Las estrategias y las formaciones estaban bien, pero no servían para nada si la escuadra no sabía desenvolverse en la batalla.

Tenía que conseguir que esta escuadra estuviera lista ya. Era comandante antes de tiempo, y los profesores estaban cambiando las normas, prohibiéndole hacer intercambios, dándole veteranos de poca altura. No tenía ninguna garantía de que le fueran a conceder los tres meses habituales para organizar su escuadra antes de enviarla a la batalla.

Al menos, por las tardes dispondría de Alai y Shen para ayudarle a entrenar a sus nuevos chicos.

Estaba todavía en el corredor que llevaba fuera de la sala de batalla cuando se encontró frente a frente con el pequeño Bean. Parecía enfadado. Ender no quería tener problemas precisamente ahora.

—Hola, Bean.

—Hola, Ender. Pausa.

—Señor—dijo Ender suavemente.

—Sé lo que está haciendo, Ender, señor, y se lo advierto.

—¿Me adviertes?

—Puedo ser el mejor hombre que ha tenido, pero no juegue conmigo.

—¿O que?

—O seré el peor hombre que ha tenido. Lo uno o lo otro.

—¿Y qué quieres, besitos y amor? —Ender se estaba irritando.

Bean parecía despreocupado.

—Quiero un batallón.

Ender se volvió hacia él y se quedó mirándole de arriba abajo, a los ojos.

—¿Por qué habrías de tener un batallón?

—Porque sabría que hacer con él.

—Saber qué hacer con un batallón es fácil —dijo Ender—. Conseguir que lo hagan es lo difícil. ¿Por qué habría de querer un soldado seguir a un renacuajo como tú?

—A usted solían llamarle así. Lo he oído. He oído que Bonzo Madrid sigue haciéndolo.

—Te he hecho una pregunta, soldado.

—Me ganaré su respeto, si usted no me lo impide.

Ender esbozó una sonrisa.

—Te estoy ayudando.

—Y un cuerno —dijo Bean.

—Nadie se habría fijado en ti, excepto para sentir lástima por el pequeño. Pero hoy me he asegurado de que todos se fijaran en ti. Estarán pendientes de todos los movimientos que hagas. Ahora lo único que tienes que hacer para ganarte tu respeto es ser perfecto.

—Así que ni siquiera tengo la oportunidad de aprender antes de ser juzgado.

—Pobre chico. Nadie le trata con justicia. Ender empujó suavemente a Bean contra la pared.

—Te diré cómo obtener un batallón. Demuéstrame que sabes lo que haces siendo soldado.

Demuéstrame que hay alguien que está deseando seguirte al campo de batalla. Entonces tendrás tu batallón. Pero hasta entonces, ni hablar.

Bean sonrió.

—Es justo. Si es verdad que actúa así, seré jefe de batallón en un mes.

Ender se agachó y lo agarró por la pechera del uniforme y lo empujó contra la pared.

—Bean, cuando digo que actúo de una forma determinada, es que actúo de esa forma.

Bean se sonrió. Ender le soltó y se alejó. Cuando llegó a su habitación se tendió en la cama y tembló.

«¿Qué estoy haciendo? Mi primera sesión práctica, y ya estoy intimidando a la gente como lo hacía Bonzo. Y Peter. Empujando a la gente. Eligiendo a algunos pobres chicos pequeños para que los demás tengan alguien a quien odiar. Todo lo que odiaba de un comandante, y lo estoy haciendo.

»¿Es ley de la naturaleza humana que te conviertas inevitablemente en lo que era tu primer comandante? Si es así, ya puedo renunciar ahora mismo.»

Pensó una y otra vez en las cosas que había hecho y dicho en su primera práctica con su nueva escuadra. ¿Por qué no pudo hablar como lo hacía siempre en el grupo de prácticas

nocturnas? Allí no había más autoridad que la maestría. Nunca tuvo que dar órdenes, sólo hacer sugerencias. Pero eso no funcionaría, no, con una escuadra. El grupo de prácticas informales no tenía que aprender a hacer cosas en conjunto. No tenía que desarrollar un sentimiento de grupo; nunca tuvieron que aprender a mantenerse unidos y confiar los unos en los otros durante una batalla. No tenían que responder instantáneamente a las órdenes.

Y también podía irse al otro extremo. Podía ser tan laxo e incompetente como Rose el Narizotas, si quería. Podía cometer errores estúpidos, hiciera lo que hiciera. Tenía que conseguir disciplina, y eso significaba exigir, y conseguir, una obediencia decidida, rápida. Tenía que tener una escuadra bien entrenada, y eso significaba hacer ejercicios con los soldados una y otra vez, incluso después de que creyeran que habían dominado una técnica, hasta que fuera algo tan natural en ellos que ya no tuvieran que pensárselo.

Pero, ¿qué le pasaba con Bean? ¿Por qué había ido a por el más pequeño, el más débil, y posiblemente el más inteligente? ¿Por qué había hecho a Bean lo que los comandantes que él despreciaba le habían hecho a él?

Entonces recordó que eso no había empezado con sus comandantes. Antes de que Rose y Bonzo le trataran con desprecio, le habían aislado cuando estaba en el grupo de lanzamiento. Y no había sido obra de Bernard. Había sido Graff.

Fueron los profesores los que lo habían hecho. Y no había sido un accidente. Ender se daba cuenta ahora. Era una estrategia. Graff le había separado deliberadamente de los demás chicos, le había impedido acercarse a ellos. Y ahora comenzaba a sospechar las razones que había detrás. No era para unificar al resto del grupo; de hecho, eso lo dividía. Graff había aislado a Ender para obligarle a luchar. Para obligarle a demostrar, no que era competente, sino que era mucho mejor que cualquier otro. Ésa era la única manera de ganarse el respeto y la amistad de los demás. Le convirtió en un soldado mejor de lo que, de otra manera, habría sido. También le hizo solitario, temeroso, airado, desconfiado. Y, tal vez, también esos rasgos le hacían ser mejor soldado.

«Eso es lo que te estoy haciendo, Bean. Te estoy haciendo daño para hacer de ti un soldado mejor en todos los sentidos. Para agudizar tu talento. Para intensificar tu esfuerzo. Para mantenerte desconcertado, para que nunca estés seguro de lo que va a pasar a continuación, para que siempre tengas que estar preparado para cualquier cosa, preparado para improvisar, decidido a ganar pase lo que pase. También te estoy haciendo desdichado. Por eso te trajeron conmigo, Bean. Para que pudieras ser igual que yo. Para que pudieras llegar a ser igual que el viejo.

»Y yo, ¿se supone que debo llegar a ser como Graff? Gordo y agrio e insensible, manipulando las vidas de los chicos para que se conviertan en perfectos generales y almirantes prefabricados, listos para conducir la flota en defensa de la patria. Tienes todos los placeres del titiritero. Hasta que te llega un soldado que puede hacer más que cualquier otro. No puedes consentirlo. Rompe la simetría. Tienes que ponerlo en línea, romperlo, aislarlo, machacarlo hasta que se pone en línea con los demás.

»Bien, Bean, lo que te he hecho este día, hecho está. Pero te observare, con más compasión de la que te imaginas, y cuando llegue el momento descubrirás que soy tu amigo, y tú el soldado que quieres ser.»

Ender no fue a las clases esa tarde. Se tumbó en la litera y escribió sus impresiones sobre cada uno de los chicos de su escuadra, las cosas favorables que observaba en ellos, las cosas que había que trabajar más. En la práctica nocturna, hablaría con Alai y resolvería la forma de enseñar a grupos pequeños todo lo que necesitaban saber. Al menos, en eso no estaría solo.

Pero cuando Ender llegó a la sala de batalla esa noche, mientras la mayoría estaba todavía comiendo, encontró al mayor Anderson esperándole.

—Ha habido un cambio de las normas, Ender. A partir de ahora, sólo los miembros de la escuadra pueden trabajar juntos en una sala de batalla durante el tiempo libre. Y, por consiguiente, las salas de batalla sólo estarán disponibles siguiendo un programa establecido. Después de esta noche, tu siguiente turno es dentro de cuatro días.

—No hay nadie haciendo prácticas adicionales.

—Ahora sí, Ender. Puesto que ahora mandas otra escuadra, no quieren que sus chicos hagan prácticas contigo. Es fácil entenderlo. Así que ellos dirigirán sus propias prácticas.

—Siempre he estado en una escuadra distinta a la de ellos. Y sin embargo me enviaban sus soldados para entrenarlos.

—Entonces no eras comandante.

—Me ha dado una escuadra absolutamente verde, mayor Anderson, señor...

—Tienes unos cuantos veteranos.

—No son nada buenos.

—Nadie consigue llegar aquí sin ser brillante, Ender. Haz que sean buenos.

—Necesitaba a Alai y Shen para...

—Ya es hora de que crezcas y hagas algunas cosas tú solo, Ender. No necesitas que esos chicos te aguanten la mano. Ahora eres un comandante. Así que, por favor, compórtate como tal, Ender.

Ender rebasó a Anderson y se dirigió a la sala de batalla.

—Ya que estas prácticas nocturnas están ahora programadas regularmente, ¿significa eso que puedo utilizar el gancho?

¿Se llegó a sonreír Anderson? No. No era posible.

—Ya veremos —dijo.

Ender se volvió de espaldas y se fue a la sala de batalla. Pronto llegó su escuadra, y nadie más; o bien Anderson esperó por allí para interceptar a cualquiera que fuera al grupo de prácticas de Ender, o había corrido por toda la escuela la noticia de que las tardes informales de Ender habían terminado.

Fue una buena práctica, adelantaron bastante, pero al final Ender estaba cansado y solo. Faltaba media hora para irse a dormir. No podía ir al cuartel de su escuadra; hacía tiempo que había aprendido que un buen comandante se mantenía alejado, a menos que tuviera algún motivo para hacer una visita. Los chicos necesitaban tener una oportunidad de estar en paz, de descansar, sin que nadie les escuchara para favorecerles o despreciarles en función de lo que decían, hacían o pensaban.

En consecuencia, se encaminó a la sala de juegos, donde había algunos chicos que aprovechaban la media hora que precedía al timbre final para establecer apuestas o superar las puntuaciones que habían conseguido en los juegos. Ninguno de éstos parecía interesante, pero de todos modos jugó a uno, un juego de animación diseñado para los reclutas. Aburrido, ignoraba los objetivos del juego y utilizaba la pequeña figura del jugador, un oso, para explorar el escenario animado que le rodeaba.

—Jugando de esa manera, nunca ganarás. Ender sonrió.

—Te he echado de menos en las prácticas, Alai.

—Estaba allí. Pero tenían a tu escuadra en un sitio inaccesible. Parece que ahora eres importante, ya no puedes jugar con los pequeños.

—Eres un codo más alto que yo.

—¡Codo! ¿Te ha dicho Dios que construyas un arca o algo así? ¿O te ha dado por lo arcaico?

—No arcaico, sólo arcano. Secreto, sutil, sinuoso. Ya te echo de menos, perro circuncidado.

—¿No lo sabes? Ahora somos enemigos. La próxima vez que me encuentre contigo en la batalla te azotaré el trasero.

Era burla, como siempre, pero ahora había demasiada verdad detrás. Ahora, cuando Ender oyó a Alai hablar como si todo fuera una broma, le dolió perder a su amigo, y le dolió aún más preguntarse si a Alai le dolía realmente tan poco como aparentaba.

—Puedes intentarlo —dijo Ender—. Te he enseñado todo lo que sabes. Pero no te he enseñado todo lo que sé.

—Siempre he sabido que te reservabas algo, Ender.

Una pausa. El oso de Ender estaba en apuros. Se subió a un árbol.

—No, Alai, no me reservaba nada.

—Lo sé —dijo Alai—. Yo tampoco.

—Salaam, Alai.

—¡Ay! No habrá.

—¿Qué es lo que no habrá?

—Paz. Eso es lo que significa salaam. Que la paz sea contigo.

Las palabras trajeron un eco de la memoria de Ender. La voz de su madre leyendo para él dulcemente, cuando era muy pequeño. «No creáis que he venido a traer la paz al mundo. No he venido a traer la paz, sino la espada.» Ender se había hecho una imagen mental de su madre atravesando a Peter el Terrible de una estocada sangrienta, y las palabras habían permanecido en su mente junto con la imagen.

El oso murió en silencio. Fue una muerte ingeniosa, con música alegre. Alai ya se había marchado. Sintió como si le hubieran arrebatado una parte de él, un puntal interior que sostenía su coraje y su confianza. Con Alai, Ender había llegado a sentir una unidad tan fuerte que le venía a los labios la palabra nosotros más fácilmente que yo, lo que hasta cierto punto era imposible con otros, incluso con Shen.

Pero Alai había dejado algo. Ender, tendido en la cama, dormitando, sintió los labios de Alai en la mejilla mientras murmuraba la palabra paz. El beso, la palabra, la paz estaban todavía con él. «Soy sólo lo que recuerdo, y Alai es mi amigo en el recuerdo con tanta intensidad que no pueden arrancarlo. Como Valentine, el recuerdo más fuerte.»

Al día siguiente se cruzó con Alai en el corredor, y se saludaron, se dieron la mano, hablaron, pero lo dos sabían que ahora había una pared. A lo mejor se podía abrir una brecha en esa pared, en el futuro, pero por ahora la única conversación real entre ellos eran las raíces que ya habían crecido, fuertes y profundas, por debajo del muro, donde no las podían romper.

Lo más terrible, sin embargo, era el temor de que nunca se abriera una brecha en la pared, de que Alai se alegrara de corazón por la separación y estuviera preparado para ser enemigo de Ender. Puesto que ahora no podían estar juntos, debían estar infinitamente distantes, y lo que había sido seguro e inquebrantable era ahora frágil e insustancial. «Desde el momento en que no estamos juntos, Alai es un extraño, porque ahora tiene una vida que no forma parte de la mía, y eso significa que cuando le vea no nos conoceremos.»

Eso le llenó de tristeza, pero no lloró. Estaba acostumbrado. Cuando convirtieron a Valentine en una extraña, cuando la utilizaron como un instrumento para manipular a Ender, supo que a partir de ese día no podrían infligirle heridas lo suficientemente profundas como para hacerle llorar otra vez. Ender estaba seguro de eso.

Y con esa ira, decidió que era suficientemente fuerte para derrotarlos. A los profesores, a sus enemigos.

11

VENI, VIDI, VINCI

—¿No dirá en serio lo de ese programa de batallas?

—Sí, totalmente.

—Sólo hace tres semanas y media que tiene su escuadra.

—Ya se lo he dicho. Hemos simulado con el ordenador los resultados probables, Y esto es lo que el ordenador estima que puede hacer Ender.

—Queremos enseñarle, no provocarle una depresión nerviosa.

—El ordenador le conoce mejor que nosotros.

—El ordenador no es famoso por su compasión.

—Si quería ser compasivo, debería haber ido a un monasterio.

—¿Pretende decir que esto no es un monasterio?

—Además, es lo mejor para Ender. Le estamos llevando a su potencial máximo. —Creía que le íbamos a dar dos años como comandante. Normalmente, les asignamos una batalla cada dos semanas, comenzando a partir de los tres meses. Esto es un poco exagerado.

—¿Disponemos de dos años?

—Lo sé. Pero tengo una imagen de Ender de aquí a un año: totalmente inservible, agotado, porque se le hizo ir más lejos de lo que él o cualquier ser humano podía soportar.

—Le dijimos al ordenador que nuestra máxima prioridad era conseguir que el sujeto continuara siendo útil después del programa de adiestramiento.

—Bien, mientras sea útil...

—Escuche, coronel Graff, fue usted el que me hizo preparar esto. A pesar de mis protestas. No lo olvide.

—Lo sé, tiene razón, no debería cargar sobre usted el peso de mi conciencia. Pero mis ansias de sacrificar niños pequeños para salvar a la humanidad están enflaqueciendo. El Polemarch se ha entrevistado con el Hegemon. Parece que los servicios de inteligencia rusos están preocupados, porque algunos ciudadanos que emiten por las redes están ya haciendo cálculos de cómo debería utilizar América la F.I. para destruir el Pacto de Varsovia, una vez destruidos los insectores.

—Me parece prematuro.

—No parece una locura. La libertad de expresión es una cosa, pero poner en peligro la Liga por rivalidades nacionalistas... Y por gente como ésa, gente corta de visión, suicida, estamos empujando a Ender al borde de su resistencia.

—Creo que subestima a Ender.

—Pero me temo que también subestimo la estupidez del resto de la humanidad. ¿Estamos absolutamente seguros de que debemos ganar esta guerra?

—Señor, esas palabras suenan a traición.

—Era humor negro.

—No es divertido. Cuando se trata de los insectores, nada...

—Nada es divertido, lo sé.

Ender estaba tendido en su cama con los ojos fijos en el techo. Desde que era comandante no dormía más de cinco horas diarias. Pero las luces se apagaban a las 22.00 horas, y no se encendían de nuevo hasta las 06.00. Sin embargo, algunas veces trabajaba en su consola, forzando la vista para ver la imagen mortecina de la pantalla. Aunque, normalmente, fijaba los ojos en el invisible techo y pensaba.

O los profesores habían sido magnánimos con él, o era mejor comandante de lo que pensaba. De su pequeño grupo de veteranos desastrados, sin ningún prestigio en sus anteriores escuadras, estaban surgiendo jefes capacitados. Tanto era así, que en vez de los cuatro batallones habituales

había formado cinco, todos con un jefe de batallón y un segundo; todos los veteranos tenían una posición. Había hecho que la escuadra practicara maniobras con batallones de ocho hombres y con medios batallones de cuatro hombres, y de esta forma, con sólo una orden, podía asignar a su escuadra hasta diez maniobras distintas y hacer que se ejecutaran instantáneamente. Nunca se había fragmentado una escuadra de esa manera, pero tampoco formaba parte de los planes de Ender hacer cosas que se hubieran hecho anteriormente. La mayoría de las escuadras practicaban maniobras masivas, estrategias prefabricadas. Ender no tenía ninguna. En cambio, enseñaba a sus jefes de batallón a utilizar con eficacia sus pequeñas unidades con objetivos limitados. Sin apoyo, solos, bajo su propia iniciativa. Tras la primera semana, escenificó simulacros de guerra, ejercicios violentos que dejaban a todos agotados. Pero al cabo de menos de un mes de entrenamiento, sabía que su escuadra podía ser, en potencia, el mejor grupo de combate que había participado en el juego.

¿Hasta qué punto estaba todo previsto por los profesores? ¿Sabían que le habían dado chicos grises pero excelentes? ¿Le habían dado treinta reclutas, muchos de ellos menores de edad, porque sabían que los más pequeños aprendían a mayor velocidad, pensaban a mayor velocidad? ¿O se podría conseguir lo mismo con cualquier grupo mandado por un comandante que supiera lo que quería que hiciera su escuadra, y que supiera enseñarles a hacerlo?

Le preocupaba la cuestión, porque no estaba seguro de si estaba confundiendo o cumpliendo sus expectativas.

De lo único que sí se hallaba seguro era de que estaba impaciente por entrar en batalla. La mayoría de las escuadras necesitaban tres meses porque tenían que memorizar docenas de formaciones complejas. «Nosotros ya estamos preparados. Enviadnos a la batalla.»

La puerta se abrió en la oscuridad. Ender escuchó. Unos pasos arrastrando los pies. La puerta se cerró.

Rodó de su litera y se arrastró en la oscuridad los dos metros que le separaban de la puerta. Había un trozo de papel. No podía leerlo, por supuesto, pero sabía lo que era. Batalla. «¡Cuánta amabilidad! Yo deseo y ellos conceden.»

Ender ya estaba vestido con su traje refulgente de la escuadra Dragón cuando se encendieron las luces. Inmediatamente, bajó por el corredor corriendo, y a las 06.01 horas ya estaba en la puerta del cuartel de su escuadra.

—Tenemos una batalla con la escuadra Conejo a las 07.00. Vamos a hacer ejercicios de precalentamiento en gravedad normal para prepararnos. Desvestíos e id al gimnasio. Llevad vuestros trajes refulgentes e iremos a la sala de batalla desde allí.

—¿Y qué pasa con el desayuno?

—No quiero que nadie devuelva en la sala de batalla.

—¿Podemos al menos echar una meada antes?

—No más de un decalitro.

Se rieron. Los que no dormían desnudos se desvistieron; todos liaron sus trajes refulgentes y siguieron a Ender trotando por los corredores hasta el gimnasio. Les hizo recorrer la pista de obstáculos dos veces, luego les hizo pasar uno a uno por la cama elástica, la colchoneta y el potro. «No os agotéis, basta que os despertéis.» No necesitaba preocuparse por el agotamiento. Estaban en buena forma, ligeros y ágiles, y sobre todo excitados por la batalla que iba a tener lugar. Unos cuantos comenzaron espontáneamente a pugnar entre sí; el gimnasio, antes aburrido, se convirtió repentinamente en algo divertido, y todo por la batalla que iba a tener lugar. Su confianza era la suprema confianza de los que nunca han entrado en combate y creen que están preparados. «Bueno. ¿Y por qué no habrían de pensarlo? Lo están. Y yo también.»

A las 06.40 les mandó vestirse. Habló a los jefes de batallón y a sus segundos mientras se vestían.

—La escuadra Conejo está formada por veteranos, pero Carn Carby fue nombrado comandante hace sólo cinco meses, y nunca he combatido contra ellos estando él de comandante. Era un soldado muy competente, y Conejo ha ocupado buenos puestos en la clasificación a lo largo de los años. Pero espero encontrarme con formaciones, y por eso no estoy preocupado.

A las 06.50 les hizo tenderse en las colchonetas y relajarse. Luego, a las 06.56, les ordenó levantarse, y trotaron por el corredor hacia la sala de batalla. De vez en cuando, Ender daba un salto y tocaba el techo. Todos los chicos saltaban para tocar el mismo punto del techo. La banda de colores conducía a la izquierda; la escuadra Conejo ya había pasado hacia la derecha. Y a las 06.58 llegaron a su puerta de la sala de batalla.

Los batallones se alinearon en cinco columnas. A y E estaban listos para agarrarse a los asideros laterales y tirarse hacia los lados. B y D estaban alineados en disposición de agarrar los dos asideros paralelos del techo y tirarse hacia arriba a la gravedad cero. El batallón C estaba listo para dar un manotazo en el alféizar del umbral de la puerta y tirarse hacia abajo.

Arriba, abajo, izquierda, derecha; Ender estaba delante, entre las columnas para no cerrarles el paso, y les reorientaba.

—¿En qué dirección está la puerta del enemigo?

—Abajo —dijeron todos riendo. Y en ese momento arriba pasó a ser norte y abajo pasó a ser sur, e izquierda y derecha pasaron a ser este y oeste.

La pared gris que había delante de ellos desapareció, y la sala de batalla quedó a la vista. No era un juego en la oscuridad, pero tampoco a plena luz; las luces estaban a media potencia, como en el crepúsculo. A lo lejos, en la luz mortecina, podía verse la puerta del enemigo, vertiendo ya sus trajes refulgentes. Ender conoció un momento de placer. Todos habían aprendido de Bonzo las consecuencias del mal uso de Ender Wiggin. Todos se arrojaban por la puerta inmediatamente, y por lo tanto no había tiempo más que para pronunciar la formación que utilizarían. Los comandantes no tenían tiempo de pensar. Bueno, Ender se tomaría el tiempo necesario y confiaría en la habilidad de sus soldados en el combate, con las piernas congeladas para seguir intactos si salían tarde por la puerta.

Ender se hizo una idea de la forma de la sala de batalla. La familiar reja abierta de la mayoría de los primeros juegos, como las barras de monos del parque, con siete u ocho estrellas esparcidas por la reja. Habían las necesarias y en posiciones suficientemente avanzadas como para que mereciera la pena ir a por ellas.

—Desplegaos hacia las estrellas más próximas —dijo Ender—. C intenta deslizarte por la pared. Si funciona, A y E le seguirán. Si no, ya decidiré desde aquí. Estaré con D. ¡Moveos!

Todos los soldados sabían lo que estaba pasando, pero las decisiones tácticas dependían exclusivamente de los jefes de batallón. Incluso con las instrucciones de Ender, pasaron por la puerta con sólo diez segundos de retraso. La escuadra Conejo ya estaba haciendo sofisticados movimientos de baile allá abajo, en su extremo de la sala. En todas las demás escuadras con las que Ender había combatido, ahora mismo habría estado ocupado asegurándose de que él y su batallón estaban en el lugar que les correspondía en la formación. Ahora en cambio, él y todos sus hombres pensaban sólo en la forma de deslizarse más allá de la formación, de controlar las estrellas y las esquinas de la sala, y luego romper la formación del enemigo en pedazos insignificantes, que no sabrían lo que estaban haciendo. En menos de cuatro semanas juntos, su forma de luchar parecía la única forma inteligente, la única forma posible. Ender casi se sorprendió de que la escuadra Conejo no supiera ya que estaban irremisiblemente anticuados.

El batallón C se deslizó por la pared, bordeándola con las rodillas dobladas frente al enemigo. Crazy Tom, el jefe del batallón C, parecía haber ordenado a sus hombres que se irradiaran las piernas. Era una idea bastante buena con esa luz mortecina, ya que las partes congeladas de los trajes refulgentes se oscurecían. Les hacía menos visibles. Ender le felicitaría por eso.

La escuadra Conejo consiguió rechazar el ataque del batallón C, pero para entonces Crazy Tom y sus chicos ya los habían fraccionado, congelando a una docena de conejos antes de replegarse al resguardo de una estrella. Pero era una estrella situada detrás de la formación Conejo, lo que significaba que ahora iba a ser una presa fácil. Han Tzu, comúnmente llamado Hot Soup (sopa caliente), era el jefe del batallón D. Se deslizó rápidamente por el labio de la estrella hasta donde estaba arrodillado Ender.

—¿Qué tal si nos arrojamos desde la pared norte y nos hincamos de rodillas en sus narices?

—Hazlo —dijo Ender—. Elevaré C al sur para cogerlos por detrás. —Entonces gritó—: ¡A y E, despacio a las paredes!

Se deslizó por la estrella con los pies por delante, enganchó los pies en el borde, y dio una voltereta hasta la pared superior, y luego rebotó dirigiéndose a la estrella del batallón E. En un instante estaba conduciéndoles hacia abajo, contra la pared sur. Rebotaron casi al unísono y aparecieron detrás de las dos estrellas que defendían los soldados de Carn Carby. Fue como cortar un pastel. La escuadra Conejo estaba acabada, sólo quedaba hacer una pequeña limpieza. Ender dividió sus batallones en medios batallones, para registrar las esquinas en busca de soldados enemigos que estuvieran total o parcialmente dañados. En tres minutos, sus jefes de batallón informaron que la sala estaba limpia. Sólo uno de los chicos de Ender estaba completamente congelado (uno del batallón C, el que había soportado lo más riguroso del asalto), y sólo cinco estaban inutilizados. La mayoría estaban dañados, pero eran disparos en las piernas y muchos de ellos habían sido autoinfligidos. En total, había ido mucho mejor de lo que Ender esperaba.

Ender hizo que cuatro jefes de batallón rindieran honores en la puerta (cuatro cascos en las cuatro esquinas), y que Crazy Tom pasara por ella. La mayoría de los comandantes elegían a cualquiera que quedara vivo para cruzar la puerta; Ender podía haber elegido prácticamente a cualquiera. Una buena batalla.

Las luces brillaron con su máxima potencia, y por la puerta de los profesores, situados en el extremo sur de la sala de batalla, entró el mayor Anderson en persona. Con solemnidad, ofreció a Ender el garfio que se entregaba ritualmente al vencedor del juego. Ender lo utilizó para descongelar primero los trajes refulgentes de su escuadra, y la hizo formar en batallones antes de descongelar al enemigo. Una imagen militar, vigorosa, eso es lo que quería mostrar cuando Carby y la escuadra Conejo recuperaran el control de sus cuerpos. «Podrán maldecirnos y contar mentiras sobre nosotros, pero no podrán olvidar que les destrozamos, y digan lo que digan, los demás soldados y los demás comandantes lo verán en sus ojos; en esos ojos de Conejo, nos verán en formación ordenada, victoriosos y casi intactos tras nuestra primera batalla. La escuadra Dragón muy pronto va a dejar de ser un nombre gris.»

Carn Carby se dirigió a Ender en cuanto quedó descongelado. Era un chico de doce años, que parecía haber llegado a ser comandante en su último año en la escuela. Por eso no era tan gallito como los que lo lograban a los once. «No olvidaré esto cuando sea derrotado —pensó Ender—. Conservar la dignidad y mostrar respeto donde es debido, para que la derrota no sea una deshonra. Y espero que no tenga que hacerlo con frecuencia.»

Anderson mandó retirarse a la escuadra Dragón en último lugar, después de que la escuadra Conejo se hubo dispersado por la misma puerta por la que habían entrado los chicos de Ender. Ender condujo a su escuadra por la puerta del enemigo. La luz que surgía por el borde inferior de la puerta les recordaba qué dirección era abajo cuando volvían a la gravedad normal. Todos aterrizaron de pie con suavidad, corriendo. Formaron en el corredor.

—Son las 07.15 —dijo Ender—, lo que significa que tenéis quince minutos para desayunar antes de que os vea a todos en la sala de batalla para la práctica matinal.

Les podía oír decir en voz baja:

—Venga, hemos ganado, vamos a celebrarlo.

—Está bien —respondió Ender—, podéis hacerlo. Y vuestro comandante os da permiso para que os tiréis la comida durante el desayuno.

Se rieron, vitorearon, y entonces les mandó retirarse e ir al trote al cuartel. En la salida retuvo a los jefes de batallón y les dijo que no era necesario que vinieran a la práctica hasta las 07.45, y que la práctica del día concluiría temprano para que los chicos se pudieran duchar. Media hora para desayunar, y sin ducharse después de una batalla; seguía siendo poca cosa, pero era algo comparado con quince minutos. A Ender le gustó que el anuncio de los quince minutos adicionales procediera de los jefes de batallón. «Dejemos que los chicos aprendan que la indulgencia procede de sus jefes de batallón, y la severidad de su comandante; atará con más fuerza los pequeños nudos de este tejido.»

Ender no desayunó. No tenía hambre. En vez de hacerlo se fue al cuarto de baño y se duchó, y puso su traje refulgente en la lavadora para que estuviera listo cuando se hubiera secado. Se lavó dos veces y dejó que el agua corriera por su cuerpo. Sería reciclada. «Que todos beban hoy un poco de mi sudor. —Le habían dado una escuadra inexperta, y había ganado, y no por los pelos. Había ganado con sólo seis congelados o inutilizados—. Veremos durante cuánto tiempo siguen los demás comandantes utilizando sus formaciones, ahora que han visto lo que puede hacer una estrategia flexible.»

Estaba flotando en medio de la sala de batalla cuando comenzaron a llegar sus soldados. Naturalmente, ninguno le habló. Sabían que hablaría cuando estuviera preparado, y no antes.

Cuando todos estuvieron allí, Ender se engarfió cerca de ellos y les miró uno por uno.

—Una primera batalla excelente —dijo, lo que fue suficiente excusa para un viva y un intento de entonar un canto de Dragón, Dragón, que cortó rápidamente—. La escuadra Dragón lo hizo bien contra los Conejos. Pero el enemigo no va a ser siempre así de malo. Si nos hubiéramos enfrentado a una escuadra buena, batallón C, tu aproximación fue tan lenta que te habrían cogido por los flancos antes de que llegaras a una buena posición. Te deberías haber dividido formando un ángulo en dos direcciones, y así no podrían cogerte por los flancos. A y B, vuestra puntería fue lamentable. Los marcadores muestran que vuestra media es de sólo una diana por cada dos soldados. Esto significa que la mayoría de las dianas se consiguieron atacando a soldados rodeados. Esto no puede seguir así; un enemigo competente rompería en pedazos la fuerza de asalto, a menos que esté cubierta mucho mejor por los soldados alejados. Quiero que todos los batallones practiquen su puntería de lejos con blancos móviles y estáticos. Medios batallones harán de blanco por turnos. ¡Moveos!

—¿Vamos a tener estrellas? —preguntó Hot Soup—. Para apoyarnos al apuntar.

—No quiero que os acostumbréis a tener donde apoyar los brazos. Si os tiemblan los brazos, congelaos los codos. ¡Moveos!

Los jefes de batallón organizaron rápidamente a su gente, y Ender iba de un grupo a otro para dar consejos y ayudar a los soldados que tenían más problemas. Para entonces, los soldados ya sabían que Ender podía ser brutal en la forma de hablar a los grupos, pero cuando trabajaba con un individuo siempre era paciente, explicaba las cosas las veces que fuera necesario, daba consejos sosegadamente, escuchaba preguntas, problemas y explicaciones. Pero nunca se reía cuando intentaban bromear con él, y pronto dejaron de intentarlo. Era comandante en todo momento. Nunca necesitó recordárselo; simplemente, lo era.

Trabajaron todo el día con el sabor de la victoria en la boca, y dieron nuevos vítores cuando se suspendió el trabajo media hora antes del almuerzo. Ender retuvo a los jefes de batallón hasta la hora normal del almuerzo, para hablar de las tácticas que habían utilizado y evaluar el trabajo de sus soldados individualmente. Luego se fue a su habitación y se puso metódicamente el uniforme regular. Entraría en el comedor de comandantes con un retraso de unos diez minutos. La demora exacta que quería. Como ésta era su primera victoria, nunca había visto el interior del comedor de comandantes y no tenía ninguna idea de lo que se suponía que debía hacer un comandante nuevo, pero sí sabía que hoy quería entrar el último, cuando los resultados de las batallas de la mañana ya hubieran sido publicados. Hoy Dragón ya no sería un nombre gris.

No había excesiva agitación cuando entró. Pero cuando algunos advirtieron lo pequeño que era, y vieron los dragones en las mangas de su uniforme, le miraron sin disimulo, y para cuando cogió su comida y se sentó a una mesa, la habitación estaba en silencio. Ender empezó a comer, lentamente y con cuidado, fingiendo no notar que era el centro de atención. Las conversaciones y el ruido aumentaron de nuevo gradualmente, y Ender se pudo relajar lo suficiente para echar una mirada en torno suyo.

Una pared completa de la sala era un marcador. A los soldados se les mantenía al corriente de la clasificación global de una escuadra durante los dos últimos años; aquí, sin embargo, sólo se daban las clasificaciones de los comandantes. Un comandante nuevo no podía heredar una buena posición de su predecesor; se le situaba en la lista en función de lo que había hecho.

Ender tenía la mejor puntuación. Un resultado ganados-perdidos perfecto, por supuesto, pero en las demás clasificaciones iba muy por delante. Media de soldados inutilizados, media de enemigos inutilizados, media de tiempo transcurrido antes de la victoria; estaba en la primera posición en todas las clasificaciones.

Cuando estaba a punto de terminar de comer, alguien se acercó por detrás y le tocó el hombro.

—¿Me puedo sentar?

Ender no necesitó girar la cabeza para saber que era Dink Meeker.

—Hola, Dink —dijo Ender—. Siéntate.

—Pedos de oro —dijo Dink con tono jovial—. Estamos intentando decidir si esa puntuación es un milagro o un error.

—Una costumbre —dijo Ender.

—Una victoria no representa una costumbre —dijo Dink—. No seas gallito. Cuando eres nuevo te ponen contra comandantes débiles.

—Carn Carby no es precisamente el último de la lista.

Era verdad. Carby estaba por el medio.

—No lo hace mal —dijo Dink—, si se tiene en cuenta que acaba de empezar. Es una joven promesa. Tú no eres una promesa. Tú eres una amenaza.

—¿Una amenaza de qué? ¿Te van a dar de comer menos si gano? Creí que me habías dicho que todo esto era un juego estúpido y que nada tenía importancia.

A Dink no le gustó que le echaran en cara sus propias palabras, no en estas circunstancias.

—Tú fuiste quien me incitó a seguir jugando con ellos. Pero contigo voy en serio, Ender. A mí no me vencerás.

—Probablemente no —dijo Ender.

—Yo te enseñé —dijo Dink.

—Todo lo que sé —dijo Ender—. Ahora sólo juego de oído.

—Felicidades —dijo Dink.

—Es bueno saber que tengo un amigo aquí.

Pero Ender no estaba seguro de que Dink fuera ya su amigo. Tampoco lo estaba Dink. Tras unas pocas frases vacías, Dink volvió a su mesa.

Ender miró en torno suyo cuando acabó de comer. Seguían algunas pequeñas conversaciones. Ender reconoció a Bonzo, que ahora era uno de los comandantes más antiguos. Rose el Narizotas se había graduado. Petra estaba con un grupo en una esquina lejana, y no le miró ni una vez. Como la mayoría, le miraban de soslayo de vez en cuando, incluidos los que estaban hablando con Petra. Ender estaba casi seguro de que le rehuía la mirada deliberadamente. «Este es el problema de empezar ganando —pensó Ender—. Pierdes a los amigos. Dales unas semanas para que se acostumbren. Para cuando tenga la próxima batalla, las cosas se habrán calmado.»

Carn Carby no dejó de ir a felicitar a Ender antes de que concluyera la hora del almuerzo. Era, de nuevo, un gesto cortés, y, a diferencia de Dink, Carby no parecía receloso.

—Acabo de caer en desgracia —dijo con franqueza—. No me creerán cuando les diga que hiciste cosas que nadie había visto hacer. Así que espero que vapulees al mocoso de la próxima escuadra con la que te enfrentes. Como un favor personal.

—Será un favor personal —dijo Ender—. Y gracias por hablar conmigo.

—Creo que te están tratando muy mal. Normalmente, cuando los comandantes ingresan en el comedor por primera vez, se les vitorea. Pero, normalmente, un comandante nuevo tiene unas cuantas derrotas en su haber antes de aparecer por aquí. Sólo hace un mes que llegué. Si alguien se merece un aplauso, ése eres tú. Pero así es la vida. V Haz que muerdan el polvo.

—Lo intentaré.

Carn Carby se marchó, y Ender lo añadió mentalmente a su lista particular de personas calificadas como seres humanos.

Esa noche, Ender durmió como no lo había hecho desde hacía bastante tiempo. De hecho, durmió tan bien que no se despertó hasta que se encendieron las luces. Se levantó de buen humor,

fue a la ducha al trote y no advirtió el trozo de papel que había en el suelo hasta que volvió y comenzó a ponerse el uniforme. Sólo vio el papel porque lo movió el aire que levantó al sacudir el uniforme para ponérselo. Cogió el papel y lo leyó.

PETRA ARKANIAN, ESCUADRA FÉNIX, 07.00

Era su antigua escuadra, la que había dejado apenas hacia cuatro semanas, y conocía sus formaciones de arriba abajo. En parte debido a la influencia de Ender, era la escuadra más flexible, y respondía con relativa rapidez a las nuevas situaciones. La escuadra Fénix podía ser la que mejor capacitada estaba para enfrentarse al ataque fluido y flexible de Ender. Los profesores estaban empeñados en hacerle la vida más interesante.

A las 07.00 decía el papel, y ya eran las 06.30. Algunos de sus chicos podían estar yendo a desayunar. Ender echó a un lado su uniforme, cogió su traje refulgente y en un momento se plantó en la puerta de entrada del cuartel de su escuadra.

—Señores, espero que ayer aprendierais algo, porque hoy vamos a hacerlo otra vez.

Tardaron un momento en comprender que se refería a una batalla, no a una práctica.

—Tiene que ser una equivocación —dijeron—. Nadie ha tenido nunca dos batallas seguidas.

Alargó la nota a Fly Molo, el jefe del batallón A, que gritó inmediatamente «trajes refulgentes», y comenzaron a cambiarse de ropa.

—¿Por qué no nos avisaste antes? —preguntó Hot Soup.

Hot hacía a Ender preguntas que ningún otro se atrevía a preguntar.

—Creí que necesitabais ducharos —dijo Ender—. Ayer, la escuadra Conejo declaró que ganarnos porque el hedor les puso fuera de combate.

Los soldados que le oyeron se rieron.

—No viste el papel hasta que volviste de las duchas, ¿no?

Ender buscó la procedencia de la voz. Era Bean, con su traje refulgente puesto, mirando de forma insolente. «Es el momento de devolver viejas humillaciones, ¿no es así, Bean?»

—Claro —dijo Ender con desprecio—, no estoy tan cerca del suelo como tú. Más risas. Bean enrojeció de ira.

—Está claro que no podemos contar con el viejo estilo de hacer las cosas —dijo Ender—. Por lo tanto, será mejor que contéis con batallas en cualquier momento. Y con frecuencia. No voy a fingir que me gusta que nos presionen así, pero hay una cosa que me gusta: que tengo una escuadra capaz de dominar la situación.

Después de eso, si les hubiera pedido que le siguieran a la Luna sin trajes espaciales, lo habrían hecho.

Petra no era Carn Carby; tenía formaciones más flexibles y respondía con mayor rapidez a los ataques vertiginosos, improvisados, impredecibles, de Ender. En consecuencia, al final de la batalla Ender tenía tres chicos congelados y nueve inutilizados. Petra no fue demasiado exquisita al inclinarse ante él al final de la batalla. La rabia de sus ojos parecía decir: ¿Era tu amiga y me humillas de esta forma?

Ender fingió no advertir su furia. Pensó que tras unas cuantas batallas más se daría cuenta de que le había infligido más bajas que las que ningún otro comandante le infligiría en el futuro. Y seguía aprendiendo de ella. En las prácticas de hoy enseñaría a sus jefes de batallón a contrarrestar los trucos que Petra les había jugado. Pronto serían amigos otra vez.

Esperaba.

Al final de la semana, la escuadra Dragón había librado siete batallas en siete días. El resultado era siete victorias y cero derrotas. Ender no había vuelto a tener tantas bajas como en la batalla con la escuadra Fénix, y en dos batallas no tuvo ni un solo soldado congelado o inutilizado. Nadie creía ya que era el primero de la clasificación por chiripa. Había vencido a las escuadras más importantes por un margen inaudito. Los otros comandantes ya no podían ignorarle. Algunos se sentaban con él durante las comidas, intentando enterarse, por el mismo Ender, de cómo había

derrotado a sus oponentes más recientes. Lo decía abiertamente, seguro de que muy pocos sabrían adiestrar a sus soldados y a sus jefes de batallón para que remedaran lo que podían hacer los suyos. Y mientras Ender hablaba con algunos comandantes, grupos mucho más numerosos se reunían alrededor de los oponentes que Ender había derrotado, intentando descubrir la forma de vencer a Ender.

También había muchos, demasiados, que le odiaban. Le odiaban por ser joven, por ser excelente, por haber hecho que sus victorias parecieran ínfimas y débiles en comparación con las de Ender. Ender lo vio primero en sus rostros cuando se cruzaba con ellos en los corredores; luego comenzó a darse cuenta de que algunos se levantaban en grupo y se iban a otra mesa si se sentaba cerca de ellos en el comedor de los comandantes; y entonces empezaron a aparecer codos que, accidentalmente, le daban empujones en la sala de juegos, pies que se enredaban en los suyos cuando entraba o salía del gimnasio, escupitajos y bolas de papel mojado llegaban por detrás mientras trotaba por los corredores. No le podían ganar en la sala de batalla, y lo sabían; por eso le atacarían donde no había peligro, donde no era un gigante sino sólo un chiquillo. Ender los despreciaba; pero secretamente, tan secretamente que ni siquiera él mismo lo sabía, les tenía miedo. Eran precisamente esos pequeños tormentos lo que Peter había utilizado siempre, y Ender comenzó a sentirse demasiado en casa.

Sin embargo, esas molestias eran insignificantes, y Ender se convenció a sí mismo de aceptarlas como otra forma de alabanza. Las otras escuadras ya estaban empezando a imitar a Ender. Ahora, la mayoría de los soldados atacaban con las rodillas dobladas; ahora, las formaciones se estaban rompiendo, y había más comandantes que mandaban a los batallones deslizarse por las paredes. Nadie se había fijado todavía en la organización de cinco batallones de Ender y esto le concedía la pequeña ventaja de que cuando habían contabilizado los movimientos de cuatro unidades, no estaban pendientes de una quinta.

Ender estaba enseñándoles todo lo que sabía sobre tácticas en gravedad cero. Pero, ¿dónde lograría Ender aprender cosas nuevas?

Comenzó a utilizar la sala de vídeos, repleta de vídeos de propaganda sobre Mazer Rackham y otros grandes comandantes de las fuerzas de la humanidad de la Primera y Segunda Invasión. Ender interrumpía las prácticas generales una hora antes y permitía a los jefes de batallón que dirigieran las prácticas en su ausencia. Normalmente, escenificaban escaramuzas entre batallones. Ender se quedaba lo suficiente para comprobar que las cosas iban bien, y luego se iba a ver las viejas batallas.

La mayoría de los vídeos era una pérdida de tiempo. Música heroica, primeros planos de comandantes y de soldados condecorados, instantáneas confusas de marines invadiendo las instalaciones de los insectores. Pero también encontraba algunas secuencias interesantes: naves, como puntos de luz, maniobrando en la oscuridad del espacio, o, todavía mejor, las luces de las pantallas de seguimiento de las naves mostrando la batalla completa. Era difícil apreciar en los vídeos las tres dimensiones, y muchas veces las escenas estaban cortadas y resultaban incoherentes. Pero Ender comenzó a ver lo bien que utilizaban los insectores trayectorias de vuelo aparentemente aleatorias para crear confusión, lo bien que utilizaban señuelos y falsas retiradas para atraer a trampas a las naves de la F.I. Algunas batallas estaban cortadas en muchas escenas, que estaban dispersas en diversos vídeos; viéndolas en secuencia, Ender pudo reconstruir batallas completas. Comenzó a ver cosas que los comentaristas oficiales no mencionaban. Siempre intentaban despertar el orgullo por las hazañas humanas y la aversión por los insectores, pero Ender comenzó a preguntarse cómo fue posible que venciera la humanidad. Las naves humanas eran torpes; las flotas respondían a las nuevas circunstancias con una lentitud insoportable, mientras que la flota insectora parecía desenvolverse en perfecta unidad y respondía inmediatamente a cada situación nueva. Naturalmente, en la Primera Invasión las naves humanas eran completamente inadecuadas para el combate rápido, pero también lo eran las naves insectoras; sólo en la Segunda Invasión tuvieron naves y armas vertiginosas y mortíferas.

Ender aprendió estrategia de los insectores, y no de los humanos. Sentía vergüenza y miedo de aprender de ellos, puesto que eran los enemigos más terribles, repugnantes, criminales y

asquerosos. Pero también eran muy buenos en lo que hacían. Hasta cierto punto. Daba la sensación de que siempre seguían una sola estrategia básica: concentrar el mayor número de naves en el punto clave del conflicto. No hacían nunca nada sorprendente, nada que pusiera al descubierto la genialidad o la estupidez de un oficial subordinado. La disciplina era aparentemente muy férrea.

Y había algo raro. Se hablaba mucho de Mazer Rackham, pero en los vídeos se veía poco de la verdadera batalla. Algunas escenas del principio de la batalla, la diminuta fuerza de Rackham, que parecía patética en comparación con el vasto poder de la principal flota insectora. Los insectores ya habían destrozado la mayor parte de la flota humana en el escudo del cometa, aniquilado las primeras naves espaciales y puesto en ridículo las tentativas humanas de alta estrategia; esa película era exhibida frecuentemente, para despertar una y otra vez/ agonía y terror ante la victoria de los insectores. Entonces salía la flota dirigiéndose hacia la pequeña fuerza de Mazer Rackham cerca de Saturno, la desigualdad desesperanzadora, y entonces...

Entonces un disparo desde el pequeño crucero de Mazer Rackham, una nave enemiga explotando. Eso era lo único que se podía ver. Muchas películas mostraban marines abriéndose camino por las naves de los insectores. Muchos cuerpos de insectores tendidos por todas partes en el interior. Pero ninguna película de la muerte de insectores en lucha cuerpo a cuerpo, a menos que estuviera tomada de la Primera Invasión. A Ender le frustraba que la victoria de Mazer Rackham estuviera censurada de forma tan obvia. Los estudiantes de la Escuela de Batalla tenían mucho que aprender de Mazer Rackham, y todo lo relativo a su victoria estaba oculto a la vista. La pasión por el secreto no era una gran ayuda para los chicos que tenían que aprender a hacer otra vez lo que había hecho Mazer Rackham.

Naturalmente, en cuanto se corrió la voz de que Ender Wiggin estaba viendo los vídeos de guerra una y otra vez, la sala de vídeos comenzó a atraer muchedumbres. Casi todos eran comandantes, que miraban los mismos vídeos que miraba Ender, que fingían que sabían por qué los estaba mirando y qué conclusiones sacaba. Ender nunca explicó nada. Incluso cuando mostró siete escenas de la misma batalla, pero de diferentes vídeos, sólo un chico le preguntó, sin mucha confianza:

—¿Son de la misma batalla?

Ender se limitó a encogerse de hombros, como si no tuviera importancia.

Fue durante la última hora de prácticas del séptimo día, apenas unas horas después de que la escuadra de Ender hubiera ganado su séptima batalla, cuando el mayor Anderson en persona entró en la sala de vídeos. Alargó una nota a uno de los comandantes que estaban sentados, y luego se dirigió a Ender.

—El coronel Graff desea verte en su oficina inmediatamente.

Ender se levantó y siguió a Anderson por los corredores. Anderson palmeaba las cerraduras que impedían a los estudiantes entrar a los alojamientos de los oficiales; por fin llegaron donde Graff había echado raíces en una silla giratoria empernada al suelo de acero. La tripa se desparramaba por los brazos del sillón, incluso cuando se sentaba derecho. Ender intentó recordar. Graff no le había parecido especialmente gordo la primera vez que le conoció, hacía sólo cuatro años. El tiempo y la tensión no estaban siendo muy amables con el director de la Escuela de Batalla.

—Siete días desde tu primera batalla, Ender —dijo Graff.

Ender no respondió.

—Y has ganado siete batallas, una por día. Ender asintió con la cabeza.

—Tus puntuaciones son también extraordinariamente altas. Ender parpadeó.

—¿A qué atribuyes tu notable éxito, comandante?

—Me dio una escuadra capaz de llevar a cabo todas mis ideas.

—¿Y cuáles son esas ideas?

—Definimos nuestra orientación de forma que la puerta del enemigo esté abajo y utilizamos las pantorrillas como escudo. Evitamos las formaciones y mantenemos la movilidad. Tener cinco batallones de ocho en vez de cuatro de diez es una ayuda. Además, nuestros enemigos no han

tenido tiempo de responder con eficacia a nuestras nuevas técnicas, así que les seguimos derrotando con los mismos trucos. No durará mucho tiempo.

—¿De modo que no esperas seguir venciendo?

—No con los mismos trucos. Graff asintió con la cabeza.

—Siéntate, Ender.

Ender y Anderson se sentaron. Graff miró a Anderson y Anderson habló a continuación.

—¿En qué condiciones se encuentra tu escuadra, luchando con tanta frecuencia?

—Ahora todos son veteranos.

—Pero, ¿qué tal está? ¿Están cansados?

—Si lo están, no lo admitirán.

—¿Están todavía alerta?

—Son ustedes los que tienen los juegos informáticos que juegan con las mentes de las personas. Díganmelo ustedes.

—Nosotros sabemos lo que sabemos. Queremos saber lo que tú sabes.

—Son soldados muy buenos, mayor Anderson, Estoy seguro que tienen límites, pero todavía no hemos llegado a ellos. Algunos de los más nuevos tienen problemas porque nunca llegaron a dominar algunas técnicas básicas, pero están trabajando duro y mejorando. Qué quiere que diga, ¿que necesitan un descanso? Claro que necesitan descansar. Necesitan un par de semanas de descanso. Sus estudios van de mal en peor, ninguno de nosotros lo está haciendo bien en las clases. Pero eso ya lo saben ustedes, y aparentemente no les importa, así que, ¿por qué me habría de importar a mí?

Graff y Anderson se miraron.

—Ender, ¿por qué estudias los vídeos de las guerras insectoras?

—Para aprender estrategia, naturalmente.

—Esos vídeos fueron hechos con objetivos propagandísticos. Todas nuestras estrategias han sido suprimidas.

—Lo sé.

Graff y Anderson se miraron de nuevo. Graff tabaleó en la mesa.

—Ya no juegas al Juego de Fantasía —le dijo. Ender no respondió.

—Dime por qué no juegas.

—Porque gané.

—Nunca se gana todo en ese juego. Siempre hay más.

—Lo gané todo.

—Ender, queremos ayudarte a ser lo más feliz posible, pero si tú...

—Ustedes quieren hacer de mí el mejor soldado posible. Vayan abajo y miren las clasificaciones. Miren las clasificaciones de todos los tiempos. Hasta ahora están haciendo conmigo un trabajo excelente. Felicidades. Ahora bien, ¿cuándo me van a enfrentar a una escuadra buena?

Los labios inexpresivos de Graff esbozaron una sonrisa, y una carcajada contenida le hizo temblar un poco.

Anderson alargó una nota a Ender.

—Ahora —dijo.

BONZO MADRID,
ESCUADRA SALAMANDRA, 12.00

—Es dentro de diez minutos —dijo Ender—. Mi escuadra se está duchando tras la práctica. Graff sonrió.

—Entonces, será mejor que te des prisa, chico.

Llegó al cuartel de su escuadra en cinco minutos. La mayoría se habían duchado y se estaban vistiendo; algunos ya se habían ido a la sala de juegos o a la sala de vídeos a esperar la hora del almuerzo. Mandó a tres chicos más jóvenes que llamaran a todos y ordenó a los demás que se pusieran el traje de batalla con la mayor celeridad.

—Esta va a ser dura, y además llegaremos tarde—dijo Ender—. Hace unos veinte minutos que dieron la nota a Bonzo, y para cuando lleguemos a la puerta llevarán ahí dentro unos cinco minutos como mínimo.

Los chicos estaban indignados, y se quejaban en voz alta en la jerga que normalmente evitaban utilizar en presencia del comandante. «¿Pero qué pasa? ¿Están chiflados?»

—Olvidaos del porqué, nos preocuparemos de eso esta noche. ¿Estáis cansados? Fly Molo respondió:

—Nos hemos dejado la piel en las prácticas de hoy. Por no mencionar la paliza que hemos dado a la escuadra Hurón esta mañana.

—Nadie tiene dos batallas el mismo día —dijo Crazy Tom.

Ender respondió en el mismo tono.

—Ni nadie ha derrotado jamás a la escuadra Dragón. ¿Va a ser esta vuestra gran oportunidad de perder? —La pregunta burlona de Ender fue la respuesta a sus quejas. Primero ganar, después preguntar.

Estaban todos de vuelta en el dormitorio, y la mayoría vestidos.

—¡Moveos! —gritó Ender, y corrieron en línea detrás de él, algunos todavía vistiéndose cuando llegaron al corredor que daba a la sala de batalla.

Muchos estaban jadeando ya, una mala señal; estaban demasiado cansados para esta batalla. La puerta ya estaba abierta. No había ninguna estrella. Sólo vacío, espacio vacío en una sala con una iluminación deslumbrante. Ningún sitio donde esconderse, ni siquiera en la oscuridad.

—Tengo la corazonada de que ellos tampoco han salido todavía —dijo Crazy Tom.

Ender se puso la mano en la boca para indicarles que guardaran silencio. Lógicamente, con la puerta abierta, el enemigo podía escuchar todo lo que dijeran. Ender señaló con el dedo todo el perímetro de la puerta, para indicarles que la escuadra Salamandra estaba, sin ninguna duda, desplegada por la pared alrededor de la puerta, donde no podían ser vistos pero sí podían irradiar fácilmente a cualquiera que saliera.

Ender les hizo señas de que se retiraran de la puerta. Luego hizo adelantarse a algunos de los chicos más altos, incluido Crazy Tom, y les hizo arrodillarse, pero no sentados en cuclillas sobre los talones, sino totalmente erguidos de manera que sus cuerpos formaran una L. Les congeló. La escuadra lo miraba en silencio. Seleccionó al chico más pequeño, Bean, le entregó la pistola de Tom e hizo que se arrodillara en las piernas congeladas de Tom. Entonces sacó las manos de Bean, cada una sosteniendo una pistola, por los sobacos de Tom.

Ahora lo entendían, Tom sería un escudo, una astronave blindada, y Bean estaría escondido dentro. Desde luego, no era invulnerable, pero tendría tiempo.

Ender asignó dos chicos más para lanzar a Tom y a Bean por la puerta, pero les hizo señas de que esperaran. Avanzó entre la escuadra, asignando rápidamente grupos de cuatro: un escudo, un tirador y dos lanzadores. Cuando todos estuvieron congelados o armados o listos para lanzar, señaló a los lanzadores que levantaran sus cargas, las lanzaran por la puerta y que, a continuación, se lanzaran ellos.

—¡Moveos! —gritó Ender.

Se pusieron en movimiento. Las parejas tirador-escudo salían por la puerta de dos en dos, de espaldas para que el escudo se interpusiera entre el tirador y el enemigo. El enemigo abrió fuego de inmediato, pero casi todos acertaron a los chicos congelados de delante. Mientras tanto, con dos pistolas para disparar y sus blancos alineados ordenadamente y extendidos en horizontal a lo largo de la pared, los Dragones lo tuvieron fácil. Era muy difícil fallar. Y a medida que los lanzadores saltaban también por la puerta, se agarraban a asideros situados en la misma pared que el enemigo disparándole desde un ángulo mortífero, de modo que los Salamandras no sabían si disparar a las parejas escudo-tirador que les estaban masacrando o a los lanzadores que les estaban disparando desde su mismo nivel. Para cuando Ender salió por la puerta, la batalla había concluido. No había transcurrido ni un minuto desde que el primer Dragón atravesó la puerta hasta la suspensión del tiroteo. Dragón había tenido veinte congelados o inutilizados, y sólo doce chicos estaban intactos. Era su peor resultado, pero habían ganado.

Cuando salió el mayor Anderson y entregó el garfio a Ender, Ender no pudo contener la rabia.

—Creía que me iban a enfrentar a una escuadra capaz de competir contra nosotros en una lucha limpia.

—Felicitaciones por la victoria, comandante.

—¡Bean! —gritó Ender—. Si hubieras mandado la escuadra Salamandra, ¿qué habrías hecho?

Bean, inutilizado pero no totalmente congelado, gritó desde las proximidades de la puerta del enemigo, donde flotaba a la deriva:

—Mantener una configuración variable de movimientos enfrente de la puerta. No te mantengas inmóvil cuando el enemigo sabe exactamente dónde estás.

—Ya que hace trampas —dijo Ender a Anderson—, ¿por qué no adiestra a la otra escuadra a hacer trampas de una forma inteligente?

—Le sugiero que movilice su escuadra —dijo Anderson.

Ender pulsó los botones para descongelar a las dos escuadras a la vez.

—Escuadra Dragón, rompan filas —gritó inmediatamente. No harían ningún tipo de formación para aceptar la rendición de la otra escuadra. No había sido una pelea limpia, aunque habían vencido; la intención de los profesores era que perdieran, y sólo la ineptitud de Bonzo les había salvado. No había gloria en ese tipo de victorias.

Sólo cuando se estaba marchando de la sala de batalla Ender se dio cuenta de que Bonzo no entendería que estaba enfadado con los profesores. El honor español. Bonzo sólo entendería que había sido derrotado, incluso cuando todo estaba a su favor; que Ender había ordenado al chico más joven de su escuadra manifestar públicamente lo que Bonzo debería haber hecho para vencer; y que Ender ni siquiera se había quedado para recibir la rendición honrosa de Bonzo. Si Bonzo no odiase ya a Ender, indudablemente habría empezado a odiarle ahora; y odiándole como le odiaba, indudablemente esto haría que su ira fuera asesina. «Bonzo ha sido la última persona que me ha golpeado —pensó Ender—. Estoy seguro de que no lo ha olvidado.»

Ni había olvidado el sangriento enfrentamiento en la sala de batalla, cuando los chicos mayores intentaron disolver la sesión práctica de Ender. Ni tampoco lo habían olvidado muchos otros. Entonces estaban hambrientos de sangre; ahora Bonzo estaría sediento. Ender le dio vueltas a la idea de volver a seguir un curso superior de defensa personal; pero ahora, con la probabilidad de tener no una batalla diaria sino dos el mismo día, Ender sabía que no disponía de tiempo. «Tendré que confiar en mi suerte. Los profesores me han metido en esto, ellos me pueden sacar...»

Bean se desplomó pesadamente en su litera, totalmente agotado; la mitad de los chicos del cuartel ya estaban durmiendo, y todavía faltaban quince minutos para que se apagaran las luces. Con hastío, sacó de su casillero la consola y la conectó. Al día siguiente había un examen de geometría y Bean estaba muy mal preparado. Siempre le quedaba la posibilidad de razonar las cosas si tenía tiempo. Había leído a Euclides cuando tenía cinco años, pero el examen tenía un límite de tiempo, de modo que no habría ninguna posibilidad de razonar. Se lo tenía que saber. Y no se lo sabía. Y probablemente haría mal el examen. Pero hoy habían ganado dos veces, y por eso se sintió bien.

Sin embargo, en cuanto conectó la consola, todas sus preocupaciones sobre la geometría se desvanecieron. Alrededor de la pantalla desfiló el mensaje:

VEN A VERME INMEDIATAMENTE - ENDER

Eran las 21.50, sólo diez minutos antes de que se apagaran las luces. ¿Cuánto tiempo haría que lo había enviado Ender? Sin embargo, mejor que no lo ignorase. Puede que hubiese otra batalla por la mañana, una idea que le hizo sentirse hastiado, y con independencia de lo que Ender quisiera hablarle, no había tiempo. Así que Bean rodó de la litera y caminó como desinflado por el corredor hasta la habitación de Ender. Llamó.

—Entra —dijo Ender.

—Acabo de ver tu mensaje.

—Bien —dijo Ender.

—Falta poco para que se apaguen las luces.

—Te ayudaré a encontrar el camino en la oscuridad.

—Simplemente, no sabía si tenías idea de la hora que era...

—Siempre sé la hora que es.

Bean suspiró para sus adentros. No fallaba. Todas sus conversaciones con Ender acababan en discusiones. Bean lo odiaba. Admitía la genialidad de Ender y le admiraba por ello. ¿Por qué no veía Ender algo bueno en él?

—¿Te acuerdas de hace cuatro semanas, Bean, cuando me dijiste que te hiciera jefe de batallón?

—Sí.

—Desde entonces he hecho cinco jefes de batallón y cinco asistentes. Y ninguno de ellos eres tú. —Ender levantó las cejas—. ¿Me equivoco?

—No, señor.

—Bien, dime que tal lo has hecho en estas ocho batallas.

—Hoy ha sido la primera vez que me han inutilizado, pero el ordenador me ha contabilizado quince aciertos antes de que tuviera que parar. Nunca he obtenido menos de cinco aciertos en una batalla. También he cumplido todas las misiones que se me han encomendado.

—¿Por qué te hicieron soldado siendo tan joven, Bean?

—No más joven de lo que eras tú.

—Pero, ¿por qué?

—No lo sé.

—Sí lo sabes y yo también.

—He hecho conjeturas, pero sólo son conjeturas. Tú eres muy bueno. Lo sabían. Te ascendieron...

—Dime por qué, Bean.

—Porque nos necesitan, he ahí el porqué. —Bean se sentó en el sucio y miró fijamente a los pies de Ender—. Porque necesitan alguien que venza a los insectores. Eso es lo único que les importa.

—Es importante que sepas eso, Bean. Porque la mayoría de los chicos de esta escuela creen que el juego es importante en sí mismo y pero no lo es. Sólo es importante porque les ayuda a descubrir chicos que pueden llegar a ser verdaderos comandantes, en la guerra de verdad. Pero en lo referente al juego, lo están jodiendo. Eso es lo que están haciendo. Joder el juego.

—Es divertido. Creí que sólo lo hacían con nosotros.

—Un juego nueve semanas antes de lo normal. Y ahora dos juegos en el mismo día. Bean, no sé qué están haciendo los profesores, pero mi escuadra se está cansando, y yo también me estoy cansando, y a ellos no les importan en absoluto las reglas del juego. He sacado del ordenador las gráficas antiguas. Nadie ha destruido jamás tantos enemigos y mantenido tantos soldados ilesos en toda la historia del juego.

—Eres el mejor, Ender.

Ender movió la cabeza negativamente.

—Quizá. Pero no fue una casualidad que consiguiera los soldados que he conseguido. Reclutas, rechazados de otras escuadras, pero reúnelos y mi peor soldado podría ser jefe de batallón en otra escuadra. Han puesto las cosas a mí favor, pero ahora lo están poniendo todo en mi contra. Bean, quieren destrozarnos.

—A ti no pueden destrozarte.

—Te sorprenderías —Ender respiró profundamente, repentinamente, como si sintiera un pinchazo de dolor, o tuviera que aspirar un viento que pasara; Bean le miró y se dio cuenta de que lo imposible estaba sucediendo. Lejos de hostigarle, Ender Wiggin estaba confiando en él. No demasiado. Pero un poco. Ender era humano y a Bean se le había permitido verlo.

—Quizá te sorprenderías tú —dijo Bean.

—La cantidad de ideas ingeniosas y nuevas que puedo tener al día tiene un límite. Algún día aparecerá alguien con algo que oponer contra mí en lo que no habré pensado antes, y no estaré preparado.

—¿Qué es lo peor que puede pasar? Que pierdas un juego.

—Sí. Eso es lo peor que puede pasar. No puedo perder ningún juego. Porque si pierdo un...

No se explicó, y Bean no preguntó.

—Necesito que seas ingenioso, Bean. Necesito que pienses soluciones para problemas que todavía no hemos visto. Quiero que intentes cosas que nadie ha intentado porque sean absolutamente estúpidas.

—¿Por qué yo?

—Porque aunque hay soldados mejores que tú en la escuadra Dragón, no muchos, pero algunos, no hay nadie que piense mejor y más rápido que tú.

Bean no dijo nada. Los dos sabían que era cierto.

Ender le mostró su consola. Había doce nombres. Dos o tres de cada batallón.

—Elige cinco —dijo Ender—. Uno de cada batallón. Formarán una escuadrilla especial, y tú les adiestrarás. Sólo durante las sesiones de práctica adicionales. Manténme al corriente de lo que les haces hacer. No dediques demasiado tiempo a una sola cosa. La mayor parte del tiempo, tú y tu escuadrilla formaréis parte del conjunto de la escuadra, formaréis parte de vuestros batallones normales. Pero cuando te necesite. Cuando haya que hacer algo que sólo tú puedas hacer.

—Todos éstos son nuevos —dijo Bean—. Ni un veterano.

—Después de la última semana, Bean, todos nuestros soldados son veteranos. ¿No te das cuenta de que, en las clasificaciones de soldados individuales, nuestros cuarenta soldados están en las cincuenta primeras posiciones? Que hay que bajar diecisiete posiciones para encontrar a un soldado que no sea dragón.

—¿Y qué pasa si no se me ocurre nada?

—Entonces estaba equivocado con respecto a ti.

Bean esbozó una sonrisa.

—No estás equivocado. Las luces se apagaron.

—¿Puedes encontrar el camino de vuelta, Bean?

—Es probable que no.

—Entonces quédate aquí. Si escuchas con cuidado, podrás oír al hada buena venir por la noche y dejar nuestra misión para mañana.

—No nos darán otra batalla para mañana, ¿verdad?

Ender no respondió. Bean le oyó trepar a la cama. Se levantó del suelo e hizo lo mismo. Pensó en media docena de ideas antes de dormirse. Ender estaría satisfecho; todas eran estúpidas.

12

BONZO

—General Pace, siéntese, por favor. Tengo entendido que ha venido a verme por un asunto de cierta urgencia.

—Normalmente, coronel Graff, no pretendería inmiscuirme en el funcionamiento interno de la Escuela de Batalla. Su autonomía está garantizada, y, a pesar de nuestra diferencia de rango, soy consciente de que mi autoridad sólo me permite aconsejarle, no ordenarle que emprenda una acción.

—¿Una acción?

—No disimule conmigo, coronel Graff. Los americanos son muy dados a hacer el papel del tonto cuando quieren, pero y o no me dejen engañar. Usted sabe por qué estoy aquí.

—¡Ah! Me imagino que esto significa que Dap presentó un informe.

—Se siente... paternalista con los estudiantes. Cree que su negligencia ante una situación potencialmente mortales algo más que negligencia... que bordea la conspiración para matar o herir de gravedad a uno de los estudiantes.

—Esto es una escuela de niños, general Pace. Y una escuela de niños difícilmente puede requerir la presencia del jefe de la policía militar de la F.I.

—Coronel Graff, el nombre de Ender Wiggin se ha filtrado hasta el alto mando. Incluso ha llegado a mis oídos. He oído describirlo sin exageraciones como nuestra única esperanza de victoria en la inminente invasión. Cuando su vida o su salud está en peligro, no considero desorbitado que la policía militar tenga interés en preservar y proteger al chico. ¿Usted sí?

—Maldito Dap y maldito usted también, señor, sé lo que me hago.

—¿Seguro?

—Mejor que nadie.

—Eso es obvio, puesto que nadie más tiene la más remota idea de lo que está haciendo. Sabe desde hace ocho días que algunos de los chicos más depravados están conspirando para dar una paliza a Ender Wiggin, si pueden. Y que algunos de los miembros de esa conspiración, fundamentalmente el chico llamado Bonito de Madrid, comúnmente apodado Bonzo, tiene muchas probabilidades de no refrenarse cuando lleven a cabo ese correctivo, de modo que Ender Wiggin, un inestimable recurso internacional, quedará expuesto al grave peligro de embadurnar con sus sesos las paredes de su ingenua escuela orbital. Y usted, plenamente consciente del peligro, exactamente se propone hacer...

—Nada.

—Como comprenderá, eso aumenta nuestra perplejidad.

—Ender Wiggin ha estado en este tipo de situaciones antes. En la Tierra, el día que se le quitó el monitor, y otra vez, cuando un numeroso grupo de chicos mayores...

—No he venido aquí ignorante de su pasado. Ender Wiggin ha provocado a Bonzo Madrid más allá de toda resistencia humana. Y usted no dispone de policía militar preparada para disolver disturbios.

—Cuando Ender Wiggin esté al mando de nuestras flotas, cuando tenga que tomar las decisiones que nos conducirán a la victoria o a la destrucción, ¿habrá una policía militar que acuda en su ayuda en el caso de que la situación se le escape de las manos?

—No acabo de ver la conexión.

—Obviamente. Pero la conexión está ahí. Ender Wiggin tiene que creer que, pase lo que pase, ningún adulto va a dar un paso par a prestarle ningún tipo de ayuda, nunca. Tiene que creer, hasta lo más profundo de su alma, que sólo podrá hacer lo que él y los demás chicos resuelvan hacer por sí mismos. Si no cree eso, entonces nunca llegará a la cima de sus posibilidades.

—Tampoco llegará a la cima de sus posibilidades si está muerto o permanentemente lisiado.

—No lo estará.

—¿Por qué no hace algo tan sencillo como graduara Bonzo? Tiene la edad suficiente.

—Porque Ender sabe que Bonzo tiene la intención de matarle. Si transferimos a Bonzo antes de lo previsto, sabrá que le protegemos. El cielo sabe que Bonzo no es lo bastante buen comandante para ser promocionado por sus propios méritos.

—¿Qué pasa con los otros chicos? ¿No puede hacer que le ayuden?

—Veremos qué pasa. Ésta es mi decisión primera, última y única.

—Que Dios le proteja si está equivocado.

—Que Dios nos proteja a todos si estoy equivocado.

—Le someteré a una corte marcial capitán. Si está equivocado, haré que su nombre sea odiado en todo el mundo.

—Es justo. Pero si resulta que estoy en lo cierto, no olvide hacer lo necesario para que me concedan unas docenas de medallas.

—¡Para qué!

—Para impedir sus intromisiones.

Ender se sentó en una esquina de la sala de batalla, con el brazo enganchado en un asidero, observando a Bean practicar con su escuadrilla. Ayer habían hecho ejercicios de ataque sin pistola, desarmando enemigos con los pies. Ender les había ayudado enseñándoles algunas técnicas de lucha personal con gravedad; había muchas cosas diferentes, pero la inercia en vuelo era un elemento que se podía utilizar contra el enemigo con la misma facilidad en gravedad cero que en la gravedad terrestre.

Hoy, sin embargo, Bean tenía un juguete nuevo. Era una línea muerta, uno de los delgados hilos de bramante, casi invisibles, utilizados durante la construcción en el espacio para mantener juntos dos objetos. Algunas veces las líneas muertas tenían varios kilómetros de longitud. Ésta era sólo un poco más larga que una pared de la sala de batalla, y sin embargo se enrollaba toda ella, casi de forma invisible, en torno a la cintura de Bean. Se despojó de ella como si se tratara de una prenda de vestir y alargó un extremo a uno de sus soldados.

—Engánchalo a un asidero y dale varias vueltas.

Bean llevó el otro extremo al otro lado de la sala de batalla.

Como cable para trampas no era demasiado práctico, pensó Bean. Era suficientemente invisible, pero un hilo de bramante no tenía demasiadas probabilidades de detener a un enemigo que podía pasar sin problemas por encima o por debajo. Entonces se le ocurrió la idea de utilizarlo para cambiar de dirección en el aire. Se lo ató alrededor de la cintura, con el otro extremo todavía atado a un asidero, se deslizó algunos metros y se lanzó sin vacilar. El bramante le frenó en seco, cambió su dirección repentinamente y le balanceó, haciéndole describir un arco que le estrelló brutalmente contra la pared.

Chillaba sin parar. Ender tardó unos segundos en darse cuenta de que no gritaba de dolor.

—¡Visteis lo rápido que iba! ¡Visteis cómo cambié de dirección!

Pronto, toda la escuadra Dragón interrumpió el trabajo para observar a Bean hacer ejercicios con el hilo de bramante. Los cambios de dirección eran portentosos, especialmente cuando no se sabía dónde buscar el hilo de bramante. Cuando utilizó el hilo para dar vueltas en torno a una estrella, alcanzó velocidades que nadie había visto antes.

Eran las 21.40 cuando Ender dio por concluida la práctica nocturna. Fatigada pero satisfecha por haber visto algo nuevo, su escuadra iba por los corredores de vuelta al cuartel. Ender iba entre ellos, sin hablar, pero escuchaba sus conversaciones. Estaban cansados, sí; una batalla diaria durante más de cuatro semanas, con frecuencia en situaciones que ponían a prueba sus posibilidades. Pero estaban orgullosos, felices, unidos; nunca habían perdido, y habían aprendido a confiar unos en otros. Confiar en que sus compañeros de armas lucharían mucho y bien; confiar en que sus jefes les utilizarían en vez de malgastar sus esfuerzos; y por encima de todo, confiar en que Ender les prepararía para todas y cada una de las situaciones que pudieran sobrevenir.

Mientras caminaban por los corredores, Ender vio a varios chicos mayores, aparentemente enfrascados en conversaciones en los corredores laterales y en las escaleras de salida; algunos

estaban en su corredor, caminando lentamente en dirección contraria. Era demasiada coincidencia, sin embargo, que la mayoría llevara uniformes de la escuadra Salamandra, y que los que no lo llevaban, fueran chicos mayores pertenecientes a las escuadras de los comandantes que más odiaban a Ender Wiggin. Algunos le miraban, y apartaban la vista rápidamente; otros estaban demasiado tensos, demasiado nerviosos mientras fingían estar relajados. «¿Qué hago si atacan a mi escuadra aquí, en el corredor? Todos mis chicos son jóvenes, todos son pequeños, y sin ninguna experiencia en el combate en gravedad normal. ¿Cuándo aprenderían?»

—¡Eh, Ender! —gritó alguien.

Ender se detuvo y miró hacia atrás. Era Petra.

—Ender, ¿puedo hablar contigo?

Ender vio en un segundo que si se detenía y se ponía a hablar, su escuadra le adelantaría rápidamente y se quedaría solo con Petra en el pasillo.

—Camina conmigo —dijo Ender.

—Es sólo un momento. Ender se dio la vuelta y siguió caminando con su escuadra. Oyó a Petra correr para alcanzarle.

—Está bien, caminaré contigo.

Ender se puso en tensión cuando Petra se aproximó a él. ¿Era Petra uno de ellos, uno de los que le odiaban lo suficiente como para lastimarlo?

—Un amigo tuyo me ha pedido que te avise. Hay algunos chicos que quieren matarte.

—Sorpresa —dijo Ender.

Algunos de sus soldados parecieron aguzar las orejas. Los complots contra su comandante parecían ser noticias interesantes.

—Ender, son capaces de hacerlo. Dice que lo han estado planeando desde que te nombraron comandante...

—Desde que gane a Salamandra, querrás decir.

—También yo te odié cuando venciste a la escuadra Fénix, Ender.

—No he nombrado a nadie.

—Es verdad. Me dijo que te hablara a solas hoy y te avisara, en el camino de vuelta de la sala de batalla, que mañana tengas más cuidado que nunca, porque...

—Petra, si ahora me estuvieras hablando a solas, precisamente ahora me están siguiendo cerca de una docena de chicos que me habrían cogido a solas en el corredor. ¿No me dirás que no te habías dado cuenta?

Su cara enrojeció repentinamente.

—No, no me di cuenta. ¿Cómo puedes pensarlo? ¿No sabes quiénes son tus amigos?

Petra se abrió camino entre la escuadra Dragón, le adelantó y trepó por una escalera que daba a una cubierta superior.

—¿Es cierto? —preguntó Crazy Tom.

—¿El qué?

Ender inspeccionó la habitación y gritó a dos chicos alborotadores que se fueran a la cama.

—Que algunos chicos mayores quieren matarte.

—Habladurías —dijo Ender. Pero sabía que no lo eran. Petra se había enterado de algo, y lo que vio en el camino esa noche no eran imaginaciones.

—Puede que sólo sean habladurías, pero espero que entenderás que los cinco jefes de batallón que tienes te van a escoltar esta noche hasta tu habitación.

—Es completamente innecesario.

—Complácenos. Nos debes un favor.

—No os debo nada.

Sería un loco si lo rechazara.

—Haced lo que queráis.

Se dio la vuelta y se marchó. Los jefes de batallón trotaron junto a él. Uno se adelantó y abrió su puerta.

Examinaron la habitación, hicieron prometer a Ender que cerraría con llave, y le dejaron justo antes de que se apagarán las luces.

Había un mensaje en su consola.

NO ESTÉS SOLO, NUNCA. — DINK

Ender esbozó una sonrisa. Así que Dink seguía siendo su amigo... «No te preocupes. No me harán nada. Tengo a mi escuadra.»

Pero en la oscuridad no tenía a su escuadra. Esa noche soñó con Stilson, sólo que ahora veía lo pequeño que era Stilson, sólo seis años, lo ridícula que era su actitud de duro; y sin embargo, en el sueño, Stilson y sus amigos ataron a Ender para que no pudiera defenderse, e hicieron a Ender en el sueño todo lo que Ender había hecho a Stilson en la vida real. Y más tarde, Ender se vio a sí mismo balbuceando como un idiota, esforzándose por dar órdenes a su escuadra, pero las palabras que le salían no tenían sentido.

Se despertó en la oscuridad y tuvo miedo. Luego se calmó recordando que estaba claro que los profesores le apreciaban, o no le estarían presionando tanto; no permitirían que le pasara nada. Probablemente, cuando los chicos mayores le atacaron en la sala de batalla unos años atrás, había profesores fuera de la sala, esperando a ver qué pasaba; si las cosas se hubieran salido de su cauce, habrían intervenido y las habrían contenido. «Probablemente me podía haber sentado allí y no haber hecho nada, y se habrían encargado de que saliera sano y salvo. En el juego me atosigarán todo lo que puedan, pero fuera del juego me mantendrán a salvo.»

Con esta seguridad, se durmió hasta que se abrió silenciosamente la puerta y le dejaron en el suelo la siguiente guerra para que la encontrara.

Ganaron, por supuesto, pero fue extenuante, con la sala de batalla tan repleta de un laberinto de estrellas que la caza del enemigo en la operación de limpieza se prolongó cuarenta y cinco minutos. Era la escuadra Tejón de Pol Slattery, y se negaron a rendirse. Hubo también una estrategia nueva en el juego: cuando inutilizaban o dañaban a un enemigo, se deshela en aproximadamente cinco minutos, como si se tratara de una práctica. Sólo cuando el enemigo estaba completamente congelado quedaba fuera de combate permanentemente. Pero el deshielo gradual no funcionaba para la escuadra Dragón. Crazy Tom fue quien se dio cuenta de lo que estaba pasando, cuando comenzaron a dispararles por detrás enemigos que creían que estaban eliminados. Y al final de la batalla, Slattery estrechó la mano de Ender y le dijo:

—Me alegro que hayas ganado. Si alguna vez te venzo, Ender, quiero hacerlo limpiamente.

—Utiliza lo que te den —dijo Ender—. Si alguna vez tienes ventaja sobre el enemigo, utilízala.

—Oh, lo hice —dijo Slattery. Forzó una sonrisa—. Sólo soy imparcial antes y después de las batallas.

La batalla fue tan larga que la hora del desayuno había pasado. Ender miró a sus soldados cansados, sudorosos, sofocados, que esperaban en el corredor, y les dijo:

—Por hoy lo sabéis todo. No hay práctica. Descansad. Divertíos. Aprobad algún examen.

Su agotamiento era tal que ni siquiera gritaron o rieron o sonrieron, simplemente entraron en el cuartel y se quitaron la ropa. Si hubiera ordenado hacer prácticas, lo habrían hecho, pero estaban llegando al límite de sus fuerzas, e ir sin desayunar era una injusticia excesiva.

Ender quiso ducharse inmediatamente, pero también estaba cansado. Se estiró en la cama con el traje refulgente puesto, para descansar sólo un momento, y se despertó a la hora del almuerzo. Se había desvanecido su idea de seguir estudiando a los insectores esa mañana. Sólo había tiempo para arreglarse, ir a comer y poner rumbo a la clase.

Se quitó su traje refulgente, que apestaba a sudor. Su cuerpo sintió frío; sus articulaciones, una debilidad singular. No debería haber dormido en mitad del día. «Estoy empezando a aflojar. Estoy empezando a agotarme. No puedo permitírmelo.»

Por eso trotó hasta el gimnasio y se obligó a subir la cuerda tres veces antes de ir al cuarto de baño a ducharse. No se le ocurrió que su ausencia en el comedor de los comandantes habría sido advertida; que duchándose al mediodía, cuando su escuadra estaría devorando su primera comida del día, estaría completa, desamparadamente solo.

Ni siquiera cuando les oyó entrar en el cuarto de baño prestó atención. Estaba dejando que el agua corriera por su cabeza, por su cuerpo; el ruido amortiguado de pisadas era difícilmente perceptible. «Puede que haya terminado el almuerzo —pensó. Comenzó a enjabonarse de nuevo—. Puede que alguien haya terminado la práctica tarde.»

Y puede que no. Se dio la vuelta. Había siete, apoyados de espaldas contra los lavabos metálicos, o de pie cerca de las duchas, observándole. Bonzo estaba al frente de ellos. Muchos sonreían, la mueca condescendiente del cazador ante su víctima acorralada. Bonzo no sonreía, sin embargo.

—Hola —dijo Ender.

Nadie respondió.

Ender cerró la ducha, a pesar de que todavía tenía jabón encima, y alargó la mano en busca de su toalla. No estaba allí. Uno de los chicos la sostenía. Era Bernard. Lo único que faltaba para que el cuadro fuera completo era que Stilson y Peter estuvieran también allí. Necesitaban la sonrisa de Peter; necesitaban la estupidez obvia de Stilson.

Ender reconoció la toalla como su punto flaco. Nada le haría parecer más débil que correr desnudo tras la toalla. Eso es lo que querían, humillarle, destrozarle. No iba a seguirles el juego. Rehusó sentirse débil sólo porque estuviera mojado, aterido y sin ropa. Se irguió enérgicamente, mirándoles de frente, con los brazos en jarras. Fijó su mirada en Bonzo.

—Tú mueves —dijo Ender.

—Esto no es un juego —dijo Bernard—. Estamos hartos de ti, Ender. Te gradúas hoy.

Ender no miró a Bernard. Era Bonzo quien estaba hambriento de muerte, aunque estuviera en silencio. Los otros habían ido por ir, por ver hasta dónde podían llegar. Bonzo sabía hasta dónde podía llegar.

—Bonzo —dijo Ender con voz suave—. Tu padre estaría orgulloso de ti. Bonzo se puso rígido.

—Le encantaría verte venir a pelear con un chico desnudo en la ducha, más pequeño que tú, y que has traído a seis amigos. Diría: «Oh, cuánto honor.»

—No hemos venido a pelear contigo —dijo Bernard—. Sólo hemos venido para convencerte de que juegues limpio. Quizá perdiendo un par de juegos de vez en cuando.

Los demás se rieron, pero Bonzo no se rió, y tampoco Ender.

—Estarás orgulloso, Bonito, chico guapo. Puedes ir a casa y decirle a tu padre, «sí, he vapuleado a Ender Wiggin, que apenas tenía diez años,

y yo tenía trece. Y además sólo me había traído a seis amigos para ayudarme, y de alguna forma nos las arreglamos para derrotarle, a pesar de que estaba desnudo y mojado y solo; Ender Wiggin es tan peligroso y aterrador que bastante hicimos no presentándonos doscientos».

—Cierra la boca, Wiggin —dijo uno de los chicos.

—No hemos venido a oír hablar a este pequeño desgraciado —dijo otro,

—Tú cállate —dijo Bonzo—. Callaos y no os metáis.

Comenzó a quitarse el uniforme.

—Desnudo, mojado y solo, Ender, estamos empatados. No puedo remediar ser más grande que tú. Pero como eres un genio, ya se te ocurrirá algo para vencerme.

Se volvió a los demás.

—Vigilad la puerta. No dejéis entrar a nadie.

El cuarto de baño no era grande, y por todos lados sobresalía la instalación de agua. Había sido lanzado en una sola pieza, como un satélite de órbita baja, lleno hasta los topes por el equipo de regeneración de agua; estaba diseñado para que no hubiera ningún espacio perdido. La táctica a seguir era obvia. Arrojar al otro chico contra las instalaciones hasta que uno de los dos se haga el suficiente daño como para dejar de pelear.

Cuando Ender vio la postura de Bonzo, su corazón se vino abajo. Bonzo también había recibido clases. Y probablemente más recientes que Ender. Tenía más envergadura, era más fuerte, y estaba lleno de odio. No sería delicado. «Irás a por mi cabeza —pensó Ender—. Intentará dañarme el cerebro. Y si esta pelea es larga, casi seguro que vencerá él. Su fuerza puede controlarme. Si quiero salir de aquí por mi propio pie, tengo que vencer rápidamente. —Rememoró la nauseabunda sensación de sentir crujir los huesos de Stilson—. Pero esta vez será mi cuerpo el que se haga pedazos, a menos que pueda hacerle pedazos primero...»

Ender retrocedió, dio un manotazo al cabezal de la ducha poniéndolo hacia arriba, y abrió el agua caliente. Casi inmediatamente, comenzó a salir vapor. Abrió la siguiente, y la siguiente.

—No me asusta el agua caliente —dijo Bonzo. Su voz era suave.

Pero lo que Ender quería no era el agua caliente. Era el calor. Su cuerpo todavía estaba enjabonado, y su sudor lo humedecía, hacía su piel más escurridiza de lo que Bonzo esperaba.

De repente, se oyó una voz que venía del otro lado de la puerta.

—¡Detente!

Por un momento, Ender pensó que era un profesor, que había venido para detener la pelea, pero sólo era Dink Meeker. Los amigos de Bonzo lo cogieron en la puerta y lo sujetaron.

—¡Detente, Bonzo! —gritó Dink—. No le hagas daño.

—¿Por qué no? —preguntó Bonzo, y, por primera vez, sonrió.

«Ah —pensó Ender—, le gusta que vean que es él el que tiene el control, quien tiene poder...»

—¡Porque es el mejor, he ahí el porqué! ¡El que puede enfrentarse a los insectores! ¡Eso es lo que importa, loco, los insectores!

Bonzo dejó de sonreír. Era lo que más odiaba de Ender, que éste era realmente importante para otras personas, y al final, Bonzo no lo era.

«Con esas palabras, me acabas de matar, Dink. Bonzo no quiere oír que quizá yo pueda salvar al mundo.

»¿Donde están los profesores? —pensó Ender—. ¿No se dan cuenta de que el primer contacto directo en esta pelea puede ser el último? Esto no es como la lucha en la sala de batalla, donde nadie tiene la posibilidad de hacer ningún daño importante a otro. Aquí hay gravedad, y el suelo y las paredes son duras y con metales despuntando por todos sitios. Parad esto ahora o nunca...»

—¡Si le tocas eres un medio insector! —gritó Dink—. ¡Eres un traidor, si le tocas mereces morir!

Encasquetaron la cara de Dink contra la puerta y se quedó callado.

El vapor de las duchas difuminaba la habitación, y el sudor corría por el cuerpo de Ender. «Ahora, antes de que se vaya el jabón. Ahora, cuando todavía soy demasiado escurridizo para que me agarre», pensaba Ender.

Ender retrocedió, dejando que su cara mostrara el miedo que sentía.

—Bonzo, no me hagas daño —dijo—. Por favor.

Era lo que estaba esperando Bonzo, la confesión de que él ostentaba el poder. Para otros chicos habría sido suficiente que Ender se hubiera sometido; para Bonzo, era sólo una señal de que su victoria era segura. Balanceó la pierna como si fuera a dar una patada, pero en el último momento la cambió por un salto. Ender advirtió el balanceo del cuerpo de Bonzo y se encorvó hacia abajo para que éste estuviera más desequilibrado cuando intentara agarrar a Ender y arrojarle.

Las duras costillas de Bonzo fueron a parar contra la cara de Ender, y sus manos abofetearon la espalda de Ender, intentando asirle. Pero Ender se giró, y las manos de Bonzo resbalaron. En un segundo, Ender estaba totalmente vuelto, aunque seguía abrazado por Bonzo. El movimiento clásico en esa situación sería levantar el talón contra la ingle de Bonzo. Pero para que ese movimiento sea efectivo se requiere mucha precisión, y Bonzo lo esperaba. Ya se estaba elevando sobre las puntas de los pies, empujando hacia atrás las caderas para mantener la ingle fuera del alcance de Ender. Sin verle, Ender sabía que acercaría la cara, casi contra el pelo de Ender; por eso, en vez de pegarle una patada, embistió hacia arriba tomando impulso en el suelo, con la potente embestida del soldado que rebota contra la pared, e incrustó su cabeza en la cara de Bonzo.

Ender se giró a tiempo de ver a Bonzo tambalearse hacia atrás, con la nariz sangrando, boquiabierto de sorpresa y de dolor. Ender sabía que podía aprovechar ese momento para salir de la habitación y finalizar la pelea. Como se había escapado de la sala de batalla después de derramar la sangre de otros. Pero tendría que librar esa batalla otra vez. Una y otra vez hasta que se le hubieran acabado las ganas de pelear. La única forma de poner fin a todo eso para siempre era lastimar a Bonzo lo suficiente para que su miedo fuera más fuerte que su odio.

Ender se reclinó contra la pared que tenía detrás, dio un salto hacia arriba y tomó impulso con los brazos. Sus pies aterrizaron en el pecho y en el vientre de Bonzo. Ender dio un giro en el aire y aterrizó con las puntas de los pies y las manos; dio una voltereta, se inclinó bajo Bonzo, y esta vez, cuando le pegó una patada en la ingle de abajo arriba, la conectó con fuerza y de lleno.

Bonzo no dio un grito de dolor. No reaccionó en absoluto, aunque su cuerpo se elevó un poco en el aire. Era como si Ender hubiera pegado una patada a un mueble. Bonzo, sin conocimiento, cayó de lado, y quedó tirado directamente debajo de la lluvia de agua humeante de una ducha. No hizo ningún movimiento para escapar del calor homicida.

—¡Dios mío! —gritó alguien.

Los amigos de Bonzo dieron un salto para cerrar el agua. Ender se puso de pie lentamente. Alguien le alargó su toalla. Era Dink.

—Salgamos de aquí—dijo Dink.

Condujo a Ender fuera. Detrás quedaba el pesado estrépito de adultos que bajaban una escalera corriendo. Ahora vendrían los profesores. El personal médico. Para vendar las heridas del enemigo de Ender. ¿Dónde estaban antes de la pelea? Cuando aún estaban a tiempo de que no hubiera heridas.

No había ahora ninguna duda en la mente de Ender. No recibiría ninguna ayuda. Fuera lo que fuese lo que tuviera enfrente, ahora y siempre, nadie le salvaría. Peter podría ser un canalla, pero había tenido razón, siempre la tuvo: el poder de causar dolor es el único poder que importa, el poder de matar y destrozar; porque si no eres capaz de matar entonces siempre estás sometido a los que sí son capaces, y nada ni nadie te salvará.

Dink le condujo a su habitación y le hizo tumbarse en la cama.

—¿Tienes alguna herida? —le preguntó. Ender negó con la cabeza.

—Le has destrozado. Cuando vi cómo te agarró, pensé que eras hombre muerto. Pero le has destrozado. Si hubiera resistido más tiempo, le habrías matado.

—Quería matarme.

—Lo sé. Le conozco. Nadie odia como Bonzo. Pero se acabó. Si no lo fríen por esto y lo envían a casa, nunca te volverá a mirar a los ojos. A ti o a cualquiera. Es veinte centímetros más alto que tú, e hiciste que pareciera una vaca lisiada rumiando su ración de hierba.

Lo único que Ender podía ver, sin embargo, era la mirada de Bonzo mientras le pegaba la patada en la ingle. La mirada muerta, vacía. Entonces ya estaba acabado. Ya estaba inconsciente. Tenía los ojos abiertos, pero ya no pensaba ni se movía, sólo esa mirada estúpida, muerta, esa terrible mirada. «La mirada de Stilson cuando acabé con él...»

—Le freirán de todas formas —dijo Dink—. Todo el mundo sabe que él comenzó. Les vi levantarse y salir del comedor de comandantes. Tardé un par de segundos en darme cuenta de que tú tampoco estabas allí, y un minuto más en descubrir dónde habías ido. Te dije que no estuvieras solo.

—Lo siento.

—Tienen que freírle. Camorrista. El y su apestoso honor.

Entonces, ante la sorpresa de Dink, Ender comenzó a llorar. Tendido boca arriba, todavía empapado en sudor y agua, sollozó entrecortadamente, y sus párpados cerrados rezumaron lágrimas, que desaparecían en el agua de su cuerpo.

—¿Te encuentras bien?

—¡No quería hacerle daño! —gritó Ender—. ¡Por qué no me dejó en paz!

Oyó abrir la puerta sigilosamente, luego cerrarla. Supo de inmediato que eran sus instrucciones de batalla. Abrió los ojos, esperando encontrar la oscuridad de las primeras horas de la mañana, antes de las 06.00. En cambio, las luces estaban encendidas. Estaba desnudo y, cuando se movía, la cama chorreaba agua. Tenía los ojos hinchados y doloridos de tanto llorar. Miró el reloj de su escritorio. Señalaba las 18.20. «Es el mismo día. Ya he tenido una batalla hoy, he tenido dos batallas hoy; esos canallas saben por lo que he pasado, y me hacen esto...»

WILLIAN BEE, ESCUADRA GRIFÓN,
TALO MOMOE, ESCUADRA TIGRE, 19.00

Se sentó en el borde de la cama. La nota temblaba en sus manos.

«No puedo hacer esto», dijo en silencio. Y después, pero ya no en silencio, repitió:

—No puedo hacer esto.

Se levantó, extenuado, y buscó su traje refulgente. Entonces se acordó; lo había puesto en la lavadora mientras se duchaba. Todavía estaba allí.

Sosteniendo el papel, salió de la habitación. La comida estaba a punto de concluir, y había algunas personas en el corredor, pero nadie le habló, sólo le miraron, quizá por respeto ante lo que había pasado al mediodía en el cuarto de baño, quizá por el aspecto terrible, lúgubre, de su cara. La mayoría de los chicos estaban en el cuartel.

—Hola, Ender. ¿Va a haber práctica esta noche?

Ender extendió el papel a Hot Soup.

—Esos hijos de puta —dijo—. ¿Dos a la vez?

—¡Dos escuadras! —gritó Crazy Tom.

—Tropezarán entre sí—dijo Bean.

—Tengo que lavarme —dijo Ender—. Ha/ que se preparen; reúnelos, me encontraré contigo allí, en la puerta.

Salió del cuartel. Detrás de él se alzó un tumulto de conversaciones. Oyó a Crazy Tom gritar:

—¡Dos escuadras de caguetas! ¡Les daremos azotes en el culo!

El cuarto de baño estaba vacío. Todo limpio. Ni rastro de la sangre que se derramó desde la nariz de Bonzo hasta el agua de la ducha. Desaparecido. Aquí nunca había pasado nada.

Ender se puso debajo del agua y se enjuagó, «e quitó el sudor del combate y lo dejó correr por ti desagüe. Desaparecido. Con la salvedad de que la reciclaban y por la mañana beberían la sangre aguada de Bonzo. La vida se había ido de su sangre pero su sangre era la misma, su sangre y el sudor, lavada en la estupidez o la crueldad o lo que les hizo permitir que esto sucediera.

Se secó, se puso su traje refulgente y caminó hacia la sala de batalla. Su escuadra esperaba en el corredor; la puerta todavía no estaba abierta. Le observaron en silencio mientras caminaban hasta el campo de fuerza gris. Naturalmente, todos sabían lo de su pelea en el cuarto de baño; eso y su propio cansancio por la batalla de esa mañana les mantenía callados, mientras que el conocimiento de que se enfrentarían a dos escuadras les llenaba de pavor.

«Van a hacer cualquier cosa para vencerme —pensó Ender—. Todo. Todo lo que se les ocurra, cambiar todas las reglas. No les importa si así me ganan. Bien, estoy harto del juego. Ningún juego vale la sangre de Bonzo enrojeciendo el agua del suelo del cuarto de baño. Freídme, enviadme a casa, no quiero jugar más.»

La puerta desapareció. A sólo tres metros había cuatro estrellas juntas, bloqueando completamente la vista desde la puerta.

Dos escuadras no eran suficientes. Tenían que hacer que Ender desplegara sus fuerzas a ciegas.

—Bean —dijo Ender—. Coge a tus chicos y dime qué hay al otro lado de esa estrella.

Bean desenrolló la bobina de bramante de su cintura, se ató un extremo, alargó el otro extremo a un chico de su escuadrilla y pasó suavemente por la puerta. Su escuadrilla le siguió rápidamente. Habían practicado eso varias veces, y sólo tardaron unos segundos en estar atados a la estrella, sosteniendo el extremo de bramante. Bean tomó impulso a gran velocidad, siguiendo una

línea casi paralela a la puerta; cuando llegó a la esquina de la sala, tomó impulso de nuevo y salió disparado como un cohete directamente hacia el enemigo. Los puntos de luz de la pared revelaban que el enemigo le estaba disparando. Como el cable era detenido una vez por un borde de la estrella y la siguiente por el otro, su arco se estrechaba, su dirección cambiaba, y él constituía un blanco imposible de acertar. Su escuadrilla le recogió limpiamente cuando se aproximó a la estrella por el otro lado. Movi6 las manos y las piernas para que los que esperaban tras la puerta supieran que el enemigo no le había alcanzado en ningún sitio.

Ender se tiró por la puerta.

—Está realmente sombrío —dijo Bean—, pero con suficiente luz para no poder seguir fácilmente a la gente por las luces de sus trajes. La peor iluminación. Desde esa estrella hasta el lado enemigo de la sala, todo es espacio abierto. Tienen ocho estrellas formando un cuadrado alrededor de su puerta. No he visto a nadie excepto a los que estaban escrutando cerca de las cajas. Están sentados allá, esperándonos.

Como para corroborar la afirmación de Bean, el enemigo comenzó a gritarles.

—¡Eh! ¡Estamos hambrientos, venid y alimentadnos! ¡Tenéis un culo cagón! ¡Tenéis un culo dragón!

La mente de Ender se sintió desfallecer. Esto era estúpido. No tenía ninguna posibilidad, doblados en número y forzados a atacar a un enemigo protegido.

—En una guerra real, cualquier comandante con un mínimo de sentido común se retiraría y salvaría a su escuadra.

—Qué más da —dijo Bean—. Solamente es un juego.

—Dejó de ser un juego cuando se saltaron las reglas.

—Sáltatelas tú también. Ender forzó una sonrisa,

—De acuerdo. Por qué no. Veamos cómo reaccionan ante una formación. Bean se espantó.

—¡Una formación! No hemos hecho ninguna formación desde que somos escuadra.

—Todavía falta un mes para el final normal de nuestro período de entrenamiento. Ya es hora de que empecemos a hacer formaciones. Es necesario saber hacer formaciones.

Formó una A con los dedos, indicó con ellos la puerta e hizo señas. El batallón A surgió por ella rápidamente y Ender comenzó a ordenarlos detrás de la estrella. Tres metros no era suficiente espacio para trabajar, los chicos estaban asustados y confundidos, y tardó cerca de cinco minutos en conseguir que entendieran lo que estaban haciendo.

Los soldados Tigre y Grifón se limitaban a entonar provocaciones, mientras sus comandantes discutían si aprovechaban o no su abrumadora superioridad para atacar a la escuadra Dragón mientras estaba detrás de la estrella. Momoe se inclinaba por el ataque.

—Les doblamos en número. Mientras que Bee decía:

—Quédate quieto y no perderemos, sal y descubrirá alguna forma de ganarnos.

Así que no se movieron, hasta que, por fin, en la mortecina luz, vieron aparecer una gran masa de detrás de la estrella de Ender. Mantenía su forma, incluso cuando, bruscamente, dejó de describir movimientos laterales y se lanzó hacia el centro de las ocho estrellas donde esperaban ochenta y dos soldados.

—Toma del frasco, Carrasco —dijo un Grifón—. Están haciendo una formación.

—La deben haber aprendido en esos cinco minutos —dijo Momoe.

—Si les hubiéramos atacado mientras la estaban haciendo, les habríamos destruido.

—Traga, Momoe —susurró Bee—. Ya has visto cómo volaba aquel pequeño. Dio una vuelta completa a la estrella y volvió sin tocar ninguna pared. Puede que tengan garfios. ¿No se te ha ocurrido pensar en eso? Tienen algo nuevo.

Era una formación extraña. Una formación cuadrada, con cuerpos apiñados delante, formando una pared. Detrás, un cilindro, de seis chicos de circunferencia y dos chicos de altura, con los miembros extendidos y congelados, por lo que no era posible que estuvieran agarrados unos a otros. Sin embargo, se mantenían tan estrechamente unidos como si estuvieran atados; que, de hecho, era como estaban.

Desde el interior de la formación, la escuadra Dragón disparaba con una precisión mortífera, obligando a los grifones y a los tigres a quedarse arracimados en sus estrellas.

—La espalda de ese mamón no está cubierta —dijo Bee.

—En cuanto estén entre las estrellas, podemos salir por detrás...

—¡No hables, hazlo! —dijo Momoe, y siguiendo su propio consejo ordenó a sus chicos que se lanzaran contra la pared y rebotaban para ponerse detrás de la formación Dragón.

En el caos del despegue, mientras la escuadra Grifón ocupaba su estrella, la formación Dragón cambió repentinamente. El cilindro y la pared frontal se dividieron en dos empujados por los chicos del interior; casi al mismo tiempo, las dos formaciones invirtieron la dirección, dirigiéndose de vuelta a la puerta Dragón. La mayoría de los grifones dispararon a las formaciones y a los chicos que retrocedían con ellas; y los tigres cogieron a los supervivientes de la escuadra Dragón por detrás.

Pero algo no encajaba. William Bee pensó un momento y comprendió lo que era. Esas formaciones no podían haber invertido la dirección en la mitad del vuelo a menos que alguien les hubiera empujado en la dirección opuesta, y si ese alguien despegó con suficiente fuerza como para hacer que una formación de veinte hombres se moviera hacia atrás, debía ir rápido.

Allí estaban, seis pequeños soldados Dragón, allí abajo, cerca de la puerta de William Bee. Por el número de luces que mostraban sus trajes refulgentes, Bee pudo ver que tres estaban inutilizados y dos dañados; sólo uno estaba entero. Nada que temer. Bee les apuntó despreocupadamente, pulsó el botón, y...

No sucedió nada.

Las luces se encendieron.

El juego había terminado.

Aunque les estaba mirando, Bee tardó un instante en comprender lo que había pasado. Cuatro de los soldados Dragón presionaban con sus cascos las esquinas de la puerta. Y uno acababa de pasar por ella. Acababan de realizar el ritual de la victoria y poner fin al juego justo debajo de sus nances.

Sólo entonces se le ocurrió a William Bee que la escuadra Dragón no sólo había puesto fin al juego, que era posible que, según las reglas, lo hubieran ganado. Después de todo, pasara lo que pasara, no eras declarado ganador a menos que tuvieras cuatro soldados descongelados para tocar las esquinas de la puerta y otro para atravesar la puerta y entrar al corredor del enemigo. Por consiguiente, según se mirara, se podía argumentar que el ritual final era la victoria. Ciertamente, la sala de batalla lo identificó como el fin del juego.

La puerta de los profesores se abrió y el mayor Anderson entró en la sala.

—Ender —gritó, mirando en torno suyo.

Uno de los soldados Dragón congelados intentó responderle con las mandíbulas que estaban fuertemente amordazadas por el traje refulgente. Anderson dirigió el garfio hacia él y le descongeló.

Ender sonreía.

—Le gané de nuevo, señor —dijo.

—Tonterías, Ender —dijo Anderson con voz suave—. Tu batalla era contra Grifón y Tigre.

—¿Tan estúpido me considera? —dijo Ender.

—Después de esta pequeña maniobra, se revisarán las reglas para exigir que todos los soldados enemigos estén congelados o inutilizados antes de que se pueda abrir la puerta —dijo Anderson, esta vez en voz alta.

—De todas formas, sólo podía funcionar una vez —dijo Ender.

Anderson le alargó el garfio. Ender descongeló a todos a la vez. A la mierda el protocolo. A la mierda todo.

—¡Eh! —gritó al alejarse Anderson—. Y la próxima vez ¿qué será? ¿Mi escuadra en una jaula sin pistolas, contra el resto de la Escuela de Batalla? ¿Qué tal un poco más de igualdad?

Se oyó un fuerte murmullo de aprobación de los demás chicos, y no procedía tan sólo de la escuadra Dragón. Anderson ni siquiera se volvió para refrendar el desafío de Ender. Al final, fue William Bee quien respondió:

—Ender, si tú estás en un lado de la batalla, no habrá igualdad cualquiera que sean las condiciones.

—¡Cierto! —gritaron los chicos. Muchos se rieron. Talo Momoe comenzó a aplaudir. Gritó:

—¡Ender Wiggin!

Los demás chicos también aplaudieron y aclamaron el nombre de Ender.

Ender atravesó la puerta del enemigo. Sus soldados le siguieron. El sonido de los soldados gritando su nombre le siguió por los corredores.

—¿Hay práctica esta noche? —preguntó Crazy Tom.

Ender movió la cabeza negativamente.

—¿Mañana por la mañana, entonces?

—No.

—Bueno, ¿cuándo?

—Nunca más, en lo que a mí respecta.

Podía oír los murmullos detrás de él.

—Eh, eso no es justo —dijo uno de los chicos.

—No es culpa nuestra que los profesores estén trucando el juego. No puedes dejar de enseñarnos sólo porque...

Ender golpeó violentamente la pared con la mano abierta y gritó al chico:

—¡Ya no me importa el juego!

Su voz resonó por el corredor. Los chicos de otras escuadras se asomaron a sus puertas. Habló en voz baja rompiendo el silencio.

—¿Lo entendéis? —Y susurró—. El juego ha terminado.

Volvió a su habitación solo. Quiso tumbarse, pero no pudo porque la cama estaba mojada. Eso le recordó todo lo que había sucedido ese día, y, enfurecido, arrancó el colchón y las sábanas de la estructura de la cama y los tiró al corredor. Luego lió un uniforme para hacerlo servir de almohada y se tendió sobre la estructura de alambres ensartados del somier. Era incómodo, pero no lo suficiente como para levantarse.

Apenas llevaba allí unos minutos cuando alguien llamó a la puerta.

—¡Vete! —dijo con voz suave.

Quienquiera que fuera el que estaba llamando, o no le oyó o no le importó. Finalmente, Ender dijo que entrara.

Era Bean.

—Vete, Bean.

Bean asintió con la cabeza, pero no se marchó. Se limitó a mirar al suelo. Ender estuvo a punto de chillarle, maldecirle, gritarle que se marchara. Pero advirtió lo cansado que parecía Bean, con el cuerpo doblado por el cansancio, con los ojos oscuros por la falta de sueño; y sin embargo su piel seguía siendo suave y traslúcida, la piel de un niño, las mejillas con curvas suaves, los miembros esbeltos de un chiquillo. Todavía no tenía ocho años. No importaba que fuera brillante y aplicado y bueno. Era un niño. Era joven.

«No lo es —pensó Ender—. Pequeño, sí. Pero Bean ha pasado por una batalla en la que toda una escuadra completa dependía de él y de los soldados que mandaba, y lo hizo espléndidamente, y ganaron. No hay juventud en eso. Ni infancia.»

Interpretando el silencio y la expresión apaciguada de Ender como un permiso para quedarse, Bean dio otro paso hacia el interior de la habitación. Sólo entonces vio Ender el pequeño trozo de papel en sus manos.

—¿Te han trasladado? —preguntó Ender. Le parecía increíble, pero el sonido de su voz salió indiferente, muerto.

—A la escuadra Conejo.

Ender asintió con la cabeza. «Claro. Era obvio. Si no me pueden derrotar con mi escuadra, me quitan la escuadra...»

—Carn Carby es un buen hombre —dijo Ender—. Espero que reconozca lo que vales.

—Carn Carby ha sido graduado hoy. Recibió el aviso mientras estábamos en batalla.

—Bien, entonces, ¿quién está al mando de Conejo?

Bean extendió las manos desesperanzadamente.

—Yo.

Ender miró al techo y asintió con la cabeza.

—Claro. Después de todo, sólo tienes cuatro años menos de la edad regular.

—No es divertido. No sé qué está pasando aquí. Todos los cambios del juego. Y ahora esto. Y no he sido el único trasladado. Han graduado a la mitad de los comandantes y han puesto a muchos de los muchachos al mando de sus escuadras.

—¿Quiénes?

—Parece que... todos los jefes de batallón y todos los ayudantes.

—Claro. Si deciden hundir mi escuadra, cortarán por la raíz; hagan lo que hagan, lo hacen a conciencia.

—Aun así, seguirás ganando, Ender. Todos lo sabemos. Crazy Tom dijo: «¿No pretenderán que descubra la forma de vencer a la escuadra Dragón?» Todo el mundo sabe que eres el mejor. No pueden acabar contigo, hagan lo que...

—Ya lo han hecho.

—No, Ender, no pueden...

—Ya no me importa su juego, Bean. No voy a jugar nunca más. No más prácticas. No más batallas. Pueden poner en el suelo todos los trozos de papel que quieran, pero no iré. Tomé esa decisión hoy, antes de atravesar la puerta. Por eso hice que salieras a la sala de batalla. No creí que funcionaría, pero no me importaba. Sólo quería despedirme con clase.

—Deberías haber visto la cara de William Bee. Se quedó parado intentando descubrir cómo podía haber perdido cuando tú sólo tenías siete chicos que sólo podían menear la punta de los pies y él sólo tenía tres que no podían.

¿Por qué habría de ver la cara de William Bee? ¿Por qué habría de querer ganar a nadie? Ender apretó las palmas de las manos contra los ojos.

—Hoy he lastimado gravemente a Bonzo, Bean. Le he lastimado de verdad.

—Se lo estaba buscando.

—Le dejé sin sentido estando de pie. Era como si estuviese muerto, de pie. Y seguí pegándole.

Bean no dijo nada.

—Sólo quería asegurarme de que no me volvería a lastimar nunca más.

—No lo hará. Le han mandado a casa.

—¿Ya?

—Los profesores no han dado muchas explicaciones, nunca lo hacen. La nota oficial dice que ha sido graduado, pero donde ponen el destino —ya sabes, escuela táctica, apoyo logístico, navegación, mando, ese tipo de cosas—; sólo decía Cartagena, España. Esa es su casa.

—Me alegro que le hayan graduado.

—Mierda, Ender, nosotros nos alegramos de que se haya ido. Si hubiéramos sabido lo que te estaba haciendo, le habríamos matado en el acto. ¿Es cierto que eran un grupo de chicos contra ti?

—No. Sólo él y yo. Luchó con honor.

«Si no hubiera sido por su honor, él y los demás me habrían pegado. Entonces, puede que me hubieran matado. Su sentido del honor salvó mi vida», pensó Ender.

—Yo no luché con honor —dijo Ender—. Luché para vencer. Bean rió.

—Y venciste. Le pusiste en órbita de una patada.

Llamaron a la puerta. Antes de que Ender pudiera contestar, la puerta se abrió. Ender imaginó que serían más soldados suyos. Pero era el mayor Anderson. Y detrás de él venía el coronel Graff.

—Ender Wiggin —dijo el coronel Graff. Ender se puso de pie.

—Sí, señor.

—Tu alarde de mal genio de hoy en la sala de batalla era insubordinación y no se ha de repetir.

—Sí, señor —dijo Ender. Bean todavía se sentía insubordinado, y no creía que Ender se merecía la reprimenda.

—Creo que ya era hora de que alguien dijera a los profesores lo que pensamos sobre lo que han estado haciendo.

Los adultos le ignoraron. Anderson alargó a Ender una hoja de papel. Una hoja de tamaño grande. No uno de esos trozos de papel que contenían órdenes de régimen interno de la Escuela de Batalla; era toda una serie de órdenes. Bean sabía lo que significaba. Trasladaban a Ender de la escuela.

—¿Graduado?—preguntó Bean. Ender asintió con la cabeza.

—¿Qué les ha hecho tardar tanto? Sólo vas dos o tres años adelantado. Ya has aprendido a caminar, hablar y vestirte por ti mismo. ¿Qué les queda por enseñarte?

Ender negó con la cabeza.

—Sólo sé que el juego se ha acabado. Dobló el papel.

—Nunca es demasiado pronto. ¿Puedo hablar con mi escuadra?

—No hay tiempo —dijo Graff.

—Tu transbordador sale en veinte minutos. Además, es mejor no hablar con ellos después de haber recibido tus órdenes. Lo hace más fácil.

—¿Para ellos o para ustedes? —preguntó Ender.

No esperó la respuesta. Se volvió rápidamente hacia Bean, cogió su mano por un momento, y luego se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dijo Bean—. ¿Dónde vas? ¿Táctica? ¿Navegación? ¿Apoyo logístico?

—Escuela de Alto Mando —dijo Ender.

—¿Mando?

—Alto Mando —confirmó Ender.

Y para entonces ya había atravesado la puerta. Anderson le seguía de cerca. Bean cogió al coronel Graff por la manga.

—¡Nadie va a la Escuela de Alto Mando antes de los dieciséis años!

Graff se libró de la mano de Bean y se marchó, cerrando la puerta detrás de él.

Bean se quedó solo en la habitación, intentando descifrar lo que podía significar. Nadie iba a la Escuela de Alto Mando sin estar tres años en Tácticas o en Apoyo. Pero de todas formas, nadie había dejado la Escuela de Batalla sin estar por lo menos seis años, y Ender sólo había estado cuatro.

El sistema se estaba desmoronando. No había ninguna duda al respecto. O alguien de arriba se ha vuelto loco, o algo marcha mal en la guerra, la guerra real, la guerra insectora. ¿Por qué si no iban a acabar con un sistema de entrenamiento como este? ¿Por qué si no iban a destrozar el juego de la forma en que lo habían hecho? ¿Por qué si no iban a poner a un crío como él al mando de una escuadra?

Bean se preguntaba todo eso mientras bajaba por el corredor hacia su cama. Las luces se apagaron justo cuando llegó a su litera. Se desnudó en la oscuridad, tanteando para poner su ropa en un casillero que no podía ver. Se sentía fatal. Al principio pensó que se sentía mal porque le asustaba dirigir una escuadra, pero no era verdad. Sabía que sería un buen comandante. Tuvo ganas de llorar. No había llorado desde los primeros días de nostalgia que siguieron a su llegada a la escuela. Intentó dar un nombre al sentimiento que le ponía un nudo en la garganta y le hacía sollozar en silencio, a pesar de los grandes esfuerzos que hacía para contenerlo. Se mordió la mano para detener el sentimiento, para sustituirlo por el dolor. No sirvió. No volvería a ver a Ender.

Cuando dio un nombre al sentimiento pudo controlarlo. Se tendió de espaldas y se obligó a hacer toda la rutina de relajamiento hasta que dejó de tener ganas de llorar. Entonces se abandonó para dormir. Tenía la mano cerca de la boca. Extendida sobre la almohada, indecisa, como si Bean no pudiera decidir entre morderse las uñas o chuparse las puntas de los dedos. Tenía la frente

fruncida y contraída. La respiración era rápida y ligera. Era un soldado y si alguien le hubiera preguntado qué quería ser cuando fuera mayor, no habría sabido qué le preguntaban.

Cuando entraba al transbordador, Ender advirtió por primera vez que la insignia del uniforme del mayor Anderson había cambiado.

—Sí, ahora es coronel —dijo Graff—. En realidad, el mayor Anderson ha sido asignado al mando de la Escuela de Batalla, a partir de este mediodía. Yo he sido destinado a otros deberes.

Ender no le preguntó cuáles eran.

Graff se ató a un asiento del otro lado del pasillo. Sólo había otro pasajero, un hombre callado con traje de paisano, que fue presentado como el general Pace. Pace tenía un maletín, pero tampoco llevaba equipaje. De alguna forma, ver que Graff también iba de vacío era reconfortante para Ender, Ender sólo habló una vez en todo el viaje a casa.

—¿Por qué vamos a casa? —preguntó—. Creía que la Escuela de Alto Mando estaba en algún lugar de los asteroides.

—Y así es —dijo Graff.

—Pero la Escuela de Batalla no tiene instalaciones para el amarre de naves de gran campo de acción. De modo que tendrás un corto permiso en el campo de aterrizaje.

Ender quiso preguntar si eso significaba que podía ver a su familia. Pero de repente, ante la idea de que quizá fuera posible, tuvo miedo, y no preguntó. Se limitó a cerrar los ojos e intentó dormir. Detrás de él, el general Pace le estudiaba; Ender no conseguía adivinar con qué fin.

Cuando aterrizaron, era un caluroso mediodía de verano en Florida. Ender había estado tanto tiempo sin ver el Sol que la luz casi le cegó. Entornaba los ojos y estornudaba y quería volver al interior. Todo estaba lejos y horizontal; la Tierra, sin la curva ascendente de los suelos de la Escuela de Batalla, parecía en cambio hundirse, de manera que al nivel del suelo Ender se sentía como si estuviera en un pináculo. La fuerza de la gravedad real era diferente, y arrastraba los pies cuando caminaba. Lo odiaba. Quería volver a casa, volver a la Escuela de Batalla, al único lugar del universo al que pertenecía.

—¿Arrestado?

—Bueno, es normal. El general Pace es el jefe de la policía militar. Hubo una muerte en la Escuela de Batalla.

—No me dijeron si el coronel Graff iba a ser ascendido o sometido a una corte marcial. Simplemente transferido, con órdenes de presentarse al Polemarch.

—¿Es eso una señal buena o mala?

—¿Quién sabe? Por otro lado, Ender Wiggin no sólo sobrevivió, pasó un umbral, se graduó de una forma deslumbrante, y el mérito es del viejo Graff. Por otro lado, está el cuarto pasajero del transbordador, el que viaja en una bolsa.

—Sólo es la segunda muerte en la historia de la escuela. Al menos, esta vez no ha sido un suicidio.

—¿Es mejor un asesinato, mayor Imbu?

—No fue un asesinato, coronel. Lo tenemos en vídeo desde dos ángulos. Nadie puede culpar a Ender.

—Pero podrían culpar a Graff. Cuando todo esto haya acabado, los civiles podrán hurgar en nuestros ficheros y decidir qué estuvo bien y qué no estuvo bien. Darnos medallas por lo que crean que hicimos bien, y retirarnos nuestras pensiones y meternos en la cárcel por lo que crean que hicimos mal. Al menos han tenido el buen gusto de no decir a Ender que el chico murió.

—Además, es la segunda vez.

—Tampoco le dijeron lo de Stilson.

—Ese chico es espantoso.

—Ender Wiggin no es un asesino. Simplemente gana... a conciencia. Si alguien se ha de asustar, que sean los insectores.

—Sabendo que Ender va a ir a por ellos, casi dan lástima.

—Por el único que siento lástima es por Ender. Pero no la suficiente para sugerir que deberían ser menos exigentes con él. Acabo de tener acceso a los datos que Graff ha recibido todo este tiempo. Sobre los movimientos de flotas y todo eso. Solía dormirse con facilidad por las noches.

—¿Queda poco tiempo?

—No debía haberlo mencionado. No puedo darle información reservada.

—Lo sé.

—Pongámoslo de esta forma: No han enviado a Ender a la Escuela de Alto Mando ni con un día de anticipación. Puede que con un par de años de retraso.

13

VALENTINE

—¿Niños?

—Hermano y hermana. Se habían escondido bajo cinco niveles de nombres en las redes; escribiendo para compañías que pagaban sus suscripciones, ya sabes. Nos ha costado una eternidad dar con su pista.

—¿Qué ocultan?

—Podría ser cualquier cosa. Sin embargo, lo más probable es que oculten sus edades. El muchacho tiene catorce años, la chica tiene doce.

—¿Quién es Demóstenes?

—La chica. La que tiene doce años.

—Perdóneme. No creo que sea divertido, pero no puedo evitarla risa. Tanto tiempo preocupados, tanto tiempo intentando convencer a los rusos de que no tomaran a Demóstenes demasiado en serio, poniendo a Locke como prueba de que todos los americanos eran locos belicistas. Hermano y hermana preadolescentes...—Y su apellido es Wiggin.

—Ah, ¿coincidencia?

—El Wiggin es un Tercero. Ellos son uno y dos.

—Oh, excelente. Los rusos nunca creerán...

—Que Demóstenes y Locke no están bajo nuestro control tanto como lo está el Wiggin.

—¿Es una conspiración? ¿Les controla alguien?

—No hemos podido detectar ningún contacto entre esos dos niños y algún adulto que pudiera estar dirigiéndoles.

—Eso no quiere decir que no haya alguien que ha inventado algún método que usted no pueda detectar. Es difícil creer que dos niños...

—Entrevisté al coronel Graff cuando regresó de la Escuela de Batalla. Tiene la total seguridad de que nada de lo que han hecho esos niños está fuera de sus posibilidades. Su capacidad es virtualmente idéntica a la de... el Wiggin. Sólo sus temperamentos son diferentes. Lo que le sorprendió, sin embargo, era la orientación de las dos personas. Definitivamente, Demóstenes es la chica, pero Graff dice que la chica fue rechazada para la Escuela de Batalla porque era demasiado pacífica, demasiado conciliadora, y sobre todo, demasiado empática.

—Definitivamente, no es Demóstenes.

—Y el chico tiene el alma de un chacal...

—¿No es ese Locke el que fue aclamado recientemente como «la única mente verdaderamente abierta de América»?

—Es difícil saber lo que está pasando en realidad. Pero Graff nos recomendó, y estoy de acuerdo con él, que les dejáramos en paz. No hay que desenmascararles. No hay que hacer ningún informe de momento, excepto que hemos determinado que Locke y Demóstenes no tienen ninguna conexión extranjera ni tampoco con grupos nacionales, excepto los declarados públicamente en las redes.

—En otras palabras, dejarles vía libre.

—Sé que Demóstenes parece peligroso, en parte porque tiene tantos seguidores. Pero creo que es significativo que el más ambicioso de los dos haya elegido la personalidad sabia y moderada. Y de momento se limitan a hablar. Tienen influencia, pero no poder.

—Según mi experiencia, influencia es poder.

—Si alguna vez les descubrimos pasándose de la raya, podemos desenmascararles fácilmente.

—Sólo si lo hacemos en los próximos años. Cuanto más esperemos, mayores serán, y menos chocante será descubrir quiénes son.

—Usted sabe cuáles han sido los movimientos de las tropas rusas. No hay que descartar la posibilidad de que Demóstenes esté en lo cierto. En cuyo caso...

—Mejor que tengamos a Demóstenes a mano. De acuerdo. De momento, no los tocaremos. Pero vigílelos. Y, naturalmente, yo tengo que encontrar la forma de mantener a los rusos calmados.

A pesar de todos sus recelos, a Valentine le divertía ser Demóstenes. Su columna salía ahora en prácticamente todas las redes de noticias del país, y era divertido ver cómo se amontonaba el dinero en sus cuentas corrientes. De vez en cuando ella y Peter, en nombre de Demóstenes, donaban a un candidato o causa determinados una suma de dinero cuidadosamente calculada; suficiente para que la donación fuera advertida, pero no tanto como para que el candidato pensase que Demóstenes estaba intentando comprar un voto. Ahora recibía tantas cartas que la red de noticias había contratado una secretaria para que contestara por ella la correspondencia rutinaria. Las cartas divertidas, de líderes internacionales y nacionales, algunas veces hostiles, algunas veces amistosas, siempre intentando figonear diplomáticamente en la mente de Demóstenes, éstas las leían juntos ella y Peter, riéndose con deleite de que personas como éstas estuvieran escribiendo a niños, y sin saberlo.

Algunas veces, sin embargo, estaba avergonzada. Su padre leía a Demóstenes con regularidad; nunca leía a Locke, y si lo hizo, nunca dijo nada. A la hora de la comida les regalaría los oídos con algún punto contundente que Demóstenes había sentado en la columna de ese día. A Peter le encantaba que su padre hiciera eso. «¿Lo ves?, eso demuestra que la gente normal le presta atención.» Pero Valentine se sentía humillada por su padre. «Si alguna vez descubre que era yo quien escribía las columnas de las que nos hablaba, y que ni siquiera creía en la mitad de las cosas que escribía, sentirá ira y vergüenza.»

En la escuela, una vez estuvo a punto de ponerse en apuros, cuando su profesora de historia mandó hacer una redacción contrastando los puntos de vista de Demóstenes y Locke expresados en dos de sus primeras columnas. Valentine fue imprudente e hizo un brillante trabajo de análisis. En consecuencia, le costó mucho convencer al director de que no publicara su ensayo en la misma red de noticias que publicaba la columna de Demóstenes. Peter se encolerizó.

—Escribes demasiado parecido a Demóstenes, tienes que conseguir que no lo publiquen. Deberías matar a Demóstenes ahora, estás perdiendo el control.

Si se enfurecía por esa pifia, Peter la asustaba todavía más cuando se marchaba en silencio. Sucedió cuando Demóstenes fue invitado a formar parte del Consejo Presidencial para la Educación del Futuro, un organismo decorativo que estaba destinado a no hacer nada, pero con magnificencia. Valentine pensó que Peter lo tomaría como un éxito, pero no fue así.

—Recházalo —dijo.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó—. No da trabajo, e incluso dijeron que para respetar el bien conocido deseo de confidencialidad de Demóstenes, las reuniones se harían a través de la red. Esto convierte a Demóstenes en una persona respetable, y...

—Y a ti te encanta haberlo conseguido antes que yo.

—Peter, no se trata de tú o yo, son Demóstenes y Locke. Nosotros los inventamos. No son reales. Además, este nombramiento no significa que Demóstenes les guste más que Locke, sólo significa que Demóstenes tiene una base mucho más fuerte. Tú sabías que la tendría. Nombrándole se contenta a un gran número de chauvinistas y de antirusos.

—No estaba previsto así. Era Locke el que se suponía que iba ser respetado.

—¡Lo es! El respeto real tarda más que el respeto oficial. Peter, no te enfades conmigo porque haya tenido éxito haciendo las cosas que me dijiste que hiciera.

Pero estuvo enfadado, muchos días, e incluso desde entonces le había dejado que ideara por sí sola todas sus columnas, en vez de decirle lo que tenía que escribir. Probablemente, pensó que ello deterioraría la calidad de las columnas de Demóstenes, pero si tal cosa ocurrió, nadie lo advirtió. Tal vez le molestaba todavía más que Valentine no fuera a verle implorando su ayuda. Valentine había sido Demóstenes durante demasiado tiempo para necesitar que alguien le dijera qué podría pensar Demóstenes sobre determinadas cosas.

Y a medida que su correspondencia con otros ciudadanos con actividad política crecía, comenzó a aprender cosas, informaciones que simplemente no estaban al alcance del público en

general. A ciertos militares que mantenían correspondencia con ella se les escapaban cosas sin pretenderlo, y ella y Peter las combinaban para construir una imagen aterradora y fascinante de la actividad del Pacto de Varsovia. Efectivamente, se estaban preparando para la guerra, una guerra por tierra cruel y sangrienta. Demóstenes no estaba equivocado al sospechar que el Pacto de Varsovia no acataba los términos de la Liga.

Y el carácter de Demóstenes comenzó a tomar vida propia. A veces, al final de una sesión de escritura, se sorprendía a sí misma pensando como Demóstenes, estando de acuerdo con ideas que se suponía que eran poses calculadas. Y algunas veces leía los ensayos del Locke de Peter y se sorprendía a sí misma enfadada por su obvia ceguera ante la realidad.

Puede que sea imposible disfrazarse con una identidad sin convertirse en lo que se finge ser. Pensó en eso, le preocupó durante algunos días, y entonces escribió una columna utilizándolo como premisa para demostrar que los políticos que lisonjeaban a los rusos para mantener la paz acabarían inevitablemente supeditados a ellos. Fue una encantadora dentellada al partido en el poder, y recibió una gran cantidad de cartas de apoyo. Además, dejó de asustarle la idea de convertirse, en cierto grado, en Demóstenes. «Es más listo que Peter, y siempre lo creí así», pensó.

Graff la esperaba a la salida de la escuela. Estaba de pie, apoyado en su coche. Vestía de paisano y había aumentado de peso, por lo que no le reconoció al principio. Pero Graff le hizo señas y, sin darle tiempo a presentarse, Valentine recordó su nombre.

—No escribiré ninguna otra carta —dijo—. No debí haber escrito aquella.

—Entonces, presumo que no te gustan las medallas.

—No demasiado.

—Vamos a dar un paseo, Valentine.

—No doy paseos con desconocidos. Le entregó un papel. Era una autorización, y firmada por sus padres.

—Digamos que no es un desconocido. ¿Adonde vamos?

—A ver a un joven soldado que está de permiso en Greensboro.

Entró en el coche.

—Ender sólo tiene diez años —dijo—. Creí que nos había dicho que Ender no reuniría los requisitos necesarios para tener un permiso hasta que tuviera doce años.

—Se ha saltado algunos cursos.

—¿Así que lo está haciendo bien?

—Pregúntaselo cuando le veas.

—¿Por qué yo? ¿Por qué no toda la familia? Graff suspiró.

—Ender ve el mundo a su manera. Tuvimos que convencerle de que te viera. En cuanto a Peter y a tus padres, no tenían ningún interés. La vida en la Escuela de Batalla fue... intensa.

—¿Qué quiere decir, que se ha vuelto loco?

—Al contrario, es la persona más cuerda que conozco. Es lo suficiente cuerdo para saber que sus padres no suspiran por volver a abrir un libro de afectividad que fue cerrado casi herméticamente hace cuatro años. En cuanto a Peter... ni siquiera le sugerimos un encuentro, y así no tuvo la oportunidad de mandarnos a la mierda.

Cogieron la carretera del lago Brandt y se desviaron justo pasado el lago, siguiendo una carretera que serpenteaba hacia arriba y hacia abajo, hasta que llegaron a una mansión de tablillas blancas que se desparramaba por la cumbre de la colina. Por un lado se divisaba el lago Brandt y por el otro un lago privado de dos hectáreas.

—Esta casa perteneció al señor Delirios de Grandeza —dijo Graff—. La F.I. la adquirió en una subasta de embargos hace unos veinte años. Ender insistió en que sus conversaciones contigo no debían ser intervenidas. Le prometí que no lo serían, y para ayudar a inspirar confianza, los dos vais a salir en una balsa que ha construido él mismo. De todas formas, tengo que hacerte una advertencia. Tengo la intención de hacer algunas preguntas sobre vuestra conversación, una vez acabada. No tienes obligación de responder, pero espero que lo hagas.

—No he traído traje de baño.

—Te podemos prestar uno.

—¿Que no esté intervenido?

—A partir de cierto punto, tiene que haber confianza. Por ejemplo, sé quién es Demóstenes.

Sintió correr por su cuerpo un escalofrío de miedo, pero no dijo nada.

—Lo he sabido desde que aterricé procedente de la Escuela de Batalla. Hay, quizá, seis personas en todo el mundo que saben su identidad. Sin contar a los rusos... sólo Dios sabe lo que saben. Pero Demóstenes no tiene nada que temer de nosotros. Demóstenes puede confiar en nuestra discreción. Al igual que yo confío en que Demóstenes no le dirá a Locke lo que pase aquí hoy. Mutua confianza. Nos contaremos cosas el uno al otro.

Valentine no podía decidir si era a Demóstenes a quien daban su aprobación o a Valentine Wiggin. Si era al primero, no confiaría en ellos; si era a la última, entonces quizá podría. El hecho de que no quisieran que hablara de ello con Peter sugería que tal vez conocían la diferencia entre los dos. No se detuvo a pensar si ella seguía conociendo la diferencia o no.

—Dijo que él ha construido la balsa. ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

—Dos meses. Teníamos la intención de que su permiso sólo durase unos días. Pero no parece demasiado interesado en continuar con sus estudios.

—Oh, así que soy la terapia una vez más.

—Esta vez no podemos censurar tu carta. Sencillamente, tenemos que arriesgarnos. Necesitarnos demasiado a tu hermano. La humanidad está en juego.

Esta vez Val había crecido lo suficiente para saber hasta qué punto estaba en peligro la humanidad. Y había sido Demóstenes el tiempo suficiente para no vacilar en cumplir con su deber.

—¿Dónde está?

—Abajo, en la grada de barcos.

—¿Dónde está el traje de baño?

Ender no le hizo ninguna señal cuando la vio bajar por la colina hacia él, no sonrió cuando puso el pie en la grada del barco flotante. Pero Valentine sabía que se alegraba de verla, lo sabía porque su mirada no se apartaba de su cara.

—Eres más grande de lo que pensaba —dijo.

—Tú también —dijo él—. Además, recordaba que eras bella.

—La memoria nos juega malas pasadas.

—No. Tu cara es la misma, pero ya no recuerdo lo que significa la belleza. Venga. Vayamos al interior del lago.

Miraba con recelo a la pequeña balsa.

—Basta con que no te pongas de pie —dijo. Se subió arrastrándose, como una araña, con los dedos de los pies y de las manos.

—Es la primera cosa que he construido con mis propias manos desde que tú y yo solíamos hacer construcciones con bloques. Edificios a prueba de Peter.

Valentine se rió. Solían divertirse construyendo cosas que se mantenían de pie, incluso cuando les habían quitado muchos de los soportes más visibles. A Peter le gustaba quitar un bloque aquí o allí, de modo que la estructura fuera lo suficiente frágil para que la siguiente persona que la tocara la derribara. Peter era un burro, pero proporcionaba algunos pasatiempos a su infancia.

—Peter ha cambiado —dijo ella.

—No hablemos de él —dijo Ender.

—De acuerdo.

Se arrastró al bote, no tan diestramente como Ender. Ender utilizó una pagaya para maniobrar lentamente hacia el centro del lago privado. Ella advirtió en voz alta lo bronceado y fuerte que estaba.

—La fuerza proviene de la Escuela de Batalla. El bronceado, de este lago. He pasado bastante tiempo en el agua. Cuando nado, me siento como si fuera ingrátido. Hecho de menos la ingravidez. Además, cuando estoy aquí en el lago, la tierra se desnivela en todas direcciones.

—Como vivir en un tazón.

—He vivido en un tazón durante cuatro años.

—¿Así que ahora somos unos desconocidos?

—¿Acaso no lo somos, Valentine?

—No —dijo ella.

Alargó la mano y le tocó la pierna. Entonces, repentinamente, le apretó la rodilla, justo donde siempre tuvo más cosquillas.

Pero casi al mismo tiempo, él le agarró de la muñeca con la mano. Lo hizo con fuerza, a pesar de que sus manos eran más pequeñas que las de ella y sus brazos más esbeltos y enjutos. Por un momento, la cara de Ender le asustó; luego se relajó.

—Ah, sí—dijo—, solías hacerme cosquillas.

—Ya no —dijo ella retirando la mano.

—¿Quieres nadar?

Como respuesta, se tiró por un lado de la balsa. El agua era clara y limpia, y no tenía cloro. Nadó un rato, luego regresó a la balsa y se tendió en ella bajo la calinosa luz solar. Una avispa daba vueltas a su alrededor, luego aterrizó en la balsa junto a su cabeza. Sabía que estaba allí, y normalmente se habría asustado. Pero no hoy. «Dejemos que se pasee por la balsa, dejemos que se cueza al •oí, como yo.»

Entonces la balsa se balanceó, y se volvió pata ver a Ender aplastando tranquilamente la vida de la avispa con un dedo.

—Éstas son de una raza dañina —dijo Ender—. Te pican sin esperar a que les insultes —se sonrió—. He estado aprendiendo estrategias preventivas. Soy muy bueno. Nadie me ganaba. Soy el mejor soldado que tienen.

—Era de esperar —dijo ella—. Eres un Wiggin.

—Que no sé lo que significa —dijo él.

—Significa que vas a cambiar el mundo. Y le explicó lo que estaban haciendo Peter y ella.

—¿Cuántos años tiene Peter, catorce? ¿Y ya está planeando apoderarse del mundo?

—Se cree que es Alejandro Magno. ¿Y por que no habría de pensarlo? ¿Por qué no habrías de serlo tú también?

—No podemos ser Alejandro los dos.

—Las dos caras de la misma moneda. Y yo soy el metal de en medio.

Incluso mientras lo decía, se preguntaba si era verdad. Estos últimos años había compartido tantas cosas con Peter que incluso cuando pensaba que le despreciaba, le comprendía. Mientras que Ender sólo había sido un recuerdo hasta ahora. Un chico frágil y muy pequeño, que necesitaba su protección. No este hombre de piel oscura y mirada fría que mataba avispas con los dedos. «Quizás, él y Peter y yo somos iguales, y siempre lo hemos sido. Quizá, sólo creíamos que éramos diferentes por celos.»

—El problema con las monedas es que cuando una cara está boca arriba, la otra está boca abajo.

—Y ahora mismo tú crees estar boca abajo. Quieren que te anime a continuar con tus estudios.

—No son estudios, son juegos. Todo juego, desde el principio hasta el final, sólo que cambian las reglas cuando les da la gana.

—¿Ves los hilos? —dijo levantando una mano flácida.

—Pero tú también puedes utilizarles.

—Sólo si quieren ser utilizados. Sólo si creen que están utilizándote. No, es demasiado duro, no quiero jugar más. Justo cuando comienzo a ser feliz, justo cuando creo que puedo dominar la situación, clavan otro cuchillo. Incluso aquí, sigo teniendo pesadillas. Sueño que estoy en la sala de batalla, pero no hay ingravidez, se juega con gravedad. Cambian su dirección. Y por eso nunca voy a parar a la pared contra la que me había lanzado. Nunca voy a parar donde quería ir. Les suplico que me dejen llegar a la puerta, y no me dejen salir, me aspiran y me hacen volver.

Oyó ira en su voz, y supuso que estaba dirigida contra ella. «Supongo que estoy aquí para eso. Para aspirarte y hacerte volver.»

—No quería verte.

—Me lo dijeron.

—Tenía miedo de seguir queriéndote.

—Eso espero.

—Mi miedo, tu deseo... ambos concedidos.

—Ender, es verdad. Quizá seamos jóvenes, pero no estamos desvalidos. Si jugamos siguiendo sus reglas el suficiente tiempo, su juego llega a ser nuestro juego. —Soltó una risita—. Estoy en una comisión presidencial. Peter está muy enfadado.

—No me dejan utilizar las redes. Aquí no hay ningún ordenador, excepto las máquinas domésticas que controlan el sistema de seguridad y de alumbrado. Cosas antiguas. Instaladas hace un siglo, cuando fabricaban ordenadores que no se conectaban a nada. Me quitaron mi escuadra, me quitaron mi consola, y ¿sabes una cosa? La verdad es que no me importa.

—Debes hacerte mucha compañía.

—No yo, mis recuerdos.

—Puede que seas eso, lo que recuerdas.

—No. Mis recuerdos de desconocidos. Mis recuerdos de los insectores.

Valentine se estremeció como si hubiera pasado de repente una brisa fría.

—Me niego a seguir viendo los vídeos de los insectores.

—Siempre son los mismos.

—Solía estudiarlos durante horas. Cómo se movían sus naves por el espacio. Y algo divertido, que sólo se me ocurrió estando estirado, aquí en el lago. Me di cuenta de que todas las batallas en las que los insectores y los humanos luchaban cuerpo a cuerpo, todas son de la Primera Invasión. En todas las escenas de la Segunda Invasión, cuando nuestros soldados llevan los uniformes de F.I., en éstas los insectores ya están muertos siempre. Tendidos, desplomados sobre sus controles. Ninguna señal de lucha ni nada parecido. Y la batalla de Mazer Rackham... no nos han mostrado cunea ninguna toma de esa batalla.

—Puede que sea un arma secreta.

—No, no, no me importa cómo les matamos. Se trata de los insectores en sí mismos. No sé nada de ellos, y sin embargo, se supone que tendré que luchar contra ellos algún día. He pasado por muchas luchas en mi vida, algunas veces juegos, otras... que ya no eran juegos. Siempre he ganado, porque podía adivinar lo que no pensaba mi enemigo, a partir de lo que hacía. Era capaz de decir lo que pensaban que yo estaba haciendo, cómo querían que se desarrollara la batalla. Y jugaba con eso. Eso lo hago muy bien. Saber lo que piensan los demás.

—La maldición de los niños Wiggin.

Bromeó, pero le asustaba que Ender pudiera entenderla tan profundamente como a sus enemigos. Peter siempre la comprendió, o al menos pensaba que lo hacía, pero Peter era tal inmundicia moral que nunca tuvo que sentirse turbada cuando adivinaba sus peores pensamientos. Pero Ender... no quería que él la entendiera. Se sentiría desnuda delante de él. Estaría avergonzada.

—Crees que no puedes vencer a los insectores a menos que los conozcas.

—Es más que eso. Aquí, solo y sin nada que hacer, he pensado también sobre mí mismo. He intentado comprender por qué me odio tanto.

—No, Ender.

—No me digas «No, Ender». He tardado mucho tiempo en darme cuenta de ello, pero créeme, me odiaba, me odio. Y todo se reduce a esto: en el momento en que entiendo verdaderamente a mi enemigo, en el momento en que le entiendo lo suficientemente bien como para derrotarle, entonces, en ese preciso instante, también le quiero. Creo que es imposible entender realmente a alguien, saber lo que quiere, saber lo que cree, y no amarle como se ama a sí mismo. Y entonces, en ese preciso momento, cuando le quiero...

—Le vences.

Por un momento, no tuvo miedo de que la entendiera.

—No, no lo entiendes. Le destruyo. Hago que le resulte imposible volver a hacerme daño. Lo trituro más y más hasta que no existe.

—Tú no haces eso.

Y ahora el miedo volvía de nuevo, peor que antes. «Peter se ha apaciguado, pero a ti, te han convertido en un asesino. Dos lados de la misma moneda, pero ¿cuál es cuál?»

—He hecho verdadero daño a algunas personas, Val. No me lo estoy inventando.

—Lo sé, Ender. ¿Cómo me dañarás a mí?

—¿Ves en lo que me estoy convirtiendo? —dijo en voz baja—. Incluso tú me tienes miedo.

Y Ender le acarició la mejilla con tanta delicadeza que quiso llorar. Como el contacto de su suave mano de bebé cuando todavía era un niño. Se acordaba de eso, del contacto de su mano inocente y suave en su mejilla.

—No tengo miedo —dijo, y en ese momento era verdad.

—Tendrías que tenerlo.

—No tengo por qué. Si sigues en el agua, te vas a arrugar. Además, te podrían morder los tiburones.

Se sonrió.

—Hace mucho tiempo que los tiburones aprendieron a dejarme en paz.

Pero se izó a la balsa, provocando un aluvión de agua al ladearla. Valentine sentía frío en la espalda.

—Ender, Peter lo va hacer. Es lo suficientemente listo para esperar el tiempo que sea necesario, pero va a conseguir llegar al poder; si no es ahora, será más tarde. Todavía no estoy segura si será bueno o malo. Peter es capaz de ser cruel, pero sabe conseguir y mantener el poder, y hay indicios de que una vez acabada la guerra con los insectores, y puede que incluso antes de que termine, el mundo caerá de nuevo en el caos. El Pacto de Varsovia iba camino de la hegemonía antes de la Primera Invasión. Si la buscan después...

—De modo que incluso Peter puede ser una alternativa mejor.

—Has descubierto una parte del destructor que llevas dentro. También yo la he descubierto. Peter no tiene el monopolio, pensarán lo que pensasen los examinadores. Y Peter tiene también una parte del constructor. No es bondadoso, pero ya no destroza todo lo bueno que ve. Cuando comprendes que el poder siempre irá a parar a manos de los que lo anhelan, piensas que podría caer en manos de personas peores que Peter.

—Con una recomendación tan enérgica, hasta yo mismo votaría por él.

—Algunas veces parece totalmente absurdo. Un muchacho de catorce años y su hermana pequeña conspirando para apoderarse del mundo. —Intentó reírse. No era divertido—. No somos niños normales. Ninguno de los tres.

—¿No te gustaría serlo alguna vez?

Intentó imaginarse a sí misma como las demás muchachas de la escuela. Intentó imaginarse cómo sería la vida si no se sintiera responsable del futuro del mundo.

—Sería demasiado insípido.

—No lo creo.

Y se estiró en la balsa, como si pudiera tenderse en el agua para siempre.

Era verdad. No sabía qué habían hecho a Ender en la Escuela de Batalla, pero habían dilapidado su ambición. No quería abandonar las aguas caldeadas por el sol de su tazón.

«No —pensó—. No, él cree que no quiere marcharse de aquí, pero todavía hay demasiado de Peter en él. O demasiado de mí. Ninguno de nosotros sería feliz por mucho tiempo no haciendo nada. O a lo mejor es que ninguno de nosotros puede ser feliz viviendo sin más compañía que nosotros mismos.»

Por eso comenzó a pincharle de nuevo.

—¿Cuál es el nombre que todo el mundo conoce?

—Mazer Rackham.

—¿Qué pasaría si ganaras la siguiente guerra, como lo hizo Mazer?

—Lo de Mazer Rackham fue un golpe de suerte. Nadie creía en él. Simplemente, dio la casualidad de que estaba en el lugar adecuado.

—Pero imagina que lo haces. Imagina que ganas a los insectores y que tu nombre es tan célebre como el de Mazer Rackham.

—Que sea famoso otro. Peter quiere ser famoso. Que salve él al mundo.

—No estoy hablando de fama, Ender. Tampoco estoy hablando del poder. Estoy hablando de casualidades, como la casualidad de que fuera Mazer Rackham el que estaba allí cuando alguien tenía que detener a los insectores.

—Si estoy aquí—dijo Ender—, no estaré allí. Estará otro. Que tenga esa casualidad.

Su tono de aburrida indiferencia le enfureció.

—Estoy hablando de mi vida, pequeño desgraciado egocéntrico.

Si sus palabras le molestaron, no lo demostró. Seguía estirado, con los ojos cerrados.

—Cuando eras pequeño y Peter te torturaba, te gustaba que no me recostara a esperar a que papá y mamá vinieran a salvarte. Nunca entendieron lo peligroso que era Peter. Sabía que tenías el monitor, pero tampoco esperaba a que vinieran ellos. ¿Sabes lo que solía hacerme Peter porque le impedía lastimarte?

—Cállate —susurró Ender.

Porque vio que su pecho temblaba, porque supo que le había lastimado de verdad, porque supo que, al igual que Peter, había descubierto su punto más débil y que le había clavado ahí el cuchillo, se quedó en silencio.

—No les puedo vencer —dijo Ender en voz baja—. Algún día me encontraré allí como Mazer Rackham, y todo el mundo dependerá de mí, y no seré capaz de hacerlo.

—Si tú no puedes, Ender, nadie podrá. Si tú no les puedes vencer, merecen ganar porque son más fuertes y mejores que nosotros. No será tu culpa.

—Díselo a los muertos.

—Si no eres tú, ¿quién entonces?

—Cualquiera.

—Nadie, Ender. Te voy a decir una cosa. Si lo intentas y pierdes, no será culpa tuya. Pero si no lo intentas y perdemos, será por tu culpa. Nos habrás matado a todos.

—De todos modos, soy un asesino.

—¿Qué otra cosa podrías ser? Los seres humanos no desarrollaron el cerebro para tumbarse en los lagos. Matar es lo primero que aprendimos. E hicimos bien, o estaríamos muertos, y los tigres poseerían la Tierra.

—Nunca pude vencer a Peter. Hiciera lo que hiciera o dijera lo que dijera. No pude.

—Otra vez con Peter. Era mayor que tú. Y era más fuerte.

—También lo son los insectores.

Valentine veía su razonamiento. O más bien, su falta de razonamiento. Podía ganar todo lo que quisiera, pero sabía que había alguien que podía destruirle. Siempre supo que no había ganado, porque ahí estaba Peter, campeón invicto.

—¿Quieres vencer a Peter? —preguntó.

—No —respondió.

—Vence a los insectores. Luego ven a casa y mira a ver si alguien se acuerda de que existe Peter Wiggin. Mírales a los ojos cuando todo el mundo te quiera y te reverencie. Para él eso significará la derrota, Ender. Así es cómo vencerás.

—No lo entiendes —dijo.

—Sí lo entiendo.

—No lo entiendes. No quiero vencer a Peter.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Quiero que él me quiera.

No tenía respuesta. Que ella supiera, Peter no quería a nadie.

Ender no dijo nada más. Simplemente seguía allí tumbado. Y allí siguió.

Finalmente Valentine, goteando sudor, con los mosquitos empezando a revolotear a medida que se acercaba el crepúsculo, se dio una última zambullida en el agua y luego empezó a empujar la balsa hacia la orilla. Ender no mostró ninguna señal de saber lo que hacía Valentine, pero su respiración irregular decía a Valentine que no estaba dormido. Cuando llegaron a la orilla, trepó al muelle y dijo:

—Te quiero, Ender. Más que nunca. Decidas lo que decidas.

No respondió. Dudaba que le creyera. Volvió a subir la colina, encolerizada con ellos por hacerle venir ante Ender de esa forma. Porque, después de todo, había hecho justo lo que ellos querían. Había intentado convencer a Ender de que regresara a su adiestramiento, y él no se lo perdonaría fácilmente.

Ender entró por la puerta, todavía mojado de su último chapuzón en el lago. Estaba oscuro afuera, y oscuro en la habitación donde Graff le esperaba.

—¿Nos marchamos? —preguntó Ender.

—Si quieres —dijo Graff.

—¿Cuándo?

—Cuando estés preparado.

Ender se duchó y se vistió. Al final, se había acostumbrado a las diferentes prendas de la ropa de paisano, pero todavía no se sentía a gusto sin el uniforme o el traje refulgente. «No volveré a ponerme un traje refulgente —pensó—. Ese era el juego de la Escuela de Batalla, y ya lo he pasado.» Oyó el chirrido frenético de los grillos en los bosques; oyó, más cercano el sonido crepitante de un coche avanzando lentamente sobre la gravilla.

¿Qué más debía llevarse? Había leído varios libros de la biblioteca, pero pertenecían a la casa y no podía llevárselos. Lo único que poseía era la balsa, que había hecho con sus propios manos. Eso también se quedaría ahí.

Ahora las luces de la habitación donde esperaba Graff estaban encendidas. También se había cambiado de ropa. Volvía a vestir el uniforme.

Se sentaron los dos en el asiento trasero del coche, y recorrieron carreteras comarcales que les llevarían al aeropuerto.

—Tiempo atrás, cuando la población se multiplicaba —dijo Graff—, preservaron esta área de bosques y granjas. Es una cuenca. Las precipitaciones producen aquí el nacimiento de muchos ríos, y un gran caudal de agua subterránea circula por todas partes. La Tierra es profunda, y rebosa de vida por todas partes, Ender. Nosotros, las personas, sólo vivimos en la superficie, como los insectos que viven en la podredumbre del agua estancada, cerca de la orilla. Ender no dijo nada.

—Adiestramos a nuestros comandantes de la forma que lo hacemos porque así hay que hacerlo. Tienen que pensar de una forma determinada, no se pueden distraer con otras cosas, por eso les aislamos. Te aislamos. Te mantenemos separado. Y funciona. Pero es tan fácil, cuando no conoces a ninguna persona, cuando no conoces ni la propia Tierra, cuando vives con paredes metálicas que te resguardan del frío del espacio, es fácil olvidar por qué vale la pena salvar la Tierra. Por qué el mundo de las personas puede valer el precio que estás pagando.

«Por eso me trajisteis aquí —pensó Ender—. A pesar de vuestras prisas, para eso empleasteis tres meses, para hacerme amar la Tierra. Bien, funcionó. Todos vuestros trucos funcionan. Valentine, también; ella era otro de vuestros trucos, recordarme que no iba a la escuela por mí. Bien, no lo olvidaré.»

—Puede que haya utilizado a Valentine —dijo Graff—, y puede que me odies por ello, Ender, pero ten presente esto: sólo da resultado por eso que hay entre vosotros, eso es real, eso es lo que importa. Hay miles de millones de esas conexiones entre los seres humanos. Tu combate sirve para mantener eso vivo.

Ender volvió la cara hacia la ventana y miró a los helicópteros y dirigibles subir y bajar.

Cogieron un helicóptero hasta el puerto espacial de la F.I., en Stumpy Point. Oficialmente, tenía el nombre de un Hegemon muerto, pero todos le llamaban Stumpy Point, en memoria del desdichado pueblo sobre el que se había pavimentado cuando hicieron los accesos a las vastas islas de hormigón y acero que salpicaban Pamlico Sound. Todavía había aves acuáticas caminando con pasos pequeños y suaves sobre el agua salada, donde se sumergían árboles musgosos como si fueran a beber. Comenzó a llover ligeramente, y el cemento era negro y liso; era difícil saber dónde acababa el cemento y dónde comenzaba Pamlico Sound.

Graff le condujo por un laberinto de entradas. La autorización era una pequeña bola de plástico que llevaba Graff. La dejaba caer en tol-Vas, y se abrían puertas y la gente se ponía firmes y les saludaban y las tolvas escupían la bola y Graff seguía. Ender se dio cuenta de que al principio todos miraban a Graff, pero a medida que profundizaban en el interior del puerto espacial, la gente comenzó a mirar a Ender. Al principio se fijaban en el hombre que tenía la autoridad real, pero después, donde todos tenían autoridad, era su carga lo que les interesaba ver.

Sólo cuando Graff se amarró al asiento del transbordador junto a él, Ender comprendió que Graff iba a despegar con él.

—¿Hasta dónde? —preguntó Ender—. ¿Hasta dónde me va a acompañar? Graff sonrió ligeramente.

—Todo el camino, Ender.

—¿Le han nombrado director de la Escuela de Alto Mando?

—No.

Habían trasladado a Graff de su puesto de la Escuela de Batalla sólo para que acompañara a Ender a su siguiente destino. «¡Qué importante soy! —se dijo. Y, como un susurro con la voz de Peter, oyó dentro de su cerebro la pregunta—: ¿Cómo puedo utilizarlo?»

Se encogió de hombros e intentó pensar en otra cosa. Peter podía tener el delirio de regir el mundo, pero Ender no lo tenía. Sin embargo, pensando de nuevo en su vida en la Escuela de Batalla, se le ocurrió que aunque nunca había perseguido el poder, siempre lo había tenido. Pero decidió que era un poder nacido de la superioridad, no de la manipulación. No tenía ningún motivo para avergonzarse. Con la posible excepción de Bean, nunca había utilizado su poder para hacer daño a nadie. Y después de todo, con Bean las cosas habían ido bien. Bean se había convertido al final en un amigo, destinado a ocupar el sitio del perdido Alai, quien a su vez ocupó el sitio de Valentine. Valentine, que estaba ayudando a Peter en sus intrigas. Valentine, que seguía queriendo a Ender pasara lo que pasara. Y siguiendo ese tren de pensamientos, volvió a la Tierra, volvió a las tranquilas horas en medio del agua clara cercada por un tazón de tres colinas cubiertas de árboles. «Eso es la Tierra —pensó—. No un globo de miles de kilómetros, sino un bosque con un lago brillante, una casa escondida en la cresta de la colina, rodeada de árboles, una ladera cubierta de hierba que subía desde el agua, peces saltando y pájaros cayendo en picado para atrapar los insectos que vivían en la frontera entre el agua y el cielo. La Tierra era el ruido constante de grillos y vientos y pájaros. Y la voz de una chica, que le hablaba de su infancia lejana. La misma voz que una vez le protegió del terror. La misma voz por la que haría cualquier cosa para que siguiera viviendo, incluso regresar a la escuela, incluso dejar la Tierra de nuevo otros cuatro, o cuarenta o cuatro mil años. Aunque quisiera más a Peter.

Tenía los ojos cerrados, y no había emitido ningún sonido excepto el de su respiración; sin embargo, Graff extendió la mano por el y le tocó la suya, Ender se puso rígido de asombro, y Graff retiró la mano, pero la insólita idea de que Graff pudiera sentir algún afecto hacia él le desconcertó. Pero no, era otro gesto calculado. Graff estaba convirtiendo a un niño en un comandante. Seguramente, la lección 17 del plan de estudios incluía un gesto cariñoso por parte del maestro.

El transbordador llegó al satélite LIP en unas pocas horas. El Lanzamiento Ínter-Planetario era una ciudad de tres mil habitantes, que respiraban oxígeno de las plantas que además les alimentaban, que bebían agua que había pasado ya por sus cuerpos diez mil veces, que vivían sólo para mantener los remolcadores que llevaban suministros por todo el sistema solar y los transbordadores que recogían sus cargamentos y pasajeros de regreso a la Tierra o a la Luna. Era un mundo donde, en poco tiempo, Ender se sintió como en casa, pues sus suelos se elevaban como en la Escuela de Batalla.

Su remolcador era bastante nuevo; la F.I. desechaba constantemente los vehículos viejos y adquiría los últimos modelos. Acababa de traer una inmensa carga de acero fundido procesado por una nave-factoría que estaba desmontando planetoides menores en el cinturón de asteroides. El acero se dejaría en la Luna, y ahora el remolcador estaba acoplado a catorce gabarras. Pero Graff metió de nuevo su bola en el lector, y las gabarras se desengancharon del remolcador. Esta vez

haría un viaje rápido, al destino que dijeran las especificaciones de Graff, que no sería consignado hasta que el remolcador se hubiera separado del LIP.

—No es un gran secreto —dijo el capitán del remolcador—. Cuando el destino es desconocido, se trata de LÍE.

Por analogía con LIP, Ender decidió que esas siglas significaban Lanzamiento ínter-Estelar.

—Esta vez, no —dijo Graff.

—Entonces, ¿adónde?

—Al Alto Mando de la F.I.

—Ni siquiera tengo permiso para saber dónde está eso, señor.

—Su nave lo sabe —dijo Graff—. Dejemos que el ordenador eche un vistazo a esto y siga el curso que le trace.

Entregó la bola de plástico al capitán.

—¿Se supone que he de mantener los ojos cerrados todo el viaje, para no descubrir dónde estamos?

—Oh, no, por supuesto que no. El mando de la F.I. está en el planeta menor Eros, que debe estar a unos tres meses de distancia de aquí a la velocidad máxima posible. Que, por supuesto, es a la que iremos.

—¿Eros? Pero creía que los insectores lo habían quemado hasta el punto de que la radiactividad... ¿Cuándo he recibido permiso para saberlo?

—No lo ha recibido. Cuando llegemos a Eros, será destinado a un trabajo permanente allí.

El capitán lo entendió inmediatamente y no le gustó la idea.

—Soy un piloto, hijo de puta, no tienes ningún derecho a encerrarme en una piedra.

—Pasaré por alto su lenguaje ultrajante hacia un oficial de rango superior. Lo siento mucho, pero mis órdenes eran tomar el primer remolcador militar disponible. Cuando llegué, ése era el suyo. No creo que todos los demás estuvieran fuera para que le tocara a usted. Anímese. Puede que la guerra acabe dentro de quince años, y entonces la ubicación del Alto Mando de la F.I. no tendrá que ser un secreto. Cambiando de tema, si es usted uno de esos que confían en la vista para atracar, deberá tener cuidado. Su albedo es sólo ligeramente más brillante que el de un agujero negro. No lo verá.

—Gracias —dijo el capitán.

Transcurrió casi un mes del viaje antes de que el capitán consiguiera hablar al coronel Graff de una forma civilizada.

El ordenador de la nave tenía una biblioteca limitada, y más orientada a rellenar los ratos de ocio que a la educación. Por consiguiente, durante el viaje, después del desayuno y de los ejercicios matinales, Ender y Graff hablaban. Sobre la Escuela de Alto Mando. Sobre la Tierra. Sobre astronomía y física, y cualquier cosa que Ender quisiera saber.

Y sobre todo, quería saber cosas sobre los insectores.

—No sabemos demasiado —dijo Graff—. Nunca hemos tenido a uno a mano. Incluso cuando cogíamos a uno desarmado y vivo, moría en el momento en que era obvio que había sido capturado. Incluso su sexo es incierto; lo más probable, de hecho, es que la mayoría de los soldados insectores sean hembras, pero con órganos sexuales primarios o atrofiados. No podemos afirmarlo. Lo que te sería de más utilidad es su psicología, y no se puede decir que hayamos tenido ninguna posibilidad de entrevistarles.

—Dígame qué sabe usted, y quizás aprenda algo que me sea útil.

Graff se lo dijo. Los insectores eran organismos que también podrían haber evolucionado en la Tierra, si las cosas hubieran seguido un camino diferente hace un billón de años. En el nivel molecular no había sorpresas. Incluso los datos genéticos eran parecidos. No era una casualidad que tuvieran aspecto de insectos para los seres humanos. A pesar de que sus órganos internos eran ahora mucho más complejos y especializados que los de cualquier insecto y de que habían desarrollado un esqueleto interno y mudado la mayor parte de su dermatoesqueleto, su estructura física seguía recordando a sus antepasados, que podían haber sido muy parecidos a las hormigas de la Tierra.

—Pero no te dejes engañar por eso —dijo Graff—. Es lo mismo que decir que nuestros antepasados podían haber sido muy parecidos a las ardillas.

—Si eso es lo único que tenemos, es algo —dijo Ender.

—Las ardillas nunca construyeron naves espaciales —dijo Graff—. Normalmente hay algunos cambios en el camino que lleva desde la recolección de nueces y semillas al cultivo de asteroides y la colocación permanente de estaciones de investigación en las lunas de Saturno.

Los insectores veían probablemente el mismo espectro luminoso que los seres humanos, y en sus naves e instalaciones en tierra había iluminación artificial. Sin embargo, sus antenas parecían casi primitivas. Sus cuerpos no mostraban ninguna evidencia de que el olor, el tacto o el oído fueran especialmente importantes para ellos.

—Naturalmente, no estamos seguros. Pero no conseguimos imaginar cómo pueden utilizar el sonido en sus comunicaciones. Lo más curioso era que tampoco tienen ningún dispositivo de comunicación en sus naves. Ninguna radio, nada que pueda transmitir o recibir algún tipo de señal.

—Se comunican de nave a nave. He visto los vídeos, se hablaban entre sí.

—Es verdad. Pero de cuerpo a cuerpo, de mente a mente. Es lo más importante que hemos aprendido de ellos. Su comunicación, sea cual sea, es instantánea. La velocidad de la luz no es una barrera. Cuando Mazer Rackham derrotó a la flota invasora, todo se detuvo. A la vez. No hubo tiempo para una señal. Simplemente todo se detuvo.

Ender rememoró los vídeos de insectores ilesos tendidos muertos en sus puestos.

—Entonces supimos que era posible. Comunicarse a mayor velocidad que la luz. Eso fue hace setenta años, y una vez que supimos que se podía hacer, lo hicimos. No yo, claro, entonces no había nacido.

—¿Cómo es posible?

—No puedo explicarte física filótica. De todos modos, nadie entiende ni la mitad. Lo que importa es que construimos el ansible. El nombre oficial es Comunicador Instantáneo de Paralelaje Filótico, pero alguien sacó la palabra ansible de un libro viejo. Sin contar con que la mayoría de la gente ni siquiera sabe que existe tal máquina.

—Eso significa —dijo Graff— que las naves puedan hablar entre sí incluso de un sistema solar a otro.

Y los insectores lo hacen sin máquinas.

—Y así supieron lo de su derrota en el mismo momento en que sucedió —dijo Ender—. Siempre imaginé... todos decían que tardaron veinte años en enterarse de que habían perdido la batalla.

—Contarlo así evita que cunda el pánico entre la gente —dijo Graff—. De todos modos, te estoy diciendo cosas que no estás autorizado a saber, si alguna vez dejas el Alto Mando de la F.I. Antes de que se acabe la guerra.

Ender estaba enfadado.

—Si me conociera mínimamente, sabría que sé guardar un secreto.

—Es la regla. Las personas menores de veinticinco años se consideraban un riesgo a efectos de seguridad. Es muy injusta para una gran cantidad de chicos responsables, pero ayuda a limitar el número de personas que podrían filtrar secretos.

—De todos modos, ¿por qué tanto secreto?

—Porque estamos corriendo algunos riesgos terribles, Ender, y no queremos que las redes de noticias de la Tierra anden buscando dobles sentidos a nuestras decisiones. En cuanto dispusimos de un ansible en funcionamiento, lo metimos en nuestras mejores naves espaciales y las lanzamos a atacar los sistemas domésticos de los insectores.

—¿Sabemos dónde están?

—Sí.

—De modo que no esperamos a la Tercera Invasión.

—Nosotros somos la tercera invasión.

—De modo que nosotros lanzamos el ataque. Nadie dice eso. Todos piensan que tenemos una enorme flota de acorazados en el escudo de los cornetas...

—Ninguno. Aquí estamos bastante indefensos.

—¿Y si envían una flota para atacarnos?

—Entonces, estamos muertos. Pero nuestras naves no han visto esa flota, ninguna señal.

—Puede que hayan renunciado y tengan intención de dejarnos en paz.

—Puede. Tú has visto los vídeos. ¿Apostarías la raza humana contra la probabilidad de que no hayan renunciado y no nos dejen en paz?

Ender intentó aprehender el tiempo que había transcurrido.

—Las naves han estado viajando setenta años...

—Algunas. Y algunas treinta años, y algunas veinte. Ahora hacemos mejores naves. Estamos aprendiendo a jugar con el espacio. Pero todas las naves espaciales que no están en construcción están camino de un mundo o puesto fronterizo de los insectores. Todas las astronaves, con cruceros y cazas en su barriga, están allá fuera acercándose a los insectores. Decelerando. Porque ya casi están allí. Las primeras naves fueron enviadas a los objetivos más distantes, las naves más recientes a los más cercanos. Nuestro cálculo del tiempo fue bastante bueno. Todas llegarán al punto de combate con algunos meses de diferencia entre sí. Desafortunadamente, nuestro material anticuado, más primitivo, será el que ataque su mundo. Con todo, están suficientemente bien armados; tenemos algunas armas que los insectores no han visto nunca.

—¿Cuándo llegarán?

—En los próximos cinco años, Ender. Todo está preparado en el Alto Mando de la F.I. El ansible director está allí, en contacto con toda nuestra flota de invasión; todas las naves funcionan, listas para el combate. Lo único que nos falta, Ender, es el comandante jefe de la batalla. Alguien que sepa qué demonios hacer con esas naves cuando lleguen allí.

—¿Y qué pasará si nadie sabe qué hacer con ellas?

—Haremos lo que podamos, con el mejor comandante que podamos conseguir.

«Yo —pensó Ender—. Quieren que esté preparado en cinco años.»

—Coronel Graff, no hay ninguna posibilidad de que esté preparado a tiempo para mandar una flota.

Graff se encogió de hombros.

—Haz lo que puedas. Si tú no estás preparado, lo haremos con lo que tengamos. Eso tranquilizó a Ender. Pero sólo por un instante.

—Claro que ahora mismo no tenemos a nadie.

Ender sabía que ése era otro de los juegos de Graff.

«Hacerme creer que todo depende de mí, para que no flaquee y me fuerce al máximo.»

Juego o no, sin embargo, también podría ser verdad. Y por consiguiente trabajaría al máximo. Era lo que Valentine quería de él. Cinco años, sólo cinco años hasta que la flota llegase, y no sabía nada todavía.

—Dentro de cinco años sólo tendré quince —dijo Ender.

—Casi dieciséis —dijo Graff—. Todo depende de lo que sepas.

—Coronel Graff—dijo—. Sólo quiero regresar y nadar en el lago.

—Cuando ganemos la guerra —dijo Graff—. O la perdamos. Dispondremos de algunas décadas antes de que vuelvan aquí para rematarnos. La casa estará allí, y te prometo que podrás nadar todo lo que quieras.

—Pero todavía seré demasiado joven para la autorización de seguridad.

—Te mantendremos custodiado por guardias armados permanentemente. Los militares saben controlar esas cosas.

Los dos se rieron, y Ender tuvo que recordarse a sí mismo que Graff estaba representando el papel de amigo, que lo que decía era una mentira o una trampa calculada para convertir a Ender en una eficiente máquina de combate.

«Seré exactamente el instrumento que queréis que sea —dijo Ender en silencio—, pero al menos no me embancaréis. Lo haré porque lo he elegido, no porque me hayas engatusado, maldito zorro.»

El remolcador llegó a Eros antes de que pudieran verlo. El capitán les mostró el explorador visual, luego superpuso el explorador térmico en la misma pantalla. Estaban prácticamente encima, a sólo cuatro mil kilómetros, pero Eros, de sólo veinticuatro kilómetros de longitud, era invisible si no brillaba con la luz reflejada del Sol.

El capitán atracó la nave en una de las tres plataformas de aterrizaje que rodeaban a Eros. No pudo aterrizar directamente porque Eros tenía una gravedad muy alta y el remolcador, diseñado para remolcar cargas, no podría escapar de esa fuerza de gravedad. Les despidió de mala forma, pero Ender y Graff seguían estando alegres. El capitán estaba amargado por tener que dejar su remolcador; Ender y Graff se sentían como prisioneros que por fin consiguen la libertad provisional. Cuando subieron al transbordador que les llevaría a la superficie de Eros, repitieron citas retocadas de los vídeos que el capitán había visto una y otra vez, y se rieron como locos. El capitán se tornó desabrido y se retiró fingiendo ir a dormir. Entonces, casi como una ocurrencia olvidada, Ender hizo a Graff una última pregunta.

—¿Por qué luchamos contra los insectores?

—He oído todo tipo de razones —dijo Graff—. Porque tienen un sistema superpoblado y tienen que colonizar. Porque no soportan la idea de que haya otra vida inteligente en el universo. Porque no creen que seamos una vida inteligente. Porque tienen alguna religión diabólica. Porque vieron nuestros antiguos programas de vídeos y decidieron que éramos irremisiblemente violentos. Todo tipo de razones.

—¿Qué cree usted?

—Lo que yo crea no importa.

—De todos modos quiero saberlo.

—Deben hablar entre sí directamente, Ender, de mente a mente. Lo que uno piensa, otro lo piensa también; lo que uno recuerda, otro lo recuerda también. ¿Por qué habrían de desarrollar una lengua? ¿Por qué habrían de aprender a leer y escribir? ¿Cómo podrían saber qué son la escritura y la lectura si las vieran? ¿O señales? ¿O números? ¿O lo que utilizamos para comunicarnos? Este no es simplemente un problema de traducción de una lengua a otra. No tienen absolutamente ninguna lengua. Utilizamos todos los medios que se nos ocurrieron para comunicarnos con ellos, pero ni siquiera tienen la maquinaria que les permita saber que emitimos señales. Y puede que hayan intentado pensar con nosotros, y no entienden por qué no les respondemos.

—De modo que la guerra se debe a que no podemos comunicarnos los unos con los otros.

—Si tu compañero no puede explicarte sus razones, nunca estarás seguro de que no intenta matarte.

—¿Y si les dejáramos en paz?

—Ender, no fuimos a por ellos los primeros, ellos vinieron a por nosotros. Si querían dejarnos en paz, podían haberlo hecho hace cien años, antes de la Primera Invasión.

—Tal vez no sabían que éramos una clase de vida inteligente. Tal vez...

—Ender, créeme, hay un siglo de discusiones sobre este mismo tema. Nadie conoce la respuesta. Pero cuando llega el momento de la verdad, la decisión real es inevitable; si uno de nosotros ha de ser destruido, asegúrenos de que somos nosotros los que quedamos vivos. Nuestros genes no nos dejarán decidir lo contrario. La naturaleza no puede hacer evolucionar a las especies que no tienen un deseo de supervivencia. Se pueden criar individuos destinados al sacrificio, pero la raza en su conjunto no puede decidir cesar de existir. De modo que, si es posible, mataremos hasta el último de los insectores, y, si no es posible, ellos matarán hasta el último ser humano.

—En lo que a mí respecta —dijo Ender—, estoy a favor de la supervivencia.

—Lo sé —dijo Graff—. Por eso estás aquí.

14

EL MAESTRO DE ENDER

—¿Se tomó su tiempo, verdad, Graff? El viaje no es corto, pero tres meses de vacaciones parecen excesivos.

—Prefiero eso a entregar mercancía deteriorada.

—Algunas personas no saben lo que es la urgencia. Al fin y al cabo, sólo está en juego el destino ¿el mundo. No me haga caso. Debe comprender nuestra ansiedad. Estamos aquí, ante el ansible, recibiendo constantemente informes sobre el avance de nuestras astronaves. La guerra puede estallar cualquier día. Si a esto le llamamos días. Ese chico es tan pequeño.

—Pero tiene grandeza. Grandeza es espíritu.

—Instinto criminal también, espero.

—Sí.

—Hemos planificado un curso de estudios hecho a su medida. Supeditado a su aprobación, por supuesto. —Le echaré un vistazo. No tengo la pretensión de conocer el asunto central, almirante Chamrajnagar. Sólo estoy aquí porque conozco a Ender. No tenga miedo, no voy a discutir el contenido del temario. Sólo el ritmo.

—¿Cuánto podemos decirle?

—No le haga perder el tiempo con la física de los viajes interestelares.

—¿Y respecto al ansible?

—Ya le he explicado eso y lo de las flotas. Le he dicho que llegarían a su destino dentro de cinco años.

—No ha dejado mucho para nosotros.

—Explíquele los sistemas de armamento. Tiene que conocerlos lo suficiente para tomar decisiones inteligentes.

—Vaya, nosotros también podemos ser útiles, después de todo, ¡qué amabilidad! Hemos asignado uno de los cinco simuladores para su uso exclusivo.

—¿Y los otros?

—¿Los otros simuladores?

—Los otros chicos.

—A usted se le ha traído aquí a cuidar de Ender Wiggin.

—Simple curiosidad. No olvide que, en un momento u otro, todos fueron alumnos míos.

—Y ahora son míos. Están siendo introducidos en los misterios de la flota, coronel Graff, a los que usted, como soldado, nunca ha sido introducido.

—Habla cómo si se tratara de un sacerdocio.

—Y un dios. Y una religión. Incluso los que mandamos a través del ansible, conocemos la majestuosidad de volar entre las estrellas. Veo que mi misticismo le parece desagradable. Le aseguro que su desagrado sólo revela su ignorancia, Ender Wiggin conocerá también, y muy pronto, lo que yo conozco; bailará de estrella en estrella la grácil danza del fantasma, y la grandeza que baya en él será liberada, revelada y exhibida delante del universo para que todos la vean. Usted tiene el alma de piedra, coronel Graff, pero yo canto a las piedras con la misma facilidad que a otros cantores. Puede ir a sus alojamientos e instálese.

—No tengo nada que instalar excepto la ropa que llevo puesta.

—¿No posee nada?

—Guardan mi salario en una cuenta de algún lugar de la Tierra. No lo he necesitado nunca. Excepto para comprar ropa de paisano en mis... vacaciones,

—Un antimaterialista. Y sin embargo, está desagradablemente gordo. ¿Un asceta glotón? ¡Qué contradicción!

—Cuando estoy tenso, como; mientras que usted, cuando está tenso, evacua residuos sólidos.

—Usted me gusta, coronel Graff. Creo que nos llevaremos bien.

—Eso me trae sin cuidado, almirante Chamrajnagar. He venido aquí por Ender. Y ninguno de los dos ha venido por usted.

Ender odió Eros desde el momento en que hizo el transbordo del remolcador. La Tierra, con sus suelos horizontales, había sido suficientemente desagradable; Eros era imposible. Era una roca con forma de huso de sólo seis kilómetros y medio de grosor en su punto más delgado. Como toda la superficie del planeta estaba dedicada a la absorción de la luz solar y a su conversión en energía, todo el mundo vivía en habitaciones de paredes pulidas unidas por túneles que entretejían el interior del asteroide. Los espacios cerrados no eran ningún problema para Ender; lo que le mortificaba era que todos los suelos de los túneles tenían una más que apreciable inclinación hacia abajo. Desde el principio, Ender se vio atormentado por el vértigo cuando caminaba por los túneles, en particular los que ceñían la estrecha circunferencia de Eros. El hecho de que la gravedad fuera sólo la mitad que la normal de la Tierra no era ninguna ayuda; la ilusión de estar a punto de caer era casi completa.

Además, había algo perturbador en las proporciones de las habitaciones; los techos eran demasiado bajos para su anchura, los túneles demasiado estrechos. No era un lugar confortable.

Lo peor de todo, sin embargo, era la cantidad de gente. Ender no tenía grabado en la memoria ningún recuerdo de las ciudades de la Tierra. Su idea de un número confortable de personas era la Escuela de Batalla, donde había llegado a conocer de vista a todos los que allí residían. Aquí, sin embargo, vivían diez mil personas en el interior de la roca. No estaban apiñados, a pesar de la gran cantidad de espacio dedicado al mantenimiento de la vida y a otros tipos de maquinaria. Lo que a Ender le molestaba era estar rodeado constantemente de desconocidos.

No le dejaron entablar relación con nadie. Veía con frecuencia a los demás estudiantes de la Escuela de Alto Mando, pero como no asistía a ninguna clase con regularidad, seguían siendo simplemente rostros. De vez en cuando asistía a alguna conferencia, pero normalmente recibía clases privadas de profesores que se turnaban, aunque, ocasionalmente, otros estudiantes le ayudaban a aprender algún procedimiento, pero los conocía una vez y no los volvía a ver. Comía solo o con el coronel Graff. Su lugar de esparcimiento era un gimnasio, pero raramente veía dos veces a las mismas personas.

Comprendió que le estaban aislando de nuevo, y esta vez no lo hacían disponiendo a los demás estudiantes en su contra, sino no dándoles ninguna oportunidad de entablar relación con él. De todos modos, le habría resultado difícil entablar una relación estrecha con ellos; con la excepción de Ender, todos los demás estudiantes estaban en plena adolescencia.

Por lo tanto, Ender se abstraía en sus estudios y aprendía rápidamente y bien. Absorbía navegación astral e historia militar como si fuera agua; las matemáticas abstractas eran más difíciles, pero descubrió que cuando le asignaban un problema que implicara jugar con el espacio y el tiempo, su intuición era más fiable que sus cálculos; muchas veces veía de golpe una solución que sólo podía demostrar tras minutos u horas de manipular con los números.

Y para disfrutar, ahí estaba el simulador, el videojuego más perfecto que había jugado. Los profesores y los alumnos le enseñaron su manejo paso a paso. En un principio, al desconocer las impresionantes posibilidades del juego, había jugado sólo a nivel táctico, controlando un solo caza en maniobras continuas que le llevaran a descubrir y destruir a un enemigo. El enemigo controlado por el ordenador era tortuoso y poderoso, y cada vez que Ender probaba una táctica, descubría al ordenador utilizándola contra él en cuestión de minutos.

El juego era una pantalla hológrafa, y su caza estaba representado por una luz diminuta. El enemigo era otra luz de color diferente, y danzaban y rotaban y maniobraban por un espacio cúbico que debía tener diez metros de lado. Los controles eran potentes. Podía girar la imagen en cualquier dirección, y por lo tanto podía mirar desde cualquier ángulo, y podía desplazar el centro para que el duelo tuviera lugar más cerca o más lejos de él.

A medida que adquiría más destreza en el control de la velocidad, de la dirección del movimiento, de la orientación y de las armas del caza, la dificultad del juego aumentaba. Podía haber dos naves enemigas a la vez; podía haber obstáculos, los escombros del espacio; tuvo que

empezar a preocuparse del combustible y de las limitaciones de las armas; el ordenador comenzó a asignarle objetivos concretos a destruir o alcanzar, de modo que, para ser declarado vencedor, tenía que ignorar las distracciones y cumplir su objetivo.

Cuando hubo dominado el juego con un caza, le permitieron dirigir el escuadrón de cuatro cazas. Daba órdenes a los pilotos simulados de los cuatro cazas, y en vez de tener que limitarse a cumplir las instrucciones del ordenador, se le permitía determinar la táctica, decidir cuál de los diferentes objetivos era el más valioso y dirigir su escuadrón en consecuencia. Podía tomar personalmente el mando de uno de los cazas en cualquier momento, sólo un corto espacio de tiempo, y al principio lo hacía con frecuencia; no obstante, cuando lo hacía destruían rápidamente a los otros tres cazas de su escuadrón, y a medida que los juegos se iban haciendo cada vez más difíciles, tenía que dedicar cada vez más tiempo a dirigir el escuadrón. Cuando lo hacía, ganaba cada vez con más frecuencia.

Al cabo de un año de permanencia en la Escuela de Alto Mando era un experto en el manejo del simulador en sus quince niveles, desde el control de un solo caza hasta el mando de una flota. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que el simulador era para la Escuela de Alto Mando lo que la sala de batalla era para la Escuela de Batalla. Las clases eran provechosas, pero la verdadera educación era el juego. De vez en cuando se dejaban caer por allí algunas personas para verle jugar. Nunca hablaban; casi nadie lo hacía, a menos que tuvieran algo específico que enseñarle. Los espectadores se quedaban a verle ejecutar una simulación difícil y se marchaban en cuanto acababa. Le daban ganas de preguntarles: «¿Qué estáis haciendo, ¿juzgándome? ¿Decidiendo si me vais a confiar la flota o no? No olvidéis que yo no lo he pedido.» Descubrió que había transferido al simulador muchas cosas aprendidas en la Escuela de Batalla. Cada pocos minutos hacía una reorientación rutinaria del simulador, retándolo para no verse aprisionado en una orientación arriba-abajo o revisando constantemente su posición desde el punto de vista del enemigo. Era estimulante tener por fin tal control sobre la batalla, estar en disposición de ver cualquier punto de la misma.

Pero también era frustrante tener un control tan limitado, pues los cazas controlados por el ordenador llegaban sólo hasta donde podía llegar el ordenador. No tomaban ninguna iniciativa. No tenían inteligencia. Empezó a suspirar por sus jefes de batallón, para poder contar con que algunos de los escuadrones harían bien las cosas sin su supervisión constante.

Al final de su primer año ganaba todas las batallas del simulador, y jugaba como si la máquina fuera un miembro más de su cuerpo. Un día, comiendo con el coronel Graff, le preguntó:

—¿Eso es todo lo que puede hacer el simulador?

—¿Qué es todo?

—Como juega ahora. Es fácil, y el grado de dificultad no ha aumentado desde hace tiempo.

—Oh.

Graff parecía desinteresado. Pero Graff siempre parecía desinteresado. Al día siguiente, todo cambió. Graff se fue, y en su lugar dieron un compañero a Ender.

Estaba en la habitación cuando Ender se despertó por la mañana. Era un hombre viejo, sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Ender le miró con expectación, esperando que hablara. No dijo nada. Ender se levantó y se duchó y se vistió, dispuesto a dejar que el hombre se mantuviera en silencio si quería. Hacía tiempo que había aprendido que cuando pasaba algo inusual, algo que formaba parte del plan de alguien y no del suyo, descubría más información esperando que preguntando. Los adultos casi siempre perdían la paciencia antes que Ender.

Todavía no había empezado a hablar cuando Ender había terminado su arreglo personal y se dirigía a la puerta para salir de la habitación. La puerta no se abrió. Ender se dio la vuelta hacia el hombre sentado en el suelo. Aparentaba unos sesenta años, con mucho el hombre más viejo que había visto en Eros. Los pelos blancos de la barba de un día encanecían su rostro, aunque no tanto como el pelo cortado a cepillo. Su cara se hundía ligeramente y sus ojos estaban rodeados por arrugas y líneas. Miró a Ender con una expresión que sólo transmitía apatía.

Ender se volvió hacia la puerta e intentó abrirla de nuevo.

—De acuerdo —dijo, rindiéndose—. ¿Por qué está cerrada la puerta?

El viejo mantuvo su mirada vacía.

«O sea, que es un juego —pensó Ender—. Bien, si quieren que vaya a clase abrirán la puerta. Si no quieren, no la abrirán. Me da igual.»

A Ender no le gustaban los juegos donde las reglas no eran fijas y el objetivo sólo era conocido por ellos. No jugaría. Se negó también a irritarse. Hizo un ejercicio de relajación mientras se apoyaba en la puerta, y en seguida estaba otra vez calmado. El viejo seguía observándole impasiblemente.

Parecía que habían pasado horas, Ender rehusando hablar, el viejo encerrado en un mutismo aparentemente imbécil. Algunas veces Ender se preguntaba si no era un enfermo mental, escapado de algún centro médico de algún lugar de Eros, viviendo alguna fantasía demente en su habitación. Pero cuanto más tiempo pasaba sin que nadie acudiera a la puerta, sin que nadie le buscara, más convencido estaba de que era algo deliberado, con el objetivo de desconcertarle, Ender no quería ceder la victoria al viejo. Para pasar el tiempo, empezó a hacer ejercicios. Algunos eran imposibles sin el equipo del gimnasio, pero otros, especialmente los de la clase de defensa personal, se podían hacer sin ningún aparato.

Los ejercicios le obligaban a moverse por la habitación. Practicaba embestidas y patadas. Un movimiento le llevó cerca del viejo, no más cerca que en otras ocasiones anteriores, pero esta vez la garra del viejo salió disparada y aferró la pierna izquierda de Ender a medio camino de una patada. Ender fue arrancado del suelo y aterrizó en él de forma aparatosa.

Se incorporó de un salto, furioso. Encontró al viejo sentado tranquilamente, con las piernas cruzadas, sin la respiración alterada, como si no se hubiera movido. Ender se quedó de pie en posición de combate, pero la inmovilidad del otro le impedía atacar. «¿Qué puedo hacer, arrancarle la cabeza de una patada? Y luego explicárselo a Graff: "Es que el viejo me pegó una patada, y tenía que desquitarme..."»

Volvió a sus ejercicios; el viejo continuó mirándole.

Finalmente, cansado e irritado por el día perdido, prisionero en su propia habitación, Ender volvió a la cama para usar su consola. Cuando se agachaba para cogerla, sintió una mano hundirse brutalmente entre sus muslos y otra mano empuñar su pelo. En un segundo estaba caído boca abajo. Tenía la cara y los hombros comprimidos contra el suelo por la rodilla del viejo, la espalda atrozmente doblada y las piernas inmovilizadas por el brazo del viejo. Ender estaba imposibilitado para utilizar los brazos, ni podía doblar la espalda para destensarla y poder actuar con las piernas. En menos de dos segundos, el viejo había derrotado completamente a Ender Wiggin.

—Está bien —dijo Ender con voz entrecortada—. Tú ganas.

La rodilla del hombre se clavó dolorosamente en su espalda.

—¿Desde cuándo —preguntó el hombre, con voz tenue y áspera— tienes que decir al enemigo cuándo ha ganado?

Ender continuó en silencio.

—Te sorprendí una vez, Ender Wiggin. ¿Por qué no me destruiste inmediatamente? ¿Simplemente porque parecía pacífico? Me diste la espalda. Estúpido. No has aprendido nada. No has tenido nunca un maestro.

Ahora Ender estaba irritado, y no hizo ningún esfuerzo por controlarlo o disimularlo.

—He tenido demasiados profesores, ¿cómo iba a saber que usted resultaría ser un...?

—Un enemigo, Ender Wiggin —susurró el viejo—. Soy tu enemigo, el primero que has tenido que es más listo que tú. No hay más maestro que el enemigo. Nadie sino el enemigo te dirá lo que va a hacer el enemigo. Nadie sino el enemigo te enseñará a destruir y conquistar. Sólo el enemigo te enseña tus puntos débiles. Sólo el enemigo te enseña sus puntos fuertes. Y las únicas reglas del juego son qué puedes hacerle y qué puedes impedir que él te haga. A partir de ahora soy tú enemigo. A partir de ahora soy tu maestro.

Entonces el viejo dejó caer las piernas de Ender. Como todavía tenía la cabeza contra el suelo, el chico no pudo hacer contrapeso con los brazos, y las piernas golpearon el suelo produciendo un crujido sonoro y un dolor agudo. Luego, el viejo se puso en pie y permitió que Ender se incorporara.

Lentamente, Ender arrastró las piernas, no sin un débil gemido de dolor. Se puso a cuatro patas un momento, recuperándose. Entonces, su brazo derecho salió proyectado en busca de su enemigo. El viejo retrocedió rápidamente describiendo un paso de baile, y la mano de Ender se cerró en el aire mientras el pie de su maestro salía proyectado hacia la barbilla de Ender. La barbilla de Ender no estaba allí. Estaba tendido sobre la espalda, rodando por el suelo, y en el instante en que el maestro estaba en desequilibrio a causa de la patada, los pies de Ender se estrellaron en la otra pierna del viejo. Se desmoronó, pero no lo suficientemente cerca para asestar un golpe y acertar a Ender en la cara. Ender no podía encontrar un brazo o una pierna que se estuviera quieto el tiempo suficiente para poder aferrarlo, y, mientras tanto, le caían golpes en la espalda y en los brazos. Ender era más pequeño; no conseguía traspasar los miembros del viejo que le golpeaban. Al final consiguió separarse y abrirse paso hasta las proximidades de la puerta.

El viejo volvía a estar sentado con las piernas cruzadas, pero ahora la apatía había desaparecido. Sonreía.

—Esta vez ha estado mejor, chico. Pero lento. Con una flota tendrás que ser mejor que con tu cuerpo, o nadie estará a salvo contigo al mando. ¿Lección aprendida?

Ender asintió con la cabeza lentamente. Le dolía todo el cuerpo.

—Bien —dijo el viejo—. Entonces no tendremos que librar esta batalla de nuevo. Para las demás utilizaremos el simulador. Ahora yo programaré las batallas, no el ordenador; yo diseñaré la estrategia de tu enemigo, y tú aprenderás a ser rápido y a descubrir los trucos que el enemigo te tiene preparados. No lo olvides, chico. A partir de ahora, el enemigo es más listo que tú. A partir de ahora, el enemigo es más fuerte que tú. A partir de ahora, siempre estarás a punto de perder.

La cara del viejo se puso seria otra vez.

—Estarás a punto de perder, Ender, pero ganarás. Aprenderás a derrotar al enemigo. Él te enseñará cómo.

El maestro se incorporó.

—En esta escuela siempre ha existido la costumbre de que un estudiante mayor elija a un estudiante joven. Son compañeros, y el mayor enseña al joven todo lo que sabe. Siempre están luchando, siempre están compitiendo, siempre están juntos. Te he elegido a ti.

Ender habló mientras el viejo caminaba hacia la puerta.

—Eres demasiado viejo para ser un estudiante.

—Nunca se es viejo para ser un estudiante del enemigo. He aprendido de los insectores. Tú aprenderás de mí.

Mientras el viejo palmeaba la puerta para abrirla, Ender dio un salto en el aire y le coceó la espalda con los dos pies. Golpeó con tanta fuerza que rebotó y cayó de pie, mientras el viejo daba un grito y se desplomaba en el suelo.

El viejo se incorporó lentamente, agarrándose al tirador de la puerta, con la cara deformada por el dolor. Parecía desvalido, pero Ender no se fiaba de él. Aun así, a pesar de su sospecha, la velocidad del viejo le cogió desprevenido. En un instante se encontró en el suelo cerca de la pared opuesta, sangrando por la nariz y los labios, que se había golpeado contra la cama. Pudo girarse lo suficiente para ver al viejo de pie en la puerta, haciendo una mueca de dolor y con las manos apretadas contra la espalda.

El viejo esbozó una sonrisa.

Ender respondió con otra sonrisa.

—Maestro —dijo—. ¿Tienes nombre?

—Mazer Rackham —dijo el viejo. Entonces se fue.

A partir de entonces, Ender estuvo o con Mazer Rackham o solo. El viejo raramente hablaba, pero estaba allí; en las comidas, en las clases prácticas, en el simulador, en su habitación por la noche. Algunas veces Mazer se marchaba, pero cuando Mazer no estaba, la puerta estaba siempre cerrada, y nadie venía hasta que Mazer regresaba. Ender se pasó una semana llamándole Carcelero Rackham, Mazer respondía al nombre con la misma disposición que al suyo propio, y no mostró ningún signo de que le molestara en lo más mínimo. Ender lo dejó pronto.

Había compensaciones. Mazer repasó con Ender los vídeos de las viejas batallas de la Primera Invasión y las desastrosas derrotas de la F.I. en la Segunda Invasión. No hubo que reconstruirlas a partir de secuencias de los vídeos públicos censurados; estaban completas. Como en las batallas importantes hubo muchos vídeos en funcionamiento, estudiaron las tácticas y estrategias insectoras desde muchos ángulos.

Por primera vez en su vida, un maestro le apuntaba cosas que Ender no había visto ya por sí mismo. Por primera vez, Ender había encontrado una mente viva que podía admirar.

—¿Por qué no estás muerto? —le preguntó Ender—. Libraste tu batalla hace setenta años. No creo que tengas ni sesenta años.

—Los milagros de la relatividad —dijo Mazer—. Tras la batalla me mantuvieron aquí durante veinte años, aunque les supliqué que me dejaran mandar una de las astronaves que lanzaron contra el planeta de origen de los insectores y las colonias insectoras. Luego... llegaron a comprender algo sobre el comportamiento de los soldados bajo la tensión de la batalla.

—¿Qué?

—No te han enseñado suficiente psicología para entenderlo. Baste decir que comprendieron que a pesar de que no podría llegar a mandar la flota, pues estaría muerto antes de su llegada, seguía siendo la única persona que podía entender a los insectores como yo los entendía. Era, pensaron, la única persona que había derrotado a los insectores ayudado por la inteligencia, no por la suerte. Me necesitaban aquí para... enseñar a la persona que mandaría la flota.

—Así que te metieron en una astronave y te pusieron a una velocidad relativista.

—Y entonces me di la vuelta y vine a casa. Un viaje muy tedioso, Ender. Cincuenta años en el espacio. Oficialmente, para mí sólo pasaron ocho años, pero me sentía como si hubieran pasado quinientos. Sólo para que pudiera enseñar al siguiente comandante todo lo que sé.

—Entonces, ¿yo voy a ser el siguiente comandante?

—Digamos que de momento eres nuestra mejor alternativa.

—¿Están preparando a alguien más?

—No.

—Entonces, eso me conviene en la única alternativa.

Mazer se encogió de hombros.

—Excepto tú. Todavía estás vivo, ¿no? ¿Por qué no tú?

Mazer negó con la cabeza.

—¿Por qué no? Les venciste una vez.

—No puedo ser el comandante por abundantes y poderosas razones.

—Enséñame cómo derrotaste a los insectores, Mazer.

El rostro de Mazer se tornó inescrutable.

—Me has mostrado las otras batallas siete veces al menos. Creo que he visto formas de superar lo que hicieron los insectores en anteriores situaciones, pero nunca me has mostrado cómo les venciste de verdad.

—Ese vídeo es un secreto rigurosamente guardado, Ender.

—Lo sé. Lo he reconstruido parcialmente. Tú, con tu diminuta fuerza de reserva, y su armada, esas grandes astronaves de enorme barriga lanzando sus enjambres de cazas. Tú te precipitas hacia una nave, le disparas, una explosión. Ahí es donde siempre se detienen los vídeos. Después de eso sólo se ven soldados entrando en las naves insectoras y encontrándolos ya muertos. Mazer esbozó una sonrisa.

—Demasiado para ser un secreto rigurosamente guardado. Venga, veamos el vídeo.

Estaban solos en la sala de vídeo, y Ender palmeó la puerta para cerrarla.

—De acuerdo, veámoslo.

El vídeo mostraba exactamente lo que Ender había reconstruido. El lanzamiento suicida de Mazer hacia el corazón de la formación enemiga, la explosión individual, y luego..

Nada. La nave de Mazer siguió, esquivando la onda expansiva, tejiendo su camino entre las demás naves insectoras. No le dispararon. No cambiaron de rumbo. Dos de ellas se estrellaron entre

sí y explotaron; una colisión innecesaria que cualquiera de los dos pilotos podía haber evitado. Ninguno hizo el más ligero movimiento.

Mazer aceleró la lectura del vídeo. «Pasemos todo esto.»

—Esperamos durante tres horas —dijo—. Nadie podía creerlo.

Luego, las naves de la F.I. comenzaron a aproximarse a las astronaves insectoras. Los marines empezaron sus operaciones de abordaje. Los vídeos mostraban a los insectores en sus puestos. Muertos.

—Ves —dijo Mazer—. Ya conocías todo lo que había que ver.

—¿Qué sucedió?

—Nadie lo sabe. Tengo mis opiniones personales. Pero muchos científicos dicen que no estoy cualificado para tener opiniones.

—Tú fuiste quien ganó la batalla.

—Creía que eso me cualificaba para hacer comentarios, pero ya sabes lo que pasa. Los xenobiólogos y los xenopsicólogos no pueden aceptar la idea de que un piloto estelar se les adelante con una pura conjetura. Creo que me odian porque, tras ver los vídeos, tenían que vivir el resto de sus vidas naturales aquí, en Eros. Seguridad, ya sabes. No eran felices.

—Cuéntame.

—Los insectores no hablan. Piensan entre sí, y de una forma instantánea, como el efecto filótico. Como el ansible. Pero la mayoría de la gente siempre pensó que ello implicaba una comunicación controlada, como el lenguaje: «Te pienso un pensamiento y entonces tú me respondes.» Nunca lo creí. Su respuesta conjunta es demasiado inmediata. Has visto los vídeos. No conversan y deciden entre posibles líneas de acción. Todas las naves actúan como si fueran parte de un solo organismo. Responden de la misma forma que tu cuerpo durante el combate, cuando las diferentes partes del cuerpo hacen automática, inconscientemente, todo lo que se supone que deben hacer. No mantienen una conversación mental entre seres con diferentes procesos mentales. Todos sus pensamientos están presentes a la vez, juntos.

—¿Una sola persona, y cada insector como una mano o un pie?

—Sí. No fui el primero que lo sugirió, pero sí fui el primero que lo creyó. Y algo más. Algo tan estúpido e infantil que los xenobiólogos se rieron de mí en silencio cuando lo dije después de la batalla. Los insectores son insectos. Son como las hormigas y las abejas. Una reina, las obreras. Así fue tal vez hace cien mil años, pero así empezaron, con ese tipo de estructura. Una cosa segura es que ninguno de los insectores que vimos tenía nada que le permitiera engendrar insectorcitos. Cuando desarrollaron esa capacidad de pensar juntos, ¿no es posible que conservaran a la reina?, ¿no es posible que fuera la reina el centro del grupo? ¿Por qué habría de cambiar?

—Entonces, es la reina quien controla todo el grupo.

—Había también evidencias. No eran evidencias que ellos pudieran ver. No estaba presente en la Primera Invasión, porque ésa era exploratoria. Pero la Segunda Invasión era una colonia. Para establecer una nueva colmena, o lo que fuera.

—Y se trajeron una reina.

—Mira los vídeos de la Segunda Invasión, cuando estaban destruyendo nuestra flota en el escudo del cometa. —Comenzó a ponerlos y a visualizar las acciones de los insectores.

—Muéstrame la nave de la reina.

Era sutil. Ender tardó mucho tiempo en verlo. Las naves insectoras se mantenían en movimiento, todas. No había ninguna insignia obvia, ningún centro nervioso aparente. Pero gradualmente, a medida que Mazer ponía los vídeos una y otra vez, Ender empezó a ver que todos los movimientos irradiaban de un punto central. El punto central cambiaba, pero después de haberlo mirado el tiempo suficiente, era obvio que los ojos de la flota, el yo de la flota, la perspectiva desde la que se tomaban todas las decisiones, era una nave concreta. La señaló.

—Tú la ves. Yo la veo. De todos los que han visto los vídeos sólo hay dos que lo ven. Pero es cierto, ¿no?

—Hacen que esa nave se mueva exactamente igual que cualquier otra nave.

—Saben que es su punto flaco.

—Pero tienes razón. Esa es la reina. Pero, ¿no crees que cuando fuiste a por ella, habrían concentrado inmediatamente todo su poder sobre ti? Podían haberte hecho explotar en mil pedazos.

—Lo sé. Esa parte no la entiendo. No es que no intentaran detenerme; me disparaban. Pero es como si hasta que fue demasiado tarde no pudieran creer que mataría a la reina. Puede que en sus mundos no se mate a las reinas, que sólo se las capture, que sólo se las dé jaque mate. Hice algo que no pensaban que un enemigo podía hacer.

—Y cuando ella murió, los demás también murieron.

—No, sólo se hicieron estúpidos. En las primeras naves que abordamos, los insectores todavía estaban vivos. Orgánicamente. Pero no se movían, no respondían a nada, incluso cuando nuestros científicos viviseccionaron algunos para ver si podíamos aprender algo más sobre ellos. Al cabo de un rato, murieron. Sin voluntad. Cuando la reina ha desaparecido no queda nada en esos pequeños cuerpos.

—¿Por qué no te creen?

—Porque no encontramos una reina.

—Voló en pedazos.

—Peripecias de la guerra. La biología ocupa un lugar secundario en la supervivencia. Pero algunos están comenzando a acercarse a mi opinión. No puedes vivir en este lugar sin que la evidencia salte a la vista.

—¿Qué evidencia hay aquí, en Eros?

—Ender, mira a tu alrededor. Los seres humanos no esculpieron este sitio. Entre otras cosas, nos gustan los techos más altos. Este era el puesto avanzado de los insectores en la Primera Invasión. Esculpieron este sitio antes de que supiéramos siquiera que estaban aquí. Vivimos en una colmena de insectores. Pero ya hemos pagado nuestro alquiler. A los marines les costó miles de vidas desalojarlos de esos panales, habitación por habitación. Los insectores lucharon por cada metro del terreno.

Ahora entendía Ender por qué veía algo raro en las habitaciones.

—Sabía que no era un sitio humano.

—Era la gruta del tesoro. Si hubieran sabido que ganaríamos esa primera guerra, es probable que no hubieran construido este lugar. Aprendimos a manipular la gravedad porque ellos aumentaron la gravedad de este lugar. Aprendimos a usar eficazmente la energía solar porque ellos ensombrecieron este planeta. De hecho, les descubrimos por eso. En un período de tres días, Eros desapareció gradualmente de nuestros telescopios. Enviamos un remolcador para averiguar la razón. Y la averiguó. El remolcador transmitió sus vídeos, incluyendo las tomas de los insectores abordando la nave y masacrando a la tripulación. Siguió transmitiendo en directo todo el proceso de exploración de la nave por los insectores, y no paró hasta que acabaron de dismantelar todo el remolcador. Esa era su ceguera; no han tenido nunca ninguna necesidad de transmitir nada mediante aparatos, y, por eso, con la tripulación muerta, no se les ocurrió que alguien podía estar viéndolos.

—¿Por qué mataron a la tripulación?

—¿Y por qué no? Para ellos, perder a los miembros de una tripulación es como para ti cortarte las uñas. No pierdes nada importante. Es probable que al eliminar a los operarios que dirigían el remolcador pensarán que estaban realizando el corte rutinario de nuestras comunicaciones, no asesinando a seres sensibles, vivos, con un futuro genético independiente. El asesinato no es un concepto corriente entre ellos. Sólo matar a la reina es realmente matar, porque sólo la muerte de la reina cierra un camino genético.

—¿Quieres decir que no sabían lo que hacían?

—No empieces a compadecerles, Ender. El hecho de que no supieran que estaban matando a seres humanos no quiere decir que no estuvieran matando a seres humanos. Tenemos derecho a defendernos de la mejor forma posible, y la única forma que encontramos es matar a los insectores antes de que ellos nos maten a nosotros. Míralo así. En todas las guerras insectoras que ha habido hasta ahora, han matado a miles y miles de seres racionales, vivos. Y en todas esas guerras nosotros sólo hemos matado a uno.

—Si no hubieras matado a la reina, Mazer, ¿habríamos perdido la guerra?

—Diría que nuestras posibilidades habrían sido tres contra dos a su favor. Sigo pensando que podía haber diezmado su flota a fondo antes de que nos barrieran. Tenían un rapidísimo tiempo de respuesta y una gran potencia de fuego, pero nosotros también teníamos algunas ventajas. Cada una de nuestras naves contenía un ser humano inteligente que pensaba por sí mismo. A cualquiera de nosotros se le puede ocurrir una solución brillante a un problema. A ellos sólo se les puede ocurrir una solución brillante cada vez. Los insectores piensan con mucha rapidez, pero no son tan listos. Aunque algunos comandantes increíblemente estúpidos y timoratos perdieran las principales batallas de la Segunda Invasión, algunos de sus subordinados consiguieron infligir importantes daños a la flota invasora.

—¿Qué pasará cuando nuestra invasión llegue allí? ¿Volveremos a tener a la reina a nuestro alcance?

—Si fueran tontos, los insectores no habrían aprendido a hacer viajes interestelares. Esa fue una estrategia que sólo puede funcionar una vez. Me temo que no volveremos a tener a una reina a nuestro alcance a no ser que vayamos a su planeta de origen. Al fin y al cabo, la reina no necesita estar con ellos para dirigir una batalla. La reina sólo tiene que estar presente para tener insectorcitos. La Segunda Invasión fue una colonia; la reina venía a poblar la Tierra. Pero esta vez no, no volverá a funcionar. Tendremos que derrotarles flota a flota. Y como disponen de los recursos de docenas de sistemas estelares, me temo que su superioridad numérica será aplastante, en todas las batallas.

Ender se acordó de su batalla contra dos escuadras a la vez. «Y yo que creí que estaban haciendo trampas. Cuando empiece la guerra real, siempre será así. Y no habrá ninguna puerta a la que agarrarse.»

—Sólo tenemos dos cosas de nuestra parte, Ender. No tenemos que apuntar demasiado. Nuestras armas tienen un gran radio de alcance.

—Entonces no usaremos los misiles nucleares de la Primera y Segunda Invasión.

—El doctor Ingenio es mucho más potente. Al fin y al cabo, las armas nucleares eran lo suficientemente débiles para poder ser utilizadas en la Tierra una a una. El Pequeño Doctor no se podría utilizar en un planeta. De todas formas, me hubiera gustado tenerlo en la Segunda Invasión.

—¿Cómo funciona?

—No lo sé, por lo menos no lo suficiente para construir uno. Justo en el punto focal de dos rayos, erige un campo en el que las moléculas ya no se pueden mantener unidas. No pueden compartir electrones. ¿Conoces algo de física de ese nivel?

—Dedicamos casi todo el tiempo a la astrofísica, pero sé lo suficiente para hacerme una idea.

—El campo se extiende formando una esfera, pero se debilita cuanto más se extiende. Con la particularidad de que donde choca contra muchas moléculas se fortalece y empieza otra vez. Cuanto más grande es la nave, más fuerte es el nuevo campo.

—Así que cada vez que el campo acierta a una nave, forma una nueva esfera.

—Y si sus naves están muy juntas, puede disparar una cadena que las barre todas. Entonces el campo se extingue, las moléculas vuelven a juntarse, y donde antes había una nave hay ahora una masa uniforme con muchas moléculas de hierro. Ni radiactividad ni suciedad. Sólo masa uniforme. Quizá podamos cogerles juntos en la primera batalla, pero aprenden rápidamente. En las siguientes guardarán las distancias.

—Así que el doctor Ingenio no es un misil. No puedo dispararlo desde detrás de una esquina.

—Eso es. Ahora los misiles no servirían para nada. En la Primera Invasión aprendimos mucho de ellos, pero también ellos aprendieron de nosotros; a erigir el Escudo Estático, por ejemplo.

—¿Atraviesa ese escudo el Pequeño Doctor?

—Como si no estuviera. El escudo no te deja ver para apuntar y enfocar los rayos, pero como el generador del Escudo Estático está siempre en el mismo centro, no es difícil localizarlo.

—¿Por qué no se me ha enseñado a manejarlo?

—Se te ha enseñado. Nos limitamos a dejar que el ordenador se ocupase de ello. Tu trabajo era obtener una posición estratégicamente superior y elegir un blanco. Los ordenadores de abordo son mucho mejores que tú para usar al Pequeño Doctor.

—¿Por qué se llama doctor Ingenio?

—Cuando se desarrolló, se le llamó Ingenio de Desintegración Molecular, Ingenio M. D. Ender seguía sin entender.

—M.D., las iniciales inglesas de Médico. Ingenio M.D., y de ahí a doctor Ingenio. Era un chiste.

Ender no le vio la gracia.

Le cambiaron el simulador. Seguía teniendo la posibilidad de controlar la perspectiva y el grado de detalle, pero ya no había controles de naves. Había en cambio un panel de palancas, y unos pequeños auriculares con audífonos y un pequeño micrófono.

El técnico que le esperaba le enseñó a ponerse los auriculares.

—Pero, ¿cómo gobiernan las naves?

Mazer se lo explicó. Ya no iba a gobernar naves.

—Has llegado a la siguiente fase de tu adiestramiento. Tienes suficiente experiencia en todos los niveles de estrategia, pero ha llegado la hora de que te concentres en el mando de toda una flota. Al igual que en la Escuela de Batalla trabajabas con jefes de batallón, ahora trabajarás con jefes de escuadrón. Se te han asignado tres docenas de jefes, que tienes que adiestrar. Tienes que enseñarles tácticas inteligentes; tienes que mostrarles sus posibilidades y sus limitaciones; tienes que convertirlos en un equipo.

—¿Cuándo vendrán?

—Ya están aquí, en sus propios simuladores. Te dirigirás a ellos a través de los auriculares. Las nuevas palancas de tu panel de control te permiten ver desde la perspectiva de cualquier jefe de escuadrón. Eso produce con casi total fidelidad las condiciones que puedes encontrar en una batalla real, donde sólo verás lo que vean tus naves.

—¿Cómo voy a trabajar con jefes de escuadrón que no veo nunca?

—¿Para qué necesitas verlos?

—Para saber quiénes son, cómo piensan...

—Sabrás quiénes son y cómo piensan por lo que hacen en el simulador. Pero de todas formas, creo que no debes preocuparte. En este momento te están escuchando. Ponte los auriculares para que puedas oírlos.

Ender se puso los auriculares.

—Salaam —dijo un susurro a sus oídos.

—Alai —dijo Ender.

—Y yo, el enano.

—Bean.

Y Petra, y Dink; Crazy Tom, Shen, Hot Soup, Fly Molo, los mejores estudiantes que habían luchado con o contra Ender, todos aquellos en los que Ender había confiado en la Escuela de Batalla.

—No sabía que estabais aquí —dijo—. No sabía que ibais a venir.

—Llevan ya tres meses flagelándonos con el simulador —dijo Dink.

—Ya te darás cuenta de que soy el mejor táctico con mucho —dijo Petra—. Dink hace lo que puede, pero tiene la mentalidad de un niño.

Y empezaron a trabajar juntos, cada jefe de escuadrón al mando de pilotos y Ender al mando de los jefes de escuadrón. Aprendieron muchas formas de actuar juntos, pues el simulador les ponía a prueba en diferentes situaciones. Algunas veces, el ordenador les daba una flota grande, y Ender los organizaba en tres o cuatro batallones constituidos por tres o cuatro escuadrones cada uno. Algunas veces, el ordenador les daba una sola astronave con sus doce cazas, y Ender elegía a tres jefes de escuadrón y les asignaba tres o cuatro cazas a cada uno.

Era diversión; era un juego. El enemigo controlado por el ordenador no era demasiado brillante, y siempre ganaban, a pesar de sus errores, a pesar de sus problemas de comunicación. Pero en las tres semanas que habían hecho prácticas juntos, Ender llegó a conocerles muy bien. Dink, que cumplía con la máxima destreza todas las instrucciones que se le daban, pero que era lento a la hora de improvisar; Bean, que no podía controlar bien grandes grupos de naves, pero que podía utilizar unas pocas como un escalpelo, reaccionando maravillosamente a lo que el ordenador le echara; Alai, que era casi tan buen estratega como Ender y al que se le podía confiar la mitad de la flota dándole sólo instrucciones vagas.

Cuanto mejor les conocía, con más velocidad podía desplegarlos, mejor podía utilizarlos. El simulador presentaría la situación en la batalla. Ender conocería en ese mismo momento la composición de su flota y cómo estaba desplegada la flota enemiga. Ahora necesitaría unos minutos para llamar a los jefes de escuadrón que necesitaría, para asignarles ciertas astronaves o grupos de astronaves, y para darles sus instrucciones. Luego, a medida que se desarrollaba la batalla, saltaría del punto de vista de un jefe al de otro, dando consejos y, si era necesario, dando órdenes. Como los demás sólo podían ver su propia perspectiva de la batalla, algunas veces les daba órdenes que para ellos no tenían ningún sentido; pero también ellos aprendieron a confiar en Ender. Si les decía que se retiraran, se retiraban, sabiendo que o estaban en una situación comprometida o que su retirada atraería al enemigo a una situación de debilidad. También sabían que, cuando Ender no les daba ninguna orden, confiaba en que harían lo que juzgaran más conveniente. Si su forma de combatir no fuera la adecuada para la situación en la que habían sido puestos, Ender no les habría elegido para esa misión.

La confianza era total, y el trabajo de la flota, rápido y positivo. Y al cabo de tres semanas, Mazer les presentó una repetición de sus batallas más recientes, pero ahora desde el punto de vista del enemigo.

—Esto es lo que veía cuando le atacabas. ¿Te dice algo? La rapidez de la respuesta, por ejemplo.

—Parecemos una flota insectora.

—Les has igualado, Ender. Eres tan rápido como ellos. Y mira esto.

Ender vio a todos sus escuadrones moviéndose a la vez, cada uno respondiendo a su situación particular, todos guiados por la táctica global de Ender, pero osando, improvisando, amagando, atacando con una independencia que ninguna flota insectora había demostrado nunca.

—La mente-colmena insectora es muy buena, pero sólo se puede concentrar en unas pocas cosas a la vez. Todos y cada uno de tus escuadrones pueden concentrar una inteligencia lúcida en lo que hacen, y lo que se les ha dicho que hagan está guiado también por una mente inteligente. Así que ya ves que sí tienes algunas ventajas. Armamento superior, aunque no irresistible; velocidad comparable y más inteligencia disponible. Estas son tus ventajas. Tu desventaja es que siempre, siempre, el enemigo te superará en número, y tras cada batalla aprenderá más cosas sobre ti y sobre la forma de enfrentarse a ti, y pondrá en práctica esos cambios inmediatamente. Ender esperaba las conclusiones.

—Ender, ahora empieza tu educación. Hemos programado el ordenador para que simule situaciones previsibles en encuentros con el enemigo. Vamos a utilizar las pautas de movimientos que vimos en la Segunda Invasión. Pero en vez de seguir esas pautas al pie de la letra, yo controlaré las simulaciones del enemigo. En principio te encontrarás con situaciones fáciles que es de esperar ganes con comodidad. Aprende de ellas, porque yo estaré siempre ahí, un paso delante de ti, programando en el ordenador situaciones más difíciles y sofisticadas, para que tu siguiente batalla sea más difícil, para llevarte al límite de tus posibilidades.

—¿Y después?

—Tenemos poco tiempo. Debes aprender a la mayor velocidad posible. Cuando me dediqué a viajar en astronaves, con el único objeto de estar vivo cuando tú aparecieras, mi mujer y mis hijos murieron, y mis nietos tenían mi edad cuando volví. No tenía nada que decirles. Estaba desconectado de todas las personas que quería, de todo lo que conocía, y viví en esta catacumba extraña, obligado a no hacer nada importante sino enseñar a un estudiante detrás de otro, todos tan

prometedores; todos, al final, malogrados. Fracasos. Les enseño, les enseño, pero ninguno aprende. Tú también eres una gran promesa, como tantos otros estudiantes que vinieron antes que tú, pero también en ti puede estar la semilla del fracaso. Mi trabajo es encontrarla, destruirte si puedo, y créeme, Ender, si se te puede destruir, yo puedo hacerlo.

—Así que no soy el primero.

—No, claro que no. Pero eres el último. Si no aprendes no tendremos tiempo para encontrar a ningún otro. Por eso deposito mi esperanza en ti, simplemente porque eres el único que queda para depositar mi esperanza.

—¿Y los otros? ¿Mis jefes de escuadrón?

—¿Quién puede ocupar tu puesto?

—Alai.

—Sé sincero.

Ender no pudo decir nada.

—No soy feliz, Ender. La humanidad no nos pide que seamos felices. Sólo nos pide ser brillantes en su nombre. Primero la supervivencia, luego la felicidad que podamos alcanzar. Así que, Ender, espero que mientras dure tu adiestramiento no me aburras con quejas de que no te diviertes. Saca el placer que puedas en los intersticios de tu trabajo, pero tu trabajo es lo primero, aprender es lo primero, vencerlo es todo porque sin eso no hay nada. Cuando me puedas devolver a mi mujer muerta, Ender, puedes quejarte de lo que te cuesta tu educación.

—No intentaba eludir nada.

—Pero lo harás, Ender. Porque te voy a hacer polvo, si puedo. Te voy a golpear con todo lo que pueda imaginar, y no tendré piedad, porque cuando te enfrentes a los insectores pensarán cosas que yo no puedo ni imaginar, y la compasión por los seres humanos es algo imposible para ellos.

—Tú no me puedes hacer polvo, Mazer.

—¿No?

—Porque soy más fuerte que tú. Mazer sonrió.

—Ya lo veremos, Ender.

Mazer le despertó antes del amanecer; el reloj marcaba las 03.40, y Ender se sentía mareado cuando, detrás de Mazer, caminaba por el corredor con pasos silenciosos.

—A quien madruga —entonó Mazer— Dios pone zancadillas.

Había soñado que los insectores le viviseccionaban. Pero en vez de trincar su cuerpo, trinchaban sus recuerdos y los proyectaban como holografías e intentaban extraer algún sentido. Había sido un sueño muy extraño, y Ender no conseguía sacudírselo de encima, incluso mientras caminaba por los túneles hacia la sala del simulador. Los insectores le atormentaban cuando estaban dormido y Mazer no le dejaría en paz cuando estuviera despierto. Entre uno y otro, no tenía ningún descanso. Ender se obligó a desperezarse. Parecía que Mazer hablaba en seno cuando dijo que intentaría destrozarse a Ender; y obligarle a jugar cuando estaba cansado y somnoliento era precisamente el tipo de truco fácil y barato que Ender debería haber esperado. Bien, hoy no funcionaría.

Llegó al simulador y encontró a sus jefes de escuadrón en la línea, esperándole. Todavía no había ningún enemigo, por lo que los dividió en dos escuadras y montó un simulacro de batalla, mandando a los dos contendientes y controlando la prueba a la que había sometido a cada uno de sus jefes. Comenzaron con lentitud, pero pronto empezaron a actuar con vigor y atención.

Entonces, el simulador se puso en blanco, las naves desaparecieron, y todo cambió de repente. En el borde más cercano del campo del simulador se veían las formas, dibujadas con luces hológrafas, de tres astronaves de la flota humana. Cada una tendría doce cazas. El enemigo, obviamente conocedor de la presencia humana, había formado un globo con una sola nave en el centro. Ender no se dejó embaucar; no sería la nave reina. Los insectores doblaban en número a la fuerza de caza de Ender, pero también estaban mucho más apiñados de lo que deberían estar. El doctor Ingenio estaría en disposición de hacer mucho más daño de lo que el enemigo esperaba.

Ender seleccionó una astronave, la hizo destellar en el campo del simulador, y habló por el micrófono:

—Alai, ésa es tuya; asigna los cazas a Petra y a Vlad a tu voluntad. —Asignó las otras dos astronaves con sus fuerzas de caza, con excepción de un caza de cada astronave, que reservó para Bean—. Corre la pared y ponte debajo de ellos, ano ser que intenten darte caza; en tal caso, retrocede hacia las reservas y ponte a salvo; en caso contrario, sitúate en un lugar donde pueda requerir de ti resultados rápidos. Alai, haz una formación compacta para emprender un asalto a un punto de su globo. No dispaes hasta que te lo diga. No es más que una maniobra.

—Esta va a ser fácil, Ender —dijo Alai.

—Es fácil, pero <por qué no tener cuidado? Me gustaría hacerlo sin perder ni una sola nave.

Ender agrupó sus reservas en dos fuerzas que cubrían a Alai desde un lugar seguro; Bean ya se había salido del simulador, aunque, de vez en cuando, Ender conectaba el punto de vista de Bean para saber dónde estaba.

De todas formas, era Alai el que desempeñaba el papel más delicado con el enemigo. Había organizado una formación en forma de bala, y tanteaba el globo enemigo. Allá donde se acercaba, las naves insectoras se retiraban, como si quisieran atraerle hacia la nave del centro. Alai se desviaba hacia un lado; las naves insectoras seguían su movimiento, retirándose de donde pasaba, volviendo a la formación esférica cuando había pasado.

Amaga, se retira, roza el globo por otro sitio, se retira otra vez, amaga otra vez; y entonces Ender dijo:

—Entra adentro, Alai.

Su grupo en forma de bala empezó a entrar, mientras decía a Ender:

—Sabes que me dejarán pasar y me rodearán y me comerán vivo.

—Basta que ignores a esa nave del centro.

—Lo que digas, jefe.

Efectivamente, el globo comenzó a contraerse. Ender adelantó las reservas; las naves enemigas se concentraron en el lado del globo más cercano a las reservas.

—Atácalos ahí, donde están más concentrados —dijo Ender.

—Esto desafía cuatro mil años de historia militar —dijo Alai mientras adelantaba sus cazas—. Se supone que tenemos que atacar donde seamos superiores en número.

—Está claro que en esta simulación no saben lo que pueden hacer nuestras armas. Sólo funcionará una vez, pero hagámoslo de una forma espectacular. ¡Dispara a discreción!

Alai lo hizo. La simulación respondió maravillosamente: primero una o dos, luego una docena, luego la mayoría de las naves enemigas explotaron en un resplandor de luz, a medida que el campo saltaba de una nave a otra nave de la apretada formación.

—Mantente alejado —dijo Ender.

Las naves del lado alejado de la formación en globo no resultaron afectadas por la reacción en cadena, pero fue fácil cazarlas y destruirlas. Bean se ocupó de los rezagados que intentaban escapar hacia su confín del espacio. La batalla había concluí-do. Había sido más fácil que casi todas sus prácticas recientes.

Mazer se encogió de hombros cuando Ender se lo dijo.

—Se trata de una simulación de una invasión real. Tenía que haber una batalla en la que no supieran lo que podíamos hacer. Ahora es cuando empieza tu labor. No te envanezcas por la victoria. Pronto te enfrentaré a una situación verdaderamente comprometida.

Ender practicaba con sus jefes de escuadrón diez horas diarias, pero no con todos a la vez. Les daba unas horas de descanso al mediodía. Cada dos o tres días efectuaban batallas simuladas, bajo la supervisión de Mazer, y, tal como le había prometido, ninguna volvió a ser tan fácil. El enemigo abandonó rápidamente su intento de rodear a Ender, y no volvió a agrupar sus fuerzas hasta el punto de permitir la reacción en cadena. Cada vez había algo nuevo, algo más difícil todavía. Algunas veces, Ender tenía sólo una astronave y ocho cazas; una vez, el enemigo se escondió en un cinturón de asteroides; otras veces, el enemigo dejaba trampas estacionarias, grandes instalaciones que explotaban si Ender acercaba demasiado uno de sus escuadrones, e inutilizaban o destruían con cierta frecuencia algunas naves de Ender.

—¡No puedes reponer pérdidas! —le gritó Mazer en una batalla—. En una batalla real no te podrás permitir el lujo de tener un suministro infinito de cazas generados por ordenador. Tendrás lo que hayas traído contigo y nada más. Acostúmbrate ahora a combatir sin pérdidas innecesarias.

—No son pérdidas innecesarias —dijo Ender—. No puedo ganar batallas si el miedo de perder una nave me impide arriesgarme.

Mazer sonrió.

—Muy bien, Ender. Estás comenzando a aprender. Pero en una batalla real estarás rodeado de oficiales de rango superior y, lo que es peor, de civiles que te gritarán todas estas cosas. Veamos esta batalla. Si el enemigo hubiera sido mínimamente brillante te habría cazado aquí y habría capturado el escuadrón de Tom.

Juntos, repasaron la batalla; en la siguiente práctica, Ender enseñaría a sus jefes lo que Mazer le había demostrado, y la próxima vez que se vieran en esa situación la resolverían mejor.

Creían que ya estaban preparados, que habían funcionado perfectamente en equipo. Ahora, sin embargo, tras enfrentar juntos situaciones comprometidas, comenzaron a confiar unos en otros más que nunca, y las batallas eran cada vez más estimulantes. Dijeron a Ender que los que no jugaran estarían en las salas de los simuladores y observarían. Ender intentó imaginarse lo que significaría tener a sus amigos allí, con él, vitoreando o riendo o cortándoseles la respiración; algunas veces pensaba que le distraerían demasiado, pero otras veces lo anhelaba con todas sus fuerzas. Ni siquiera cuando se pasaba el día tumbado al sol en una balsa en un lago había estado tan solo. Mazer Rackham era su compañero, era su maestro, pero no era su amigo.

Sin embargo, no dijo nada. Mazer le había dicho que no habría piedad, y su infelicidad personal no significaba nada para nadie. La mayor parte del tiempo no significaba nada ni para Ender. Mantuvo su mente en el juego, intentando aprender de las batallas. Y no sólo las lecciones concretas de esa batalla concreta, sino lo que los insectores podrían haber hecho si hubieran sido más listos, y cómo reaccionaría Ender si lo hicieran en el futuro. Vivía con batallas pasadas y batallas futuras, despierto y dormido. Y dirigía a sus jefes de escuadrón con una energía que algunas veces provocaba rebeliones.

—Eres demasiado amable con nosotros —dijo Alai un día—. ¿Por qué no te enfadas con nosotros por no ser brillantes en cada momento de cada práctica? Si nos sigues mimando así llegaremos a creer que te gustamos.

Algunos se rieron por los micrófonos. Naturalmente, Ender captó la ironía, y respondió con un largo silencio. Cuando por fin habló, ignoró la queja de Alai.

—Otra vez —dijo—, y esta vez sin autocompasión.

Lo hicieron otra vez, y otra vez.

Pero a medida que crecía su confianza en Ender como comandante, desaparecía su amistad, traída en la memoria desde la Escuela de Batalla. Estrechaban su relación entre ellos; se intercambiaban confianzas entre ellos. Ender era su profesor y su comandante, tan distante de ellos como Mazer lo estaba de él, y tan exigente.

Ello les hizo combatir mejor. Y nada distraía a Ender de su trabajo.

Por lo menos, cuando estaba despierto. En cuanto se arrastraba a dormir por las noches, lo hacía con recuerdos del simulador jugueteando en su mente. Pero por la noche pensaba en otras cosas. Se acordaba con frecuencia del cadáver del Gigante, descomponiéndose constantemente; no se acordaba, sin embargo, de los pixels de la imagen de la consola. Era real, el apagado olor de la muerte seguía pegado a él. En sus sueños, las cosas habían cambiado. La pequeña aldea que había crecido entre las costillas del Gigante estaba poblada ahora por insectores, y le saludaban con gravedad, como gladiadores saludando a César antes de morir para divertirlo. En sus sueños no odiaba a los insectores; y aunque sabía que escondían a la reina para que no la encontrara, no intentaba buscarla. Siempre abandonaba el cuerpo del Gigante rápidamente, y cuando llegaba al patio de recreo, los niños estaban allí siempre, lobunos y burlones; tenían caras que conocía. Algunas veces Peter y algunas veces Bonzo, algunas veces Stilson y Bernard; con no menos frecuencia, sin embargo, las criaturas salvajes eran Alai y Shen, Dink y Petra; algunas veces, uno de los niños-lobo era Valentine, y en su sueño la metía bajo el agua y esperaba a que se ahogase.

Valentine se retorció en sus manos, luchaba por asomar la cabeza, pero al final se quedaba quieta. Ender la sacaba del agua y la subía a la balsa, donde yacía con el rictus de la muerte en la cara. Ender chillaba y sollozaba sobre ella, y gritaba una y otra vez que era un juego, un juego, que sólo estaba jugando.

Entonces Mazer Rackham le sacudió hasta despertarle.

—Gritabas en sueños —dijo.

—Lo siento —dijo Ender.

—No te preocupes. Es hora de tener otra batalla.

El ritmo creció constantemente. Ahora había normalmente dos batallas diarias, y Ender redujo las prácticas al mínimo. Utilizaría el tiempo en que los demás descansaban para reflexionar sobre repeticiones de juegos pasados, intentando captar sus propios puntos débiles, intentando adivinar qué pasaría a continuación. Algunas veces estaba perfectamente preparado para las innovaciones del enemigo; otras, no.

—Creo que me está haciendo trampa —dijo Ender a Mazer un día.

—¿Qué?

—Usted puede observar mis sesiones prácticas. Puede ver lo que preparo. Da la impresión de que está preparado para todo lo que hago.

—La mayoría de lo que ves son simulaciones por ordenador —dijo Mazer—. Y el ordenador está programado para responder a tus innovaciones únicamente cuando las hayas utilizado en una batalla.

—Entonces el ordenador hace trampas.

—Necesitas dormir más, Ender.

Pero no podía dormir. Cada noche yacía despierto más tiempo, y su sueño era menos sosegado. Se despertaba con demasiada frecuencia por la noche. No estaba seguro de si se despertaba para reflexionar más sobre el juego o para escapar de los sueños. Era como si alguien le condujera en su sueño, obligándole a vagar por sus peores recuerdos, a vivirlos otra vez como si fueran reales. Las noches eran tan reales que los días empezaron a parecerle sueños. Comenzó a preocuparle la idea de que no pensaba con la suficiente claridad, de que estaba demasiado cansado para jugar. Siempre, cuando daba principio cada juego, su intensidad le despertaba pero, «si mi capacidad mental sufriera algún lapsus —se preguntaba—, ¿lo notaría?».

Y parecía tener lapsus. Ya no libraba batallas en las que no perdiera por lo menos algún caza. Varias veces, el enemigo le descubrió más puntos flacos que los que había pensado tener; otras veces, el enemigo pudo consumirle por desgaste hasta que la victoria cayó de su lado más por suerte que por estrategia. Mazer repasaría el juego con una mueca de disgusto en la cara. «Fíjate —diría—, no tenías que haber hecho esto.» Y Ender volvería a hacer prácticas con sus jefes, intentando mantener alta su moral, pero mostrando algunas veces su disgusto por sus fallos, por cometer errores.

—Algunas veces, cometemos errores —le susurró Petra una vez. Era una súplica de ayuda.

—Y algunas veces, no —contestó Ender.

Si alguien le iba a ayudar, no sería él. El enseñaría; que busque amigos entre los demás.

Luego llegó una batalla que estuvo a punto de terminar en un desastre. Petra llevó sus fuerzas demasiado lejos; quedaron al descubierto, y Petra se dio cuenta cuando Ender no estaba con ella. En unos minutos había perdido todas sus naves, menos dos. Ender lo descubrió en ese momento; le ordenó que las desplazara en una determinada dirección; Petra no respondió. Las naves no se movían. En un momento se perderían también esos dos cazas.

Ender supo instantáneamente que la había presionado demasiado; impelido por su brillantez, la había requerido con mucha más frecuencia y en circunstancias más exigentes que al resto, excepto unos pocos. Pero ahora no tenía tiempo para preocuparse por Petra, o para sentirse culpable por lo que le había hecho. Llamó a Crazy Tom para que tomara el mando de los dos cazas que quedaban y luego siguió intentando sacar adelante esa batalla; Petra había ocupado una posición clave, y ahora toda la estrategia de Ender se venía abajo. Si el enemigo no hubiera sido tan impaciente y tan torpe a la hora de explotar su ventaja, Ender habría perdido. Pero Shen pudo

sorprender a un grupo de enemigos en una formación demasiado compacta y los eliminó con una sola reacción en cadena. Crazy Tom metió sus dos cazas supervivientes por el intersticio y causó estragos al enemigo, y aunque al final tanto sus naves como las de Shen quedaron destruidas, Fly Molo pudo hacer limpieza y completar la victoria.

Al final de la batalla pudo oír los gritos de Petra intentando acercarse a un micrófono.

—¡Decidle que lo siento! estaba tan cansada que no podía pensar, eso es todo; decid a Ender que lo siento.

Faltó a unas cuantas prácticas, y cuando volvió ya no era tan rápida como había sido, ni tan osada. Había perdido lo que la había convertido en un buen comandante. Ender ya no podría utilizarla más, excepto en misiones rutinarias bajo estrecha supervisión. Petra no era tonta. Sabía lo que había pasado. Pero también sabía que Ender no tenía otra alternativa, y se lo dijo.

Quedaba el hecho de que se había roto, y estaba lejos de ser su jefe de batallón más débil. Era un aviso; no podía presionar a sus comandantes más allá de sus fuerzas. Ahora, en vez de utilizar a sus jefes cada vez que tenía necesidad de sus capacidades, tenía que tener en cuenta la frecuencia con que habían combatido. Tenía que distribuirlos por turnos, lo que significaba que algunas veces entraba en batalla con los comandantes que menos confianza le inspiraban. A medida que mitigaba la presión sobre ellos, aumentaba la presión sobre sí mismo.

Una noche, el dolor le despertó. Había sangre en su almohada, había sabor a sangre en su boca. Los dedos le daban punzadas. Descubrió que se los había estado royendo mientras dormía. Todavía salía algo de sangre,

—Mazer—gritó.

Rackham se despertó y llamó rápidamente a un médico.

Mientras el doctor trataba la herida, Mazer dijo:

—No me importa lo que comas, Ender. El autocanibalismo no te sacará de la escuela.

—Estaba dormido —dijo Ender—. No quiero salir de la Escuela de Alto Mando.

—Me alegro.

—Los demás. Los que no pasaron.

—¿Que dices?

—Antes que yo. Sus otros estudiantes, los que no pasaron el curso. ¿Qué les pasó?

—No lo pasaron. Nada más. No castigamos a los que fracasan. Simplemente, no van.

—Como Bonzo.

—¿Bonzo?

—Se fue a casa.

—Como Bonzo, no.

—¿Entonces? ¿Qué les pasó? ¿Cuándo fracasaron?

—¿Qué más da, Ender? Ender no respondió.

—Ninguno fracasó a estas alturas del curso, Ender. Cometiste un error con Petra. Se recuperará. Pero Petra es Petra, y tú eres tú.

—Ella es parte de lo que yo soy. La parte que ella hizo.

—Tú no fracasarás, Ender. No tan pronto. Has pasado por algunos aprietos, pero siempre has ganado. Todavía no conoces tus límites, pero si ya has llegado a ellos, eres mucho más débil de lo que yo creía.

—¿Mueren?

—¿Quién?

—Los que fracasan.

—No, no mueren. Dios mío, muchacho, ¿a qué juegas?

—Creo que Bonzo murió. Lo soñé la noche pasada. Recordé su mirada después de que le aplastara la cara con la cabeza. Creo que le engasté la nariz en el cerebro. Le salía sangre por los ojos. Creo que en ese momento ya estaba muerto.

—Es sólo un sueño.

—Mazer, no quiero seguir soñando estas cosas. Me da miedo dormir. No dejo de pensar en cosas que no quiero recordar. Veo toda mi vida representada como si fuera un magnetoscopio y otra persona quisiera ver las partes más terribles de mi vida.

—No podemos administrarte drogas, si es eso lo que buscas. Siento que tengas malos sueños. ¿Quieres que dejemos la luz encendida?

—¡No se ría de mí! —dijo Ender—. Tengo miedo de volverme loco.

El doctor había acabado de venderle. Mazer le dijo que podía irse. Se fue.

—¿De verdad tienes ese miedo? —preguntó Mazer.

Ender reflexionó y no estaba seguro.

—En mis sueños —dijo Ender—, nunca estoy seguro de ser yo.

—Los sueños extraños son una válvula de escape, Ender. Por primera vez en tu vida estás viviendo bajo una pequeña presión. Tu cuerpo busca la forma de compensarla, nada más. Ya eres un chico grande. Es hora de que dejes de tener miedo a la noche.

—De acuerdo —dijo Ender. Y entonces tomó la decisión de no volver a hablar de sus sueños con Mazer.

Los días desfilaban, con batallas cada día, hasta que al final Ender se instaló en la rutina de la destrucción de sí mismo. Comenzó a dolerle el estómago. Le pusieron a dieta, pero en seguida perdió el apetito. «¡Come!», decía Mazer, y Ender se llevaba mecánicamente la comida a la boca. Pero si nadie le decía que comiera, no comía.

Otros dos jefes de escuadrón se derrumbaron como Petra; la presión sobre los demás creció. Ahora el enemigo les triplicaba o cuadruplicaba en número en todas las batallas; además, se retiraban con mayor rapidez cuando las cosas les iban mal, y se reagrupaban y prolongaban las batallas cada vez más; algunas veces duraban horas, hasta que al final destruían a la última nave enemiga. Ender comenzó a cambiar a sus jefes de batallón en la misma batalla, haciendo entrar a los que estaban frescos y descansados para que ocuparan el lugar de los que estaban empezando a mostrar torpeza y falta de reflejos.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Bean una vez al tomar el mando de los cuatro cazas restantes de Hot Soup—, este juego no es tan divertido como solía ser.

Un día en una práctica, cuando Ender estaba instruyendo a sus jefes de batallón, la sala se ennegreció y se despertó en el suelo, con la cara ensangrentada allá donde había golpeado los controles.

Entonces le metieron en la cama y estuvo muy enfermo tres días. Recordaba haber visto caras en sus sueños, pero no eran caras reales, y lo sabía incluso mientras creía que las veía. Creía algunas veces que veía a Valentine, y algunas veces a Peter; algunas veces a sus amigos de la Escuela de Batalla, y otras veces a los insectores viviseccionándole. Una vez parecía muy real, cuando vio al coronel Graff inclinado sobre él, hablándole en voz baja, como un padre afectuoso. Pero entonces se despertó y sólo encontró a su enemigo, Mazer Rackham.

—Estoy despierto —dijo Ender.

—Ya lo veo —contestó Mazer—. Has tardado mucho. Hoy tienes una batalla.

Así que Ender se levantó y libró la batalla y la ganó. Pero ese día no había otra batalla y le dejaron irse a la cama pronto. Al desnudarse, le temblaban las manos.

Durante esa noche creyó sentir unas manos que le tocaban afectuosamente. Manos llenas de cordialidad, y de afecto. Soñó que oía voces.

—No has sido muy amable con él.

—No era ésa mi misión.

—¿Cuánto tiempo puede seguir así? Se está desmoronando.

—Suficiente. Ya casi se ha terminado.

—¿Tan pronto?

—Unos días más y todo habrá pasado.

—¿Cómo lo logrará si está en este estado?

—Bien. Hoy ha combatido mejor que nunca.

En su sueño, las voces parecían la del coronel

Graff y la de Mazer Rackham. Pero los sueños eran así, podían pasar las cosas más disparatadas, porque soñó que una de las voces decía: «No puedo resistir ver lo que se le está haciendo.» Y la otra voz contestaba: «Lo sé. Yo también le quiero.» Y entonces se convinieron en Valentine y Alai, y en su sueño le estaban enterrando, sólo que donde tendieron su cuerpo creció una colina, y se secó y se convirtió en una casa de insectores, como el Gigante.

Sólo era un sueño. Si alguien sentía amor y compasión por él, era sólo en sus sueños.

Se despertó y libró otra batalla y ganó. Luego se fue a la cama y durmió otra vez y soñó otra vez, y luego se despertó y ganó otra vez, y durmió otra vez y casi no sabía cuándo estaba despierto y cuándo estaba durmiendo. Ni le importaba.

El día siguiente era su último día en la Escuela de Alto Mando, aunque él no lo sabía. Mazer Rackham no estaba en su habitación cuando se despertó. Se duchó y se vistió, y esperó a que Mazer viniera a abrir la puerta. No venía. Ender probó a abrir la puerta. Estaba abierta.

¿Le había dejado libre Mazer esa mañana por accidente? No había nadie junto a él que le dijera que debía comer, que debía ir a hacer prácticas, que debía dormir. Libertad. El problema era que no sabía qué hacer. Se le ocurrió la idea de encontrarse con sus jefes de escuadrón, hablar con ellos cara a cara, pero no sabía dónde estaban. Por lo que sabía, podían estar a veinte kilómetros. Por eso, tras vagar por los túneles un rato, fue al comedor y tomó el desayuno junto a unos marines que contaban chistes verdes, que Ender no entendía en absoluto. Después fue a la sala del simulador a hacer prácticas. Aunque era libre, no se le ocurría otra cosa.

Mazer le esperaba. Ender entró a paso lento en la sala. Arrastraba ligeramente los pies, y estaba cansado y apagado.

Mazer frunció el ceño.

—¿Estás despierto, Ender?

Había más personas en la sala del simulador. Ender se preguntó por qué estaban allí, pero no se molestó en preguntar. No merecía la pena preguntar; nadie le contestaría. Se dirigió a los controles del simulador y se sentó, listo para empezar.

—Ender Wiggin —dijo Mazer—. Date la vuelta, por favor. El juego de hoy requiere una pequeña explicación.

Ender se dio la vuelta. Miró fijamente a los hombres reunidos en el fondo de la sala. A la mayoría no les había visto nunca. Algunos incluso vestían de paisano. Vio a Anderson y se preguntó qué haría allí, quién se ocuparía de la Escuela de Batalla si él no estaba. Vio a Graff y recordó el lago en los bosques en las afueras de Greensboro, y quería irse a casa. «Llévame a casa —dijo en silencio a Graff—. En mis sueños me dijiste que me querías. Llévame a casa.»

Pero Graff se limitó a mover la cabeza, un saludo, no una promesa, y Anderson actuaba como si no le viera.

—Presta atención, por favor, Ender. Hoy es tu examen final en la Escuela de Alto Mando. Estos observadores están aquí para evaluar lo que has aprendido. Si prefieres que no estén en la sala mirarán por otro simulador.

—Pueden estar.

Examen final. Después de hoy, a lo mejor podía descansar.

—Para que ésta sea una prueba imparcial de tu capacidad, y no algo parecido a lo que has practicado muchas veces; y además para que te enfrentes a situaciones que no te has encontrado antes, la batalla de hoy introduce un elemento nuevo. Está escenificada en torno a un planeta. Ello influirá en la estrategia del enemigo, y te obligará a improvisar. Por favor, hoy concéntrate en el juego.

Ender hizo señas a Mazer para que se acercase, y le preguntó en voz baja:

—¿Soy el primer estudiante que llega tan lejos?

—Si ganas hoy, Ender, serás el primer estudiante que lo hace. No estoy autorizado a decirte más.

—Bueno, yo sí estoy autorizado para oírlo.

—Mañana puedes ser todo lo petulante que quieras. Hoy, sin embargo, te agradecería que te concentraras en el examen. No echemos por la borda todo lo que has hecho hasta ahora. Dime, ¿qué harás con el planeta?

—Tengo que poner a alguien detrás, o será un punto ciego.

—Cierto.

—Y la gravedad influirá en el consumo de combustible; es más barato bajar que subir.

—Sí.

—¿Funciona el Pequeño Doctor contra los planetas?

La cara de Mazer se puso rígida.

—Ender, los insectores nunca atacaron a la población civil en ninguna de sus invasiones. Tú decidirás si es correcto adoptar una estrategia que invitaría a las represalias.

—¿Es el planeta lo único nuevo?

—¿Te acuerdas de la última vez que te di una batalla con una sola cosa nueva? Permíteme que te diga, Ender, que hoy no seré amable contigo. He contraído con la flota la responsabilidad de no graduar a un estudiante de segunda categoría. Haré lo que pueda contra ti, Ender, y no tengo ningunas ganas de mimarte. Si tienes en cuenta todo lo que sabes sobre ti y todo lo que sabes sobre los insectores, tendrás una razonable posibilidad de éxito.

Mazer salió de la sala.

Ender habló por el micrófono.

—¿Estáis ahí?

—Todos —dijo Bean—. Un poco tarde para hacer prácticas esta mañana, ¿no?

O sea, que no se lo habían dicho a los jefes de escuadrón. Ender acarició la idea de decirles lo importante que era esa batalla para él, pero decidió que no era conveniente que tuvieran en mente una preocupación más.

—Lo siento —dijo—. Me he dormido.

Se rieron. No se lo creían.

Les indicó maniobras de calentamiento para la batalla que se avecinaba. Le costó más de lo normal aclarar sus ideas, concentrarse en el mando, pero enseguida recuperó el ritmo, respondiendo rápidamente, pensando bien. «O, por lo menos —se dijo a sí mismo—, pensando que pienso bien.»

El campo del simulador se aclaró. Ender esperó a que saliera el juego. «¿Qué pasará si paso este examen? ¿Hay más escuelas? ¿Otro año o dos de adiestramiento penoso, otro año de aislamiento, otro año de gente empujándome hacia aquí y hacia allá, otro año sin control de mi propia vida?» Intentó recordar su edad. Once años. ¿Cuántos años hacía que cumplió once años? ¿Cuántos días? Debía haber sido aquí, en la Escuela de Alto Mando, pero no se acordaba del día. Puede que ese día no se hubiera acordado. Nadie se había acordado, excepto tal vez Valentine.

Y mientras esperaba que saliera el juego, deseaba perderlo, perder la batalla del todo y completamente, para que le expulsaran, como a Bonzo, y le dejaran irse a casa. Bonzo había sido destinado a Cartagena. Él quería ver unas órdenes de viaje que dijeran Greensboro. Éxito significa seguir. Fracaso significaba irse a casa.

«No, no es cierto —se dijo a sí mismo—. Me necesitan, y si fracaso puede no haber ninguna casa donde volver.»

Pero no lo creía. En su mente consciente sabía que era cierto, pero en otros sitios, en sitios más profundos, dudaba de que le necesitaran. La urgencia de Mazer era otro juego más. Otra forma más de hacerle hacer lo que quieren que haga. Otra forma de no dejarle descansar. De no dejarle no hacer nada, durante mucho, mucho tiempo.

Entonces apareció la formación enemiga, y el hastío de Ender se tornó en desesperación.

El enemigo les superaba en la proporción mil a uno, teñía de verde el simulador. Estaban agrupados en una docena de diferentes formaciones que cambiaban de posición, que cambiaban de forma, que se movían por el campo del simulador siguiendo pautas aparentemente aleatorias. No veía ninguna vía abierta; un hueco que parecía abierto se cerraría súbitamente, y aparecería otro, y una formación que parecía expugnable cambiaría súbitamente y sería inútil atacarla. El planeta

estaba en el otro extremo del campo, y por lo que Ender sabía, detrás de él había otras tantas naves enemigas, fuera del campo del simulador.

En cuanto a su flota, estaba constituida por veinte astronaves, cada una con sólo cuatro cazas. Conocía las astronaves de cuatro cazas; eran antiguas, torpes, y el alcance de su Pequeño Doctor era la mitad del de las más nuevas. Ochenta cazas contra por lo menos cinco mil, tal vez diez mil, naves enemigas.

Oyó las respiraciones entrecortadas de sus jefes de escuadrón; oyó también una maldición procedente de uno de los observadores que había detrás. Era consolador saber que uno de los adultos se daba cuenta de que no era un examen justo. No porque eso importara. La limpieza no era parte del juego, eso estaba claro. No habían intentado darle ni la más remota posibilidad de éxito. Con todo lo que había pasado, y no tuvieron nunca la intención de dejarle pasar.

Vio en su mente a Bonzo y a su ramillete de amigos, confrontándole, amenazándole; había conseguido avergonzar a Bonzo y arrastrarle a pelear con él, solos. Eso no funcionaría aquí. Y no podría sorprender al enemigo como había hecho con los chicos mayores en la sala de batalla. Mazer conocía perfectamente las posibilidades de Ender.

Los observadores que había detrás comenzaron a toser, a moverse nerviosos. Estaban empezando a pensar que Ender no sabía qué hacer.

«Ya no me importa —pensó Ender—. Te puedes quedar con tu juego. Si no me das ninguna posibilidad, ¿por qué habría de jugar?»

Como el último juego de la Escuela de Batalla, cuando le enfrentaron a dos escuadras.

Y justo cuando rememoraba ese juego, pareció que Bean también lo rememoraba, porque a través de los auriculares llegó su voz, y decía:

—No lo olvides, la puerta del enemigo está abajo.

Molo, Soup, Vlad, Dumper y Crazy Tom, todos se rieron. También se acordaban.

Y Ender se rió también. Era divertido. Los adultos tomándose todo tan en serio, y los niños jugando, jugando, creyéndose hasta que de repente los adultos iban demasiado lejos, ponían una prueba demasiado difícil, y los niños no veían el objeto del juego. «Olvídalo, Mazer. No me importa no pasar tu examen, no me importa no seguir tus reglas. Si tú puedes hacer trampas, yo también puedo. No permitiré que me derrotes jugando sucio; antes, te derrotaré yo jugando sucio.»

En aquella batalla final de la Escuela de Batalla había vencido ignorando al enemigo, ignorando sus propias pérdidas; se había dirigido hacia la puerta del enemigo.

Y la puerta del enemigo está abajo.

«Si rompo esta regla ya no me permitirán ser comandante. Seré demasiado peligroso. Ya no tendré que volver a jugar. Y eso es la victoria.»

Susurró algo por el micrófono. Sus comandantes se hicieron cargo de sus partes de la flota y se agruparon en un proyectil grueso, un cilindro dirigido a las formaciones enemigas más próximas. El enemigo, en vez de intentar repelerle, le daba la bienvenida, para poder encerrarlo antes de destruirlo. «Por lo menos, Mazer cuenta con que a estas alturas sabrán cómo actúo —pensó Ender—. Y eso me da tiempo.»

Ender amagó por abajo, por el norte, por el este y por abajo otra vez, sin seguir aparentemente ningún plan, pero quedando siempre un poco más cerca del planeta enemigo. Al final, el enemigo comenzó a cercarle y a apretar demasiado el cerco. Entonces, súbitamente, la formación de Ender estalló. Sus flotas parecía fundirse en el caos. Los ochenta cazas parecían no seguir ningún plan, disparando a las naves enemigas aleatoriamente, abriéndose cada uno un camino sin salida entre el entramado enemigo.

Sin embargo, cuando sólo habían transcurrido unos minutos desde el comienzo de la batalla, Ender susurró nuevas órdenes a sus jefes de escuadrón, y, súbitamente, una docena de cazas restantes formaron otra vez una formación. Pero ahora estaban en el lado más alejado de algunos de los más formidables grupos enemigos. A costa de terribles pérdidas, habían atravesado ese grupo, y ya habían cubierto más de la mitad de la distancia hasta el planeta enemigo.

«El enemigo se da cuenta ahora —pensó Ender—. Seguro que Mazer ve lo que estoy haciendo. O tal vez Mazer no se podía creer que lo haría. Bien, mucho mejor para mí.»

La diminuta flota de Ender se precipitaba en una y otra dirección, desplegando dos o tres cazas para amagar un ataque, volviéndolos a replegar luego. El enemigo se cerró, aportando las naves y las formaciones que habían sido dispersadas, las traía para que mataran. El enemigo estaba más concentrado más allá de Ender, para que no pudiera escapar hacia el espacio abierto, rodeándolo. «Excelente —pensó Ender—. Más cerca. Venid más cerca.»

Entonces susurró una orden y las naves cayeron como rocas hacia la superficie del planeta. Eran astronaves y cazas, no estaban equipadas para enfrentarse al calor generado al atravesar una atmósfera. Pero Ender no pretendía hacerles llegar a la atmósfera. Casi desde el mismo momento en que comenzaron a caer, estaban enfocando el Pequeño Doctor hacia una sola cosa. El planeta.

Uno, dos, cuatro, siete de sus cazas se fundieron. Ahora era como una apuesta, saber si alguna de las naves sobreviviría suficiente tiempo para tener el planeta a su alcance. No tardaría demasiado, una vez estuvieran en disposición de enfocar la superficie del planeta. Sólo un momento con el doctor Ingenio, sólo quería eso. Se le ocurrió que quizá ni siquiera el ordenador estaba preparado para mostrar lo que pasaría a un planeta si le atacaba el Pequeño Doctor. «¿Qué haré entonces, gritar ¡pum, estás muerto!?»

Ender retiró las manos de los controles y se inclinó para ver qué pasaba. La perspectiva estaba ahora cerca del planeta enemigo, y las naves se abalanzaban en el pozo de gravedad. «Seguramente está a tiro ahora —pensó Ender—. Debe estar a tiro y el ordenador no lo puede controlar.»

Entonces, la superficie del planeta, que ocupaba la mitad del campo del simulador, comenzó a borbotear; hubo una explosión que arrojó escombros hacia los cazas de Ender. Ender intentó imaginarse lo que había pasado en el interior del planeta. El campo creciendo más y más, las moléculas desintegrándose pero sin que los átomos separados encuentren ningún sitio donde ir.

Dentro de tres segundos el planeta entero se desintegraría y se convertiría en una esfera de polvo brillante que lo arrojaría todo hacia afuera. Los cazas de Ender estaban entre los primeros; su perspectiva se desvaneció instantáneamente, y ahora el simulador sólo podía visualizar la perspectiva de las astronaves esperando más allá de los bordes de la batalla. Estaba a la distancia que Ender quería que estuviera. La esfera del planeta explosivo creció hacia el exterior, a tal velocidad que las naves enemigas no pudieron escapar. Y se llevaron consigo al Pequeño Doctor, que ya no era tan pequeño, y su campo desintegraba todas las naves a su paso, convirtiendo a cada una en un punto de luz antes de seguir adelante.

El campo del doctor Ingenio sólo se debilitó en la misma periferia del simulador. Dos o tres naves enemigas volaban a la deriva. Las astronaves de Ender no explotaron. Pero donde había estado la vasta flota del enemigo, y el planeta que protegían, no quedaba nada significativo. Una masa informe crecía a medida que la gravedad arrastraba de nuevo hacia abajo gran parte de los escombros. Estaba al rojo vivo y rotando; era también mucho más pequeño que el mundo que había sido antes. Casi toda su masa era ahora una nube que flotaba en el exterior.

Ender se quitó los auriculares, a través de los que le llegaban los vítores de sus jefes de batallón, y sólo entonces se dio cuenta de que había igual ruido en la sala donde estaba. Los hombres de uniforme se abrazaban los unos a los otros, reían, gritaban; otros, lloraban; algunos se arrodillaban o se postraban, y Ender supo que estaban rezando. Ender no lo entendía. Todo parecía erróneo. Se suponía que tenían que estar enfadados,

El coronel Graff se separó de los demás y vino hacia Ender. Las lágrimas corrían por su cara, pero sonreía. Se inclinó, alargó los brazos y, ante la sorpresa de Ender, le abrazó, le apretó con fuerza, y susurró:

—Gracias, gracias Ender, gracias a Dios por ti, Ender,

Los demás también se acercaron a estrecharle la mano, a felicitarle. Intentó buscar una explicación lógica a todo eso. ¿Había pasado el examen a pesar de todo? Era su victoria; no la de ellos, y una victoria hueca, un fraude; ¿por qué se comportaban como si hubiera ganado con honor?

La muchedumbre se apartó y dejó pasar a Mazer Rackham. Fue derecho hacia Ender y le alargó la mano.

—Tomaste la decisión difícil, chico. Todo o nada. Acabar con ellos o acabar con nosotros. Pero el cielo sabe que no había ninguna otra forma de hacerlo. Felicidades. Les venciste, y todo ha terminado.

¿Terminado? ¿Les venciste? Ender no lo entendía.

—Te vencí.

Mazer se rió, con una risa fuerte que llenó la sala.

—Ender, nunca has jugado conmigo. Desde que me convertí en tu enemigo, no has jugado ni un solo juego.

Ender no entendió la broma. Había jugado muchos juegos, a un precio terrible para sí mismo. Empezó a enfadarse.

Mazer estiró la mano y le tocó los hombros. Ender se lo sacudió. Entonces, Mazer se puso serio y dijo:

—Ender, durante los últimos meses has sido el comandante de nuestras flotas. Esta era la Tercera Invasión. No era un juego, las batallas eran reales, y el único enemigo con el que luchabas eran los insectores. Ganaste todas las batallas, y hoy has combatido con ellos en su mundo de origen, donde estaba la reina, las reinas de sus colonias, todas estaban allí y las destrozaste completamente. No nos atacarán de nuevo. Lo hiciste. Tú.

Real. No un juego. La mente de Ender estaba demasiado cansada para enfrentarse con todo eso. No eran simplemente puntos de luz en el aire; eran naves reales con las que había luchado y naves reales que había destruido. Y un mundo real que había hecho caer en el olvido. Caminó entre la muchedumbre. Esquivando sus felicitaciones, ignorando sus manos, sus palabras, su júbilo. Cuando llegó a su habitación se quitó la ropa, trepó a la cama y se durmió.

Ender se despertó cuando le zarandearon. Tardó un momento en reconocerles. Graff y Rackham. Les dio la espalda.

—Dejadme dormir.

—Ender, necesitamos hablar contigo —dijo Graff.

Ender se dio la vuelta para verles la cara.

—Han estado proyectando los vídeos en la Tierra durante todo el día y toda la noche desde la batalla de ayer.

—¿Ayer?

Había dormido de un tirón todo un día.

—Eres un héroe, Ender. Han visto lo que hiciste, tú y los demás. No creo que haya un solo gobierno en la Tierra que no te haya concedido su más alta condecoración.

—Los maté a todos, ¿verdad? —preguntó Ender.

—¿Qué todos? —preguntó Graff.

—¿Los insectores?

—Esa era la idea. Mazer se inclinó hacia él.

—Para eso era la guerra.

—Todas sus reinas. Y por consiguiente maté a todos sus niños, todo de todo.

—Ellos lo decidieron cuando nos atacaron. No era culpa tuya. Tenía que pasar.

Ender asió el uniforme de Mazer y se colgó de él estirándole hacia abajo para que estuvieran cara a cara.

—¡No quería matarlos a todos! No quería matar a nadie! ¡No soy un asesino! ¡No me queráis, desgraciados, queráis a Peter, pero me hicisteis hacerlo, me engañasteis!

Estaba llorando. Había perdido el control de sí mismo.

—Por supuesto que te engañamos. Ese es el asunto —dijo Graff—. Tenía que ser un engaño o no lo habrías hecho. Ese era nuestro problema. Teníamos que tener un comandante con tanta empatía que pensara como los insectores, los entendiera y se anticipara a ellos. Tanta compasión que ganara el amor de sus subordinados y trabajara con ellos como una máquina perfecta, tan perfecta como los insectores. Pero alguien con tanta compasión nunca habría sido el asesino que necesitábamos. Nunca habría ido a la batalla deseando ganar a toda costa. Si la hubieras sabido, no

lo habrías hecho. Si fueras el tipo de persona que podría hacerlo incluso sabiéndolo, no habrías entendido a los insectores en la medida necesaria.

—Y tenía que ser un niño, Ender —dijo Mazer—. Eras más rápido que yo. Mejor que yo. Soy demasiado viejo y cauteloso. Una persona decente que conozca el arte de la guerra no va a la batalla con un corazón entero. Pero no lo sabías. Nos aseguramos de que no lo supieras. Eras inquieto y brillante y joven. Era para lo que habías nacido.

—Teníamos pilotos en nuestras naves, ¿verdad?

—Sí.

—Ordenaba a los pilotos que fueran y murieran, y ni siquiera lo sabía.

—Ellos lo sabían, Ender, y fueron de todas formas. Sabían por qué lo hacían.

—¡No me lo preguntasteis! ¡No me dijisteis la verdad sobre nada!

—Tenías que ser un arma, Ender. Como una pistola, como el Pequeño Doctor, que funcionara perfectamente, pero sin saber a qué apunta. Nosotros te apuntamos. Somos los responsables. Si hay algo mal hecho, nosotros lo hicimos.

—Explícamelo más tarde —dijo Ender. Sus ojos se cerraron. Mazer Rackham le zarandeó.

—No te duermas, Ender —dijo—. Es muy importante.

—Habéis acabado conmigo —dijo Ender—. Ahora dejadme en paz.

—Por eso estamos aquí —dijo Mazer—. Estamos intentando decírtelo. No han acabado contigo, en absoluto. Allá abajo reina el caos. Van a comenzar una guerra. Los americanos afirman que el Pacto de Varsovia está a punto de atacarles, y el Pacto de Varsovia dice lo mismo del Hegemon. No hace ni veinticuatro horas que ha acabado la guerra con los insectores y el mundo de allí abajo vuelve de nuevo a la lucha, tan mal como siempre. Y todos están preocupados por ti. Todos te quieren. El jefe militar más grande de la historia, quieren que dirijas sus ejércitos. Los americanos. El Hegemon. Todos excepto el Pacto de Varsovia, y éstos te quieren muerto.

—Muy bien —dijo Ender.

—Tenemos que llevarte lejos de aquí. Hay marines rusos por todo Eros, y el Polemarch es ruso. Podría haber un baño de sangre en cualquier momento.

Ender les dio la espalda de nuevo. Esta vez le dejaron. No dormía. Les escuchaba.

—Eso es lo que me asustaba, Rackham. Le forzó demasiado. Algunos de esos puestos avanzados menores podían haber esperado. Le podía haber dado algunos días para descansar.

—¿También usted, Graff? ¿Intenta decidir cómo podría haberlo hecho mejor? Usted no sabe qué habría pasado si no le hubiera forzado. Nadie lo sabe. Lo hice de la forma en que lo hice, y tuvo éxito. Por encima de todo, tuvo éxito. Memorice esta defensa, Graff. Quizá tenga que utilizarla usted también.

—Lo siento.

—Veo lo que le ha afectado. El coronel Liki dice que hay una gran probabilidad de que quede dañado permanentemente, pero no lo creo. Es muy fuerte. Ganar significa mucho para él, y ganó.

—No hablé de su fuerza. El chico tiene once años. Dele un descanso, Rackham. Las cosas no han explotado todavía. Podemos apostar un guardia en la puerta.

—O apostar un guardia en alguna otra puerta fingiendo que es la suya.

—Cualquier cosa.

Se marcharon. Ender se durmió de nuevo.

El tiempo pasaba sin afectar a Ender, excepto a ráfagas. Una vez le despertó algo que le presionaba la mano, algo que empujaba hacia dentro, con un dolor insistente, sordo. Alargó la mano y lo tocó; era una aguja atravesando una vena. Intentó arrancarla, pero la aguja estaba adherida y él estaba demasiado débil. Otra vez se despertó en la oscuridad al oír a gente murmurar y maldecir. En sus oídos resonaba el fuerte ruido que le había despertado; no recordaba el ruido. «Encended las luces», decía alguien. Y otra vez creyó oír a alguien llorar junto a él.

Podía haber sido un solo día; podía haber sido una semana; por sus sueños, podían haber sido meses. En sus sueños, parecía pasar vidas enteras. De nuevo, la Bebida del Gigante más allá de los

niños lobos, reviviendo las terribles muertes, los constantes asesinatos; oyó una voz que susurraba en el bosque: «Tenías que matar a los niños para llegar al Fin del Mundo.» Intentó responder «No quería matar a nadie. Nadie me preguntó si quería matar a alguien.» Pero el bosque se reía de él. Y cuando saltaba desde el acantilado al Fin del Mundo, algunas veces no eran las nubes las que le recogían, sino un caza que le llevaba a un punto cercano a la superficie del mundo de los insectores, para que mirara, una y otra vez, la erupción de la muerte cuando el doctor Device desencadenaba una reacción en la cara del planeta; luego cada vez más cerca, hasta que veía a los insectores individuales explotar, convertirse en luz, y desplomarse en una pila informe delante de sus ojos. Y la reina rodeada por los niños; sólo la reina era madre, y los niños eran Valentine y los chicos que había conocido en la Escuela de Batalla. Uno tenía la cara de Bonzo y estaba tendido sangrando por los ojos y la nariz, diciendo «no tienes honor». Y el sueño acababa siempre con un espejo o una piscina de agua o la superficie metálica de una nave, algo que reflejara su cara. Al principio, era siempre la cara de Peter, con sangre y una cola de serpiente saliéndole por la boca. Sin embargo, al cabo de un rato empezaba a ser su cara, vieja y triste, con ojos afligidos por miles de millones de asesinatos, pero eran sus ojos, y estaba contento de tenerlos.

Ese era el mundo en que Ender vivió muchas vidas durante los cinco días de la Guerra de la Liga.

Cuando se despertó, de nuevo estaba tendido en la oscuridad. Podía oír a lo lejos el estallido de las explosiones. Escuchó durante un rato. Luego oyó unos pasos suaves.

Se dio la vuelta y disparó una mano, para agarrar a quien se movía sigilosamente. Efectivamente, agarró la ropa de alguien y tiró de él hacia sus rodillas, listo para matarlo si era necesario.

—¡Ender, soy yo, soy yo! Conocía la voz. Surgía de su memoria como si viniera de mil años atrás en el tiempo.

—Alai.

—Salaam, renacuajo. ¿Qué pensabas hacer, matarme?

—Sí. Creí que intentabas matarme.

—Intentaba no despertarte. Bueno, al menos te queda algún instinto de supervivencia. Por lo que dice Mazer, te estabas convirtiendo en un vegetal.

—Lo intenté. ¿Qué son esas explosiones?

—Hay una guerra. Nuestra sección está bloqueada para mantenernos a salvo.

Ender balanceó las piernas para incorporarse. No pudo hacerlo. Le dolía mucho la cabeza.

—No te sientes, Ender. Todo va bien. Parece que la vamos a ganar. No todos los del Pacto de Varsovia se fueron con el Polemarch. Muchos se vinieron con nosotros cuando el Estrategos les dijo que tú eras leal a la F.I.

—Estaba dormido.

—Parece que mintió. No estabas conspirando en tus sueños, ¿verdad? Algunos rusos que vinieron nos dijeron que cuando el Polemarch les ordenó buscarte y matarte, casi le matan a él. Sientan lo que sientan por las demás personas, Ender, a ti te quieren. Todo el mundo vio nuestras batallas. Vídeos día y noche. He visto algunos. Con tu voz dando las órdenes. Todo está allí, no hay nada censurado. Es material del bueno. Tienes futuro en los vídeos.

—No creo —dijo Ender.

—Estaba bromeando. ¿Qué te parece? Ganamos la guerra. Estábamos tan ansiosos por crecer para poder luchar en ella, y al final lo hicimos nosotros. ¡Unos críos! —Alai se rió—. Fuiste tú. Fuiste muy bueno, jefe. No sabía cómo nos sacarías de la última. Pero lo hiciste. Fuiste muy bueno.

Ender se dio cuenta de que hablaba en pasado. Era bueno.

—¿Qué soy ahora, Alai?

—Todavía eres bueno.

—¿En qué?

—En... todo. Hay un millón de soldados que te seguirían hasta el fin del universo.

—No quiero ir al fin del universo.

—¿Dónde quieres ir entonces? Te seguirán. «Quiero ir a casa —pensó Ender—, pero no sé dónde está.»

Las explosiones se tornaron en silencio.

—Escucha eso —dijo Alai. Escucharon. La puerta se abrió. Alguien estaba de pie. Alguien pequeño.

—Ha acabado —dijo.

Era Bean. Como para ratificarlo, se encendieron las luces.

—Hola, Bean —dijo Ender.

—Hola, Ender.

Petra le siguió, con Dink cogido de la mano.

Vinieron a la cama de Ender.

—¡Eh! El héroe está despierto —dijo Dink.

—¿Quién ha ganado? —preguntó Ender.

—Nosotros, Ender —dijo Bean—. Tú estabas allí.

—No está tan loco, Bean. Quiere decir quién ha ganado justo ahora.

Petra cogió la mano de Ender.

—Hubo una tregua en la Tierra. Han estado negociando durante días. Finalmente acordaron aceptar la propuesta de Locke.

—No sabe lo de la propuesta de Locke...

—Es muy complicada, pero en lo que se refiere a nosotros significa que la F.I. seguirá existiendo, pero sin el Pacto de Varsovia. Por consiguiente, los marines del Pacto de Varsovia vuelven a sus casas. Creo que Rusia estuvo de acuerdo porque tienen una revuelta de los ilotas eslavos. Todo el mundo ha sufrido. Aquí murieron unos quinientos, pero en la Tierra fue peor.

—El Hegemon ha renunciado —dijo Dink—. Reina la confusión allá abajo. A nadie le importa.

—¿Estás bien? —le preguntó Petra, tocándole la cabeza—. Nos asustaste. Decían que estabas loco, y nosotros decíamos que los locos eran ellos.

—Estoy loco —dijo Ender—. Pero creo que estoy bien.

—¿Cuándo lo decidiste? —preguntó Alai.

—Cuando creí que me ibas a matar, y decidí matarte a ti primero. Me imagino que, simplemente, soy un asesino hasta la médula. Pero prefiero estar vivo que muerto.

Se rieron y estuvieron de acuerdo con él. Luego Ender empezó a llorar y a abrazar a Bean y Petra, que estaban más cerca.

—Os eché de menos —dijo—. ¡Tenía tantas ganas de veros!

—Lo hicimos muy mal —respondió Petra. Besó la mejilla de Ender.

—Lo hicisteis magníficamente —le dijo Ender—. A los que más necesitaba los quemé antes. Una mala planificación por mi parte.

—Todos estamos bien ahora —dijo Dink—. No le ha pasado nada malo a ninguno de nosotros, que no se pudiese curar con cinco días de reposo en habitaciones bloqueadas.

—Ya no tengo que ser vuestro comandante, ¿verdad? —preguntó Ender—. No quiero mandar a nadie nunca más.

—No tienes que dar órdenes a nadie —dijo

Dink—. Pero siempre serás nuestro comandante.

Se quedaron en silencio durante un momento.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Alai—. La guerra con los insectores ha acabado, y también la guerra de allá abajo, e incluso la guerra de aquí. ¿Qué haremos ahora?

—Somos unos críos —dijo Petra—. Probablemente nos harán ir a la escuela. Es la ley. Tienes que ir a la escuela hasta que tengas diecisiete años.

Se rieron de eso. Se rieron hasta que les corrieron las lágrimas por las mejillas.

15

LA VOZ DE LOS MUERTOS

El lago estaba tranquilo; no soplabla brisa. Los dos hombres estaban sentados en sus sillas en el muelle flotante. Había una pequeña balsa de madera amarrada al muelle; Graff enganchó un pie en la cuerda y tiró de la balsa, luego la dejó ir, luego volvió a tirar de ella.

—Has adelgazado.

—Unas tensiones te hacen engordar y otras te hacen adelgazar. Soy una criatura de productos químicos.

—Debe haber sido duro. Graff se encogió de hombros.

—No mucho. Sabía que saldría absuelto.

—Algunos no estábamos tan seguros. La gente se puso como loca allá abajo. Malos tratos a los niños, negligencia homicida... Esos vídeos de las muertes de Bonzo y Stilson eran horripilantes. Ver a un niño hacerle eso a otro...

—Creo que fueron los vídeos lo que me salvó. El fiscal los presentó, pero nosotros contamos toda la historia. Estaba claro que Ender no les provocó. Al fin y al cabo, era sólo un juego de adivinanzas. Declaré que hice lo que creí necesario para la preservación de la raza humana, y tuvo éxito; hicimos que los jueces aceptaran que el fiscal debía probar más allá de toda duda que Ender habría ganado la guerra sin el adiestramiento que le dimos. Después de eso, no podía haber problemas. Exigencias de la guerra.

—De todas formas, Graff, fue un gran alivio para todos. Sé que nos peleábamos, y sé que el fiscal utilizó en tu contra las cintas de nuestras conversaciones. Pero para entonces yo ya sabía que tenías razón, y me ofrecí a testificar en tu favor.

—Lo sé. Me lo dijeron mis abogados.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Seguir descansando. Me corresponden unos cuantos años de vacaciones acumuladas. Suficientes para llegar al retiro, y tengo muchos salarios, que no he utilizado nunca, depositados en bancos. Puedo vivir de los intereses. Pero a lo mejor no lo soporto. Quizás haga algo.

—Es una perspectiva halagüeña. Pero yo tampoco lo soportaría. Me han ofrecido la dirección de tres universidades distintas, en la hipótesis de que soy pedagogo. Cuando les digo que lo único que me preocupaba en la Escuela de Batalla eran los juegos, no se lo creen. Creo que aceptaré la otra oferta.

—¿Delegado?

—Ahora que la guerra se ha acabado, es hora de volver a jugar. Será casi como estar de vacaciones. Sólo veintiocho equipos en la liga. Aunque después de tantos años viendo volar a esos niños, ver rugby es como ver babosas machacándose entre sí.

Se rieron, Graff suspiró y empujó la balsa con el pie.

—Esa balsa, seguro que no flota contigo encima.

Graff negó con la cabeza.

—La construyó Ender.

—Ahora lo entiendo. Aquí es donde le trajiste.

—Le han cedido este lugar. Me preocupé de que fuera recompensado con creces. Tendrá todo el dinero que pueda necesitar.

—Si le dejan volver para disfrutarlo.

—No le dejarán.

—¿Con Demóstenes revolviéndolo todo para que vuelva a casa?

—Demóstenes ya no está en las redes. Anderson entornó una ceja.

—¿Qué significa eso?

—Demóstenes se ha retirado. Para siempre.

—Tú sabes algo, viejo. Tú sabes quién es Demóstenes.

—Era.

—De acuerdo, dímelo.

—No.

—Ya no eres tan ameno como antes, Graff.

—Nunca lo he sido.

—Por lo menos, podrás decirme por qué. Éramos muchos los que creíamos que Demóstenes llegaría a ser Hegemon.

—No ha habido nunca ninguna posibilidad de que lo consiguiera. No, ni siquiera la turba de políticos cretinos que seguía a Demóstenes podría convencer al Hegemon de que trajera a Ender a la Tierra. Ender es demasiado peligroso.

—Sólo tiene once años. Doce ahora.

—Más peligroso todavía, porque se le podría manipular fácilmente. Todo el mundo conjuraría el nombre de Ender. El niño dios, el hacedor de milagros, con la vida y la muerte en sus manos. Todos los cachorros de tirano querrían tener al chico, para ponerle al frente de un ejército y ver cómo el mundo se le une en tropel o se encoge de miedo. Si Ender viniera a la Tierra, querría venir aquí, a descansar, a salvar lo que pueda de su infancia. Pero ellos no le dejarían descansar.

—Ya veo. ¿Le ha dicho alguien eso a Demóstenes?

Graff sonrió.

—Demóstenes se lo ha dicho a alguien. A alguien que podía haber utilizado a Ender como ningún otro, para gobernar el mundo y hacer el mundo a su imagen y semejanza.

—¿Quién?

—Locke.

—Locke es uno de los que decían que Ender debería permanecer a Eros.

—Las cosas no siempre son lo que parecen.

—Todo eso es demasiado complicado para mí, Graff. Prefiero los juegos. Reglas limpias. Árbitros. Principio y final. Vencedores y vencidos, y luego todos a casa con sus esposas.

—¿Me darás entradas para algún partido?

—No vas a quedarte aquí y retirarte, ¿verdad?

—No.

—Vas a entrar en la Hegemonía, ¿verdad?

—Soy el nuevo ministro de Colonización.

—Así que van a hacerlo.

—En cuanto nos lleguen los informes sobre las colonias de los insectores. Están ahí, ya preparadas, con edificaciones e industrias ya levantadas, y todos los insectores muertos. Muy cómodo. Aboliremos las leyes de limitación de la población.

—Que todos odian.

—Y todos esos terceros y cuartos y quintos se embarcarán en astronaves con rumbo a mundos conocidos y desconocidos.

—¿Crees que la gente irá?

—La gente siempre va. Siempre. Siempre creen que pueden encontrar una vida mejor que la que tenían en el viejo mundo.

—Qué más da, quizá tengan razón.

Al principio, Ender creía que le llevarían de vuelta a la Tierra en cuanto estuviera todo más calmado. Pero todo estaba en calma ahora, había estado en calma durante más de un año, y ahora estaba claro que no lo llevarían a la Tierra, que era mucho más útil siendo un nombre y una historia que siendo una persona de carne y hueso, e incómoda.

Y estaba además el asunto de la corte marcial sobre los crímenes del coronel Graff. El almirante Chamrajnagar intentó impedir que Ender los viera, pero no lo consiguió; a Ender se le había concedido también el rango de almirante, y ésa fue una de las pocas veces que hizo valer los privilegios de su rango. Así que contempló los vídeos de las peleas con Stilson y Bonzo, miró las fotografías de los cadáveres, escuchó a los psicólogos y a los abogados discutir si se había

cometido un crimen o si había sido en defensa propia. Ender tenía su propia opinión sobre el asunto, pero nadie se la pidió. En realidad, a quien se atacaba en el juicio era a Ender. El fiscal era demasiado listo para acusarle directamente, pero no le faltaron intentos de presentarle como un enfermo, un loco pervertido y criminal.

—No te preocupes —dijo Mazer Rackham—. Los políticos te tienen miedo, pero todavía no pueden destruir tu reputación. Estará indemne hasta que entren en escena los historiadores, dentro de unos treinta años.

A Ender no le preocupaba su reputación. Miraba los vídeos impasiblemente, pero de hecho le divertían. «He matado en batalla a diez mil millones de insectores, que estaban tan vivos y eran tan inteligentes como cualquier hombre, que ni siquiera habían lanzado contra nosotros un tercer ataque, y nadie llama crimen a eso...»

Le pesaban todos sus crímenes, y las muertes de Stilson y Bonzo no le pesaban ni más ni menos que las demás.

Y así, con ese peso, esperó el paso de esos meses vacíos, hasta que el mundo que había salvado decidiera que podía volver a casa.

Uno a uno, sus amigos le dejaron a regañadientes, eran llamados a casa por sus familias, para ser recibidos en sus pueblos con honores de héroe. Ender contempló los vídeos de sus recibimientos, y se conmovió cuando vio que se pasaban el tiempo alabando a Ender Wiggin, que les había enseñado todo lo que sabían, decían, que les había enseñado y les había conducido a la victoria. Pero si habían pedido que fuera traído a casa, esas palabras eran censuradas y cortadas de los vídeos y nadie oía la súplica.

El único trabajo que hubo en Eros durante cierto tiempo consistió en limpiarlo todo tras la sanguinaria Guerra de las Ligas y en recibir los informes de las astronaves, antes naves de guerra y que ahora se dedicaban a explorar los mundos colonizados por los insectores.

Pero ahora había en Eros más ajeteo que nunca, estaba más atestado de gente que durante la guerra, pues estaban trayendo colonos para prepararlos para sus viajes a los mundos vacíos de los insectores. Ender participó en el trabajo, tanto como se lo permitían, pues no se les ocurrió pensar que ese niño de doce años podría estar tan bien dotado para la paz como para la guerra. Pero soportó con resignación la tendencia a ignorarle, y aprendió a presentar sus propuestas y a sugerir sus planes a través de los pocos adultos que le escuchaban, y dejaba que las presentaran como suyas. Estaba preocupado, no por ganar prestigio, sino porque se hiciera el trabajo.

Lo único que no podía aguantar era la adoración de los colonos. Aprendió a evitar los túneles donde vivían, porque siempre le reconocían (el mundo se había aprendido de memoria su cara), y le gritaban y le chillaban y le abrazaban y le felicitaban y le mostraban al niño que se llamaba como el en su honor y le decían que era tan joven; eso les destrozaba el corazón y ellos no le echaban la culpa de sus asesinatos porque no era culpa suya, pues no era más que un niño.

Se escondía de ellos todo lo que podía.

Hubo un colono, sin embargo, del que no podría esconderse.

Ender no estaba en Eros ese día. Había salido con el transbordador al nuevo L.I.E, donde había estado aprendiendo a hacer trabajos de superficie en las astronaves; era indecoroso que un oficial hiciera trabajos mecánicos, le dijo Chamrajnagar, pero Ender le respondió que como ahora no había mucha necesidad del oficio que conocía, era ya tiempo de que aprendiera otro.

Le hablaron por la radio del casco y le dijeron que alguien quería verle en cuanto entrara. Ender no se acordó de nadie a quien quisiera ver, y por eso no se dio prisa. Acabó de instalar el campo para el ansible de la nave y luego caminó con ayuda del garfio por la superficie de la nave y se subió a la cabina.

Estaba esperándole fuera del vestuario. Por un instante le disgustó que dejaran a un colono venir a molestarle aquí, donde había venido para estar solo; luego miró por segunda vez y pensó que si esa joven fuera una niña la conocería.

Valentine dijo:

—Hola, Ender.

—¿Qué haces aquí?

—Demóstenes se ha retirado. Me voy con la primera colonia.

—Se tarda cincuenta años en llegar.

—Sólo dos años si estás a bordo de la nave.

—Pero si alguna vez vuelves, todos los que conocías en la Tierra estarán muertos.

—Eso es lo que estaba pensando. Tenía la esperanza de que viniera conmigo una persona de Eros a la que conocía.

—No quiero ir a un mundo que hemos robado a los insectores. Sólo quiero ir a casa.

—Ender, no volverás nunca a la Tierra. Me aseguré de ello antes de salir. La miró en silencio.

—Te lo digo ahora para que, si quieres odiarme, puedas odiarme desde el principio.

Fueron al diminuto compartimiento de Ender en el L.I.E y se lo explicó. Peter quería que Ender volviera a la Tierra, bajo la protección del Consejo de la Hegemonía.

—Tal como están las cosas en este momento, Ender, eso te pondría en realidad bajo el control de Peter, pues la mitad del consejo hace ahora todo lo que quiere Peter. Los que no son perros falderos de Peter, están sometidos a él de una forma u otra.

—¿Saben quién es en realidad?

—Sí. No se le conoce públicamente, pero los que están arriba le conocen. De todas formas, ya no tiene importancia. Tiene demasiado poder como para que se preocupen de su edad. Ha hecho cosas increíbles, Ender.

—Noté que el tratado del año pasado tenía el nombre de Locke.

—Esa fue su entrada en escena. Lo propuso a través de sus amigos de las redes públicas, y luego Demóstenes le apoyó. Era el momento que había estado esperando, utilizar la influencia de Demóstenes con la chusma y la influencia de Locke con la inteligencia para conseguir algo notorio. Previno una guerra horrible que podía haber durado décadas.

—¿Decidió no ser estadista?

—Creo que sí. Pero en uno de sus momentos de cinismo, de los que tiene muchos, me señaló que si hubiera permitido que la Liga se rompiera totalmente, habría tenido que conquistar el mundo palmo a palmo. Si mantenía la existencia de la Hegemonía, podía hacerlo de un solo golpe.

—Ese es el Peter que conocía —dijo Ender.

—Es divertido, ¿verdad? Que Peter haya salvado a millones de seres.

—Mientras que yo he matado a miles de millones.

—No iba a decir eso.

—Así que quería utilizarme.

—Tenía planes para ti, Ender. Revelaría su identidad cuando tú llegaras, yendo a verte delante de todos los vídeos. El hermano mayor de Ender Wiggin, que además es también el gran Locke, el arquitecto de la paz. De pie a tu lado, parecería bastante maduro. Y el parecido físico entre vosotros es mayor que nunca. Le resultaría fácil tomar el poder.

—¿Por qué se lo impediste?

—Ender, no te gustaría ser el peón de Peter el resto de tu vida.

—¿Por qué no? Toda mi vida he sido el peón de alguien.

—Yo también. Mostré a Peter todas las evidencias que había reunido, suficientes para probar a los ojos del público que era un asesino psicópata. Entre ellas había fotografías en color de ardillas torturadas y algunos vídeos del monitor, donde se veía cómo te trataba. Me costó mucho trabajo reunirías, pero cuando las vio accedió a darme todo lo que quisiera. Lo que yo quería era tu libertad y la mía.

—Ir a vivir a la casa de la gente que he matado no es la idea que yo tengo de la libertad.

—Ender, lo hecho, hecho está. Ahora sus mundos están vacíos, y los nuestros están llenos. Y podemos llevar con nosotros lo que sus mundos no han conocido nunca: ciudades llenas de personas que viven vidas privadas, individuales, que se aman y se odian por razones personales. En todos los mundos de los insectores sólo había una historia que contar; cuando estemos allí, el mundo estará lleno de historias, e improvisaremos sus desenlaces día a día. Ender, la Tierra pertenece a Peter. Y si no vienes conmigo ahora, te tendrá a su alcance, y te utilizará hasta el punto de que preferirás no haber nacido. Ésta es tu única posibilidad de escapar.

Ender no dijo nada.

—Sé lo que estás pensando, Ender. Estás pensando que estoy intentando influenciarte exactamente igual que Peter, Graff o cualquier otro.

—Se me ha pasado por la cabeza.

—Bienvenido a la raza humana. Nadie controla su propia vida, Ender. Lo más que puedes hacer es elegir ser controlado por personas buenas, por personas que te quieran. No he venido aquí porque quiera ser colono. He venido porque me he pasado toda la vida en compañía del hermano que odiaba. Ahora quiero tener la posibilidad de conocer al hermano que amaba, antes de que sea demasiado tarde, antes de que dejemos de ser niños.

—Ya es demasiado tarde para eso.

—Estás equivocado, Ender. Crees que eres un adulto, cansado y hastiado de todo, pero sigues teniendo el corazón de un chico, como yo. Podemos mantenerlo en secreto cara a lo demás. Mientras tú gobiernas la colonia, yo escribiré tratados de filosofía política, y nunca adivinarán que en la oscuridad de la noche nos deslizamos a hurtadillas a la habitación del otro y jugamos a las damas y hacemos guerras de almohadas.

Ender se rió, pero se había percatado de ciertas cosas que Valentine había dejado caer demasiado casualmente como para que fueran accidentales.

—¿Gobernar?

—Yo soy Demóstenes, Ender. Publiqué un manifiesto. Una declaración pública diciendo que creía tanto en el movimiento colonizador que me iba a ir en la primera nave que saliera. Al mismo tiempo, el ministro de Colonización, un antiguo coronel llamado Graff, anunció que el piloto de la nave colonizadora sería el gran Mazer Rackham, y el gobernador de la colonia sería Ender Wiggin.

—Podrían haberme consultado.

—Quería consultártelo personalmente.

—Pero ya está anunciado.

—No. Lo anunciarán mañana, si aceptas. Mazer ha aceptado hace unas horas, cuando volvió a Eros.

—¿Vas a decir a todo el mundo que eres Demóstenes? ¿Una chica de catorce años?

—Les vamos a decir que Demóstenes va con la colonia. Dejemos que se pasen los próximos cincuenta años estrujándose los sesos delante de la lista de pasajeros, intentando averiguar cuál de ellos es el gran demagogo de la Edad de Locke.

Ender se rió y meneó la cabeza.

—Te estás divirtiendo de verdad, Val.

—¿Por qué no iba a divertirme?

—De acuerdo —dijo Ender—. Iré. A lo mejor incluso como gobernador, siempre y cuando tú y Mazer estéis ahí para ayudarme. Mis conocimientos están un poco oxidados en este momento.

Valentine berreó y le apretujó, como cualquier niña normal que acabara de recibir de manos de su hermanito el regalo que más quería.

—Val —dijo Ender—. Sólo quiero que quede bien clara una cosa. No voy por ti. No voy para ser gobernador, o porque me aburra aquí. Voy porque conozco a los insectores mejor que cualquier otro ser viviente, y si voy allí, a lo mejor llego a conocerles mejor. Les robé su futuro; sólo puedo empezar a indemnizarles intentando averiguar lo que pueda de su pasado.

El viaje fue largo. Para cuando terminó, Valentine había concluido el primer volumen de su historia de las guerras insectoras y lo había transmitido a la Tierra por el ansible, con el nombre de Demóstenes, y Ender se había ganado algo más que la adoración de los pasajeros. Ahora le conocían, y se había ganado su amor y su respeto.

Trabajó duro en el nuevo mundo, gobernando con persuasión y no autoritariamente, y trabajando tan duro como el que más en las tareas de asentar una economía autosuficiente. Pero su trabajo más importante, y en esto coincidieron todos, era explorar lo que habían dejado los insectores, intentando encontrar, entre las estructuras, la maquinaria y los campos tanto tiempo desatendidos, algo que pudiera servir a la raza humana. Algo de lo que se pudiera aprender. No

había libros para leer; los insectores no los necesitaban. Teniendo todo presente en sus memorias, hablando a medida que pensaban, cuando los insectores murieron, su conocimiento murió con ellos.

Y sin embargo, de la solidez de los techos que cubrían sus cobertizos de animales y sus despensas de comida, Ender aprendió que el invierno podía ser duro, con fuertes nevadas. De las vallas con estacas afiladas apuntando hacia afuera, aprendió que había animales merodeadores que eran un peligro para los cultivos y los rebaños. Del molino, aprendió que los frutos de gusto extraño que crecían en las frondosas huertas se secaban y se molían para convertirlos en comida. Y de los cabestrillos, que una vez se utilizaron para transportar a los niños a los campos, aprendió que aunque los insectores no eran muy dados a la individualidad, sí querían a sus hijos.

La vida se asentó, y pasaron los años. La colonia vivía en casas de madera y utilizaba los túneles de la ciudad de los insectores como almacenes y talleres. Ahora se gobernaban mediante un consejo, y elegían a los administradores, y aunque Ender seguía siendo llamado gobernador, no era en realidad más que un juez. Había crímenes y peleas en convivencia con generosidad y cooperación; había personas que se querían y personas que no se querían; era un mundo humano. Ya no esperaban con ansiedad cada nueva transmisión del ansible; los nombres que eran famosos en la Tierra significaban bien poco allí. El único nombre que conocían era el de Peter Wiggin, el Hegemon de la Tierra; las únicas noticias que llegaban eran noticias de paz, de prosperidad, de grandes naves que salían del litoral del sistema solar terrestre, traspasaban el escudo de cometas y llenaban los mundos de los insectores. Pronto habría otras colonias en este mundo, el mundo de Ender; pronto habría vecinos; ya estaban en camino, pero nadie se preocupaba. Ayudarían a los recién llegados cuando llegaran, les enseñarían lo que tenían que aprender, pero lo que importaba ahora era quién se casaba con quién, y quién estaba enfermo, y cuándo era el tiempo de sembrar, y por qué he de pagarle si el becerro murió al cabo de tres semanas.

—Se han convertido en gente de campo —dijo Valentine—. A nadie le importa que Demóstenes esté enviando, precisamente hoy, el séptimo volumen de su historia. Aquí no lo leerá nadie.

Ender pulsó un botón y su consola le mostró la página siguiente.

—Muy lúcido, Valentine. ¿Cuántos volúmenes te faltan?

—Sólo uno. La historia de Ender Wiggin.

—¿Cómo te las vas a arreglar? ¿Esperarás a que me muera?

—No. Escribiré, y cuando llegue al presente, me pararé.

—Tengo una idea mejor. Llega hasta el día en que ganamos la batalla final. Párate ahí. Lo que he hecho desde entonces no merece la pena ser contado.

—Tal vez —dijo Valentine—. O tal vez no.

El ansible les había traído la noticia de que la nueva nave colonizadora estaba a solo un año. Pidieron a Ender que les buscara un lugar para asentarse, suficientemente cerca de la colonia de Ender para que pudieran comerciar entre sí, pero suficientemente lejos para que pudieran gobernarse solos. Ender cogió el helicóptero y comenzó a explorar. Se llevó consigo a uno de los niños, un chico de once años llamado Abra; eran sólo tres cuando se fundó la colonia, y no recordaba más mundo que éste. Él y Ender volaron tan lejos como podía ir el helicóptero, luego acamparon para pasar la noche con la intención de hacer un recorrido a pie a la mañana siguiente, para hacerse una idea del terreno.

Transcurría la tercera mañana cuando Ender comenzó a tener la desagradable sensación de que había estado antes en ese sitio. Miró en torno suyo; era tierra nueva, no la había visto nunca. Llamó a Abra.

—Hola, Ender —gritó Abra. Estaba en la cima de una colina baja y escalonada—. ¡Sube!

Ender trepó, y la turba cedía a su paso en el blando suelo. Abra señalaba hacia abajo.

—Es increíble —dijo.

La colina estaba agujereada. Una profunda depresión en el centro, parcialmente llena de agua, estaba cercada por pendientes cóncavas, que sobresalían peligrosamente por encima del agua. Por un lado, la colina se abría en dos largas estribaciones que formaban un valle en forma de V; por el

otro lado, la colina se elevaba en una roca blanca, que sonreía y parecía una calavera con un árbol saliendo por la boca.

—Es como un gigante muerto —dijo Abra—, y la tierra ha crecido para cubrir su esqueleto.

Ahora Ender sabía por qué le había parecido tan familiar. El cadáver del Gigante. Siendo niño, había jugado en ese lugar demasiadas veces como para no reconocerlo. Pero no era posible. El ordenador de la Escuela de Batalla no podía haber visto ese lugar.

Miró por los anteojos en una dirección que conocía bien, con el temor y la esperanza de ver lo que pertenecía a ese sitio.

Columpios y toboganes. Barras de monos. Ahora cubiertas de vegetación, pero las formas seguían siendo inconfundibles.

—Alguien ha tenido que construir esto —dijo Abra—. Fíjate en esta calavera, no es roca, aunque lo parece. Es hormigón.

—Lo sé —dijo Ender—. Lo construyeron para mí.

—¿Qué?

—Conozco este lugar, Abra. Los insectores lo construyeron para mí.

—Los insectores estaban muertos cincuenta años antes de que viniéramos aquí.

—Tienes razón, es imposible, pero sé lo que digo, Abra, no te puedo llevar conmigo. Puede ser peligroso. Si me conocían lo suficiente para construir este lugar, podrían haber planeado...

—Atrápate.

—Por haberles matado.

—No vayas entonces, Ender. No hagas lo que quieren que hagas.

—Si buscan la venganza, Abra, no me importa. Pero a lo mejor, no. A lo mejor esto es lo más parecido a hablar que podían hacer. Como escribirme una nota.

—No sabían leer ni escribir.

—A lo mejor estaban aprendiendo cuando murieron.

—De acuerdo, pero tan cierto como que estoy aquí que no me voy a quedar quieto por ahí fuera mientras te llevan a algún sitio. Voy contigo.

—No. Eres demasiado joven para arriesgarte.

—No me vengas con ésas. Eres Ender Wiggin. No me hables de lo que puede hacer o no un niño de once años.

Volaron juntos en el helicóptero, sobrevolando el patio de recreo, los bosques, el pozo del claro del bosque. Luego lo vieron; el acantilado, con una cueva en la pared y un antepecho justo donde debería estar el Fin del Mundo. Y allí, a lo lejos, justo donde debería estar el Juego de Fantasía, estaba la torre del castillo.

Dejó a Abra con el helicóptero.

—No me sigas, y si al cabo de una hora no he vuelto, ve a casa.

—Traga, Ender. Voy contigo.

—Traga tú, Abra, o te pringaré de barro. A pesar del tono de broma de Ender, Abra se dio cuenta de que lo decía en serio, y se quedó.

Las paredes de la torre estaban melladas y fue fácil escalarlas. Querían que Ender pudiera entrar.

La sala estaba como había estado siempre. Ender tenía el recuerdo lo suficientemente fresco en la memoria como para buscar una serpiente en el suelo, pero sólo había una alfombra con una cabeza de serpiente labrada en una esquina. Una imitación, no un duplicado. Para ser de gente que no conocía el arte, lo habían hecho bien. Debían haber dragado estas imágenes de la propia mente de Ender, buscando y aprehendiendo sus sueños más oscuros a través de años luz. Pero ¿por qué? Para traerle a esta sala, por supuesto. Para dejarle un mensaje. Pero ¿dónde estaba el mensaje y cómo iba a entenderlo?

El espejo estaba esperándole en la pared. Era una burda hoja de metal, en la que había sido rayada toscamente la forma de una cara humana. Intentaron dibujar la imagen que debería ver en la escena.

Y mirando al espejo se recordó a sí mismo rompiéndolo, quitándolo de la pared, y las serpientes brincando del hueco escondido, atacándole, mordiéndole en todos los sitios donde sus venenosos colmillos encontraban donde aferrarse.

«¿Hasta qué punto me conocen? —se preguntó Ender—. ¿Lo suficiente como para saber con cuánta frecuencia he pensado en la muerte, para saber que no le tengo miedo? Lo suficiente para saber que, incluso temiendo a la muerte, no dejaría de quitar ese espejo de la pared.»

Se acercó al espejo, lo levantó y lo retiró. No surgió nada del espacio que había detrás. En cambio, en un recodo ahuecado había una bola blanca de seda, con unas cuantas hebras deshilachadas que asomaban al azar. ¿Un huevo? No. La crisálida de un insector reina, ya fertilizada por los machos larvales, fuera de su propio cuerpo y preparada para arrojar al mundo cien mil insectores, incluyendo unas cuantas reinas y machos. Ender podía ver a los machos con aspecto de babosa adherirse a las paredes de un túnel negro, y a los adultos grandes transportar a la niña reina a la sala de apareamiento; todos los machos penetrarían a la reina larval por turnos, se estremecerían en éxtasis, y morirían, cayendo al suelo del túnel y marchitándose. Después, la reina nueva sería depositada delante de la reina vieja, una criatura magnífica ataviada con alas blandas y trémulas, que habían perdido el poder de volar desde hacía mucho tiempo, pero que seguían teniendo el poder de la majestad. La reina vieja le dio un beso para que se durmiera con el agradable veneno de sus labios, luego la envolvió en hebras desde el vientre, y le mandó ser ella misma, ser una nueva ciudad, un nuevo mundo, dar a luz a muchas reinas y a muchos mundos.

«¿Cómo sé todo esto? —pensó Ender—. ¿Cómo puedo ver todas estas cosas como recuerdos de mi propia mente?»

A modo de respuesta, vio la primera de sus batallas contra las flotas insectoras. La había visto ya en el simulador; ahora la veía como la vio la reina-colmena, a través de muchos ojos distintos. Los insectores formaron su globo de naves, y entonces salieron de la oscuridad los terribles cazas, y el Pequeño Doctor los destruyó en un resplandor de luz. Sintió en ese momento lo que había sentido la reina-colmena, viendo a través de los ojos de sus obreros cómo la muerte venía hacia ellos a demasiada velocidad para esquivarla, pero no con la suficiente velocidad para no presentirla. No había sin embargo ningún recuerdo de dolor. Lo que la reina-colmena sentía era tristeza, resignación. La reina-colmena no había pensado estas palabras cuando vio a los humanos venir a matar, pero eran estas palabras lo que Ender entendió:

—No nos perdonaron —pensó la reina-colmena—. Moriremos.

—¿Qué puedo hacer para que volváis a vivir? —preguntó Ender.

La rema envuelta en su capullo de seda no podía responder con palabras; pero cuando Ender cerró los ojos e intentó recordar, en vez de recuerdos acudieron nuevas imágenes. Había que poner el capullo en un sitio frío, en un sitio oscuro, pero con agua, para que no se secara; no, no sólo agua, agua mezclada con la sabia de cierto árbol, y había que mantenerla tibia a fin de que pudieran tener lugar en el capullo ciertas reacciones. Luego, tiempo. Días y semanas, para que la crisálida que estaba dentro cambiara. Y luego, cuando el capullo hubiera tomado un color marrón polvoriento, Ender se vio rompiendo el capullo, y ayudando a salir a la pequeña y frágil reina. Se vio cogiéndola por el miembro anterior y ayudándola a ir desde sus aguas natales hasta un lugar de anidamiento, blando, con hojas secas sobre arena. «Entonces estaré viva —dijo el pensamiento—. Entonces despertaré. Entonces haré mis cien mil hijos.»

—No —dijo Ender—. No puedo. Angustia.

—Tus hijos son ahora los monstruos de nuestras pesadillas. Si te despierto, sólo será para que os matemos otra vez.

Entonces cruzaron por su mente docenas de imágenes de seres humanos asesinados por insectores, pero con las imágenes le llegó una aflicción tan fuerte que no pudo aguantarlo, y derramó las lágrimas que esos muertos no pudieron derramar.

—Si puedes hacer que sientan lo que me has hecho sentir, quizás os perdonen.

«Sólo yo —pensó—. Me localizaron a través del ansible, lo siguieron y moraron en mí mente. Consiguieron conocerme en la agonía de mis atormentados sueños. Aunque me pasara el día destruyéndolos; descubrieron el miedo que les tema, y descubrieron también que no sabía que les

estaba matando. En las pocas semanas de que dispusieron, construyeron este lugar para mí, y el cadáver del Gigante y el patio de recreo y el parapeto del Fin del Mundo, para que mis propios ojos me condujeran a este lugar. Soy el único a quien conocen, y por lo tanto sólo pueden hablar conmigo, y a través de mí.»

«Somos como vosotros —el pensamiento se abrió paso en su mente—. No queríamos asesinaros, y cuando lo comprendimos, decidimos no volver nunca más. Creíamos que éramos los únicos seres racionales del universo, hasta que os encontramos, pero no podíamos imaginarnos que esos animales solitarios, que no pueden soñar los sueños de los otros, pudieran pensar. ¿Cómo íbamos a saberlo? Podríamos vivir en paz con vosotros. Créenos, créenos, créenos.»

Ender entró en la cavidad y sacó el capullo. Era asombrosamente ligero para contener todas las esperanzas y todo el futuro de una gran raza.

—Te llevaré conmigo —dijo Ender—. Iré de un mundo a otro hasta encontrar un tiempo y un lugar en el que puedas despertar sin peligros. Y contaré tu historia a mi gente, y quizás os perdonen también. Como me habéis perdonado a mí.

Envolvió el capullo de la reina en su chaqueta y se lo llevó de la torre.

—¿Qué había ahí? —preguntó Abra.

—La respuesta —dijo Ender.

—¿A qué?

—A mi pregunta.

Y eso fue lo único que dijo del asunto; buscaron durante cinco días más y encontraron un emplazamiento para la nueva colonia, alejado de la torre en dirección sudeste.

Unas semanas más tarde se dirigió a Valentine y le pidió que leyera algo que había escrito. Valentine pidió al ordenador de la nave el fichero que Ender le había citado y lo leyó.

Estaba escrito como si hablara la reina-colmena, contando todo lo que había pretendido hacer y todo lo que había hecho. «Esta es nuestra miseria y esta es nuestra grandeza: no pretendíamos haceros daño y os perdonamos nuestra muerte.» Desde su primer despertar hasta las grandes guerras que volaron en pedazos su mundo de origen, Ender contó la historia con rapidez, como si fuera un recuerdo antiguo. Cuando llegó al cuento de la gran madre, la reina de todas, la que aprendió por primera vez a preservar y a instruir a la reina nueva en vez de matarla o de ahuyentarla, Ender se explayó relatando cuántas veces había acabado destruyendo a la hija de su cuerpo, el nuevo ser que no era ella, hasta que tuvo una que entendió su anhelo de armonía. Era algo nuevo en el mundo, dos reinas que se querían y se ayudaban en vez de combatir, y juntas fueron más fuertes que ninguna otra colmena. Prosperaron; tuvieron más hijas que se les unieron en paz; era el principio del conocimiento.

«Si te pudiéramos haber hablado —dijo la

reina-colmena en palabras de Ender—. Pero como no pudo ser, sólo te pedimos esto: que nos recuerdes, no como enemigos, sino como hermanas trágicas, que han tomado una forma repulsiva por la gracia del Destino, de Dios o de la Evolución. Si nos hubiéramos besado, se habría producido el milagro de ser humanas a los ojos del otro. Pero nos destruimos entre nosotros. Y sin embargo, os damos la bienvenida como invitadas y amigas. Venid a nuestro mundo, hijas de la Tierra; morad en nuestros túneles, cosechad nuestros campos; lo que no podemos hacer nosotras, podéis hacerlo vosotras siendo nuestras manos. Floreced, árboles; fructificad, campos; sed cálidos para ellas, soles; sed fértiles para ellas, planetas; son nuestras hijas adoptivas, que han vuelto a casa.»

El libro que escribió Ender no era largo, pero en él estaba todo lo bueno y todo lo malo que conocía la reina-colmena. Y lo firmó, no con su nombre, sino con un título:

LA VOZ DE LOS MUERTOS

En la Tierra, el libro se publicó rápidamente, y rápidamente pasó de mano en mano, hasta que fue difícil creer que hubiera alguien en la Tierra que no lo había leído. La mayoría de los que lo leyeron lo encontró interesante; algunos que lo leyeron se negaron a olvidarlo. Comenzaron a vivir cumpliendo sus designios lo mejor que podían, y cuando sus seres amados morían, en su tumba

había un creyente que se erigía en la Voz del Muerto, y decía lo que el muerto habría dicho, pero con total franqueza y candor, sin esconder faltas y sin disimular virtudes. Los que llegaron a realizar esos servicios los encontraron algunas veces dolorosos y amargos, pero fueron muchos los que decidieron que su vida merecía la pena, a pesar de sus errores, si a su muerte había una Voz que dijera la verdad por ellos.

En la Tierra siguió siendo una religión entre otras muchas. Pero para los que habían atravesado la gran caverna del espacio, y habían vivido en los túneles de la reina-colmena y habían cosechado los campos de la reina-colmena, era la única religión. No había colonia sin La Voz de los Muertos.

Nadie sabía y nadie quería tampoco saber quién era la Voz original. Ender no tenía ninguna intención de decirlo.

Cuando Valentine tenía veinticinco años, acabó el último volumen de su historia de las guerras insectoras. Incluyó al final el texto completo del pequeño libro de Ender, pero no dijo que lo había escrito Ender.

Recibió por el ansible una respuesta del anciano Hegemon, Peter Wiggin, setenta y siete años y un corazón débil.

—Sé quien lo ha escrito —dijo—. Si puede escribir por los insectores, ciertamente puede escribir por mí.

Ender y Peter hablaron una y otra vez por el ansible, y Peter vertió la historia de sus días y de sus años, sus crímenes y sus bondades. Y cuando murió, Ender escribió un segundo volumen, firmado otra vez con el nombre de La Voz de los Muertos. Juntos, los dos libros recibieron el nombre de la Reina-Colmena y el Hegemon, y se consideraron escritos sagrados.

—Vámonos —dijo un día a Valentine—. Volemos y vivamos por siempre.

—No podemos —dijo Valentine—. Hay milagros que ni siquiera la relatividad puede hacer, Ender.

—Tenemos que irnos. Aquí soy casi feliz.

—Quédate entonces.

—He vivido demasiado tiempo con el dolor. Sin él, no sabré quién soy.

Se embarcaron en una astronave y fueron de mundo en mundo. Allá donde paraban, él era siempre Andrew Wiggin, portavoz itinerante de los muertos, y ella era siempre Valentine, historiadora errante, que escribía las historias de los seres vivos mientras Ender narraba las historias de los muertos. Y Ender llevaba siempre consigo un capullo blanco y seco, en busca del mundo donde la Reina-Colmena pudiera despertar y desarrollarse en paz. Buscó durante mucho tiempo.